

Universidad Politécnica Salesiana

HERNÁN HERMOSA MANTILLA

Tiempo de gatos azules





Carrera de Educación Intercultural Bilingüe



Era tiempo de gatos que brotaban como hongos después de la lluvia. Así miraba yo desde cerca mientras el mundo seguía palpitando. Nunca me propuse publicar un libro en aquella época, aunque tomaba notas como una forma de conversar conmigo mismo. Treinta y pico años después sentí que esas memorias reclamaban un techo en algún escaparate. Y no es que “todo pasado fue mejor”, solo quiero desempolvar mis escritos para entender los entretelones de la década ochentera que viví. Claro que esos apuntes no podían salir tan pálidos como los guardé, y me di modos por darles una sazón que le quitara el tufo a guardado. Así fue como salvé al gato Herodes de las manos de una carpintera malvada —que convertía en azul todo lo que encontraba a su paso— para darle protagonismo en una trama de arrebatos. Era la dinámica entre la fantasía de San Quintín y las vivencias de una ciudad salpicada de intensiones.

ISBN: 978-9978-10-887-1



9 789978 108871



Hernán Hermosa Mantilla

Tiempo de gatos azules



ABYA
YALA

2024

Tiempo de gatos azules

Hernán Hermosa Mantilla

1ra edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE EDUCACIÓN
INTERCULTURAL BILINGÜE

Diagramación: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN impreso: 978-9978-10-887-1

ISBN digital: 978-9978-10-888-8

Impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Tiraje: 300 ejemplares

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.40>

Impreso en Quito-Ecuador, febrero de 2024

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

*Éramos los elegidos del sol
y no nos dimos cuenta.*

Vicente Huidobro

Todo empezó con la llegada de los barbudos con piel de oveja en la década de los ochenta. A nosotros también nos asignaron uno de ellos, vestía un abrigo largo como sotana de corte medieval, hasta que el misterio se decantó cuando descubrimos que un animalito se movía angustiosamente dentro de su prenda.

—¿Aquí es donde atienden a los desarrapados?
—pregunto a la auxiliar de enfermería que estaba en la puerta.

Como ella no entendió la broma, yo me acerqué al personaje porque venía en plano amistoso a jugar nos algún chiste.

—Veamos de qué se trata —me acerqué al objeto que se movía dentro de su abrigo.

El visitante desabotonó su traje para que el objeto que se movía, lograra escapar. Se trataba de un escu-ridizo gato manchado de pintura azul.

—Lo encontré perdido en la calle —sonrió el individuo sacudiéndose el abrigo de pelos—, y entiendo que ustedes le deben conocer.

—Es el gato que le acompaña al marido de doña Esther —respondí a la sutil presentación—. Aunque pasa de aquí para allá.

—Eso entiendo —dijo el desconocido—. Pero ¿por qué está pintarrajeado de esa manera?

—Es algo difícil de explicar en poco tiempo —empezó a impacientarme el motivo de su visita—. Pero ¿usted viene en busca de algún servicio?

El visitante sacó del bolsillo un papel doblando y me entregó para que lo leyera. Al escuchar esta inusual conversación, la auxiliar regresó para ver el desenlace.

—Médico Recalde —le extendí la mano para saludarle—. ¿De manera que usted es el nuevo doctor de esta Unidad Operativa?

—Así como usted lo acaba de decir —sonrió.

—Bienvenido, doctor —también le apretó la mano la auxiliar.

—Ella es la asistente de enfermería, yo el inspector de salud, y solo faltaba usted —le invitamos a conocer los escasos metros de la Unidad.

—Podría decir que ya cuento con tres aliados el primer día en San Quintín —comentó el médico mientras recorría los espacios de la Unidad.

Nos miramos extrañados con la auxiliar, al tiempo que él nos sorprendió para apresurar su aclaración.

—Ustedes dos y el gato que fue la primera bienvenida que recibí —afirmó.

Mientras los actos protocolarios avanzaban, la sala de espera se empezó a congestionar.

—¡Basta de abrazos! —gritó alguien—. ¡Ya es hora de que atiendan!

Entonces, ante nuestra sorpresa, salió el médico y preguntó:

—¿Quién alzó la voz?

—¡Yo! —se escuchó de entre los asistentes sentados.

El Sobador se puso de pie con dificultad.

—Pase, pase —le invitó el médico con la puerta de par en par.

—Yo no soy paciente —se ubicó en medio de los usuarios—. Sin embargo, estoy reclamando el derecho de la gente a la atención de salud.

—Ya me di cuenta de que no es paciente sino impaciente —bromeó el médico al tiempo que el Sobador bajaba las gradas con dificultad.

A partir de ese momento el médico Recalde se puso manos a la obra y atendió a todos los pacientes hasta la una de la tarde, incluso acogió a una parturienta que estaba a pocas horas de dar a luz. Terminada la jornada, y mientras se lavaba las manos, me dijo que quería hablar conmigo.

—Me imagino que le tiene intrigado el gato azul —quise adelantarme a su tema de conversación.

—Nooooo —rio a carcajadas—. Soy respetuoso de la diversidad y la vida ajena. Pero ¿dónde almuerzan los forasteros?

—Bueno —me quitó la explicación de encima—. De todas formas, lo uno conduce a lo otro. Doña Esther, la dueña del gato, es la única proveedora de almuerzos de la comarca.

Hasta que llegamos al lugar indicado.

—Buenas tardes, doña Esther —se adelantó el médico, mientras ella pasaba un plato de comida al profesor del colegio.

—¿Me conoce? —se sorprendió.

—Acabo de conocerle —le extendió la mano.

Ella se dejó apretar la punta de los dedos y preguntó:

—¿Con quién tengo el gusto?

—Soy un forastero que anda ladrando por un almuerzo —bromeó sin responder como ella esperaba.

Ese momento tuve que intervenir como un caba-
llero para presentarlos como debe ser.

—Es otro comensal que vendrá de vez en cuando —le dije a doña Esther, retirando una silla para sentarle al visitante—. Es el nuevo médico del centro de salud.

—Aaaaa —se limpió la mano con el delantal para saludarle otra vez—. No he tenido el gusto de conocerle.

—Estoy a las órdenes —sonrió el médico—.
Puede visitarme cuando quiera.

—Entonces ¿podría verle a mi esposo que está postrado en esa cama?

—Ahora mismo —se levantó el médico para dirigirse a la cama que estaba en el rincón.

Pero don Nicanor roncaba profundamente mientras doña Esther intentaba despertarlo.

—No se preocupe —dijo el médico—. Que descanse nomás para examinarle después.

En cuanto terminamos de almorzar, el gato manchado de azul surgió de la nada para treparse a las piernas del médico.

—¡Mishi, gato! —me dispuse a retirarlo.

—No se preocupe que a mí me gustan los gatos —aceptó el médico—. En mi casa tengo de todos los colores.

—¿Por qué le dice gato?, gato para arriba y gato para abajo —se molestó conmigo la doña—. Mi gato tiene nombre, se llama Herodes.

Me pareció que el gato se quedó devorándome con la mirada y tuve que retirarme para evitar cualquier enojo inoportuno. Había algo extraño en ese gato que tarde o temprano yo debía averiguarlo.

De vuelta al centro de salud, el médico Recalde me sorprendió una vez más.

—Veo que le gusta escribir —comentó.

—Solo cuando tengo papel y lápiz a la mano —respondí de inmediato.

—¿Qué escribe? —me sorprendió.

—Relato, poesía... a veces también reportajes porque estudio periodismo.

—Usted debe conocer la meca —seguía sorprendiéndome—. La meca de la lengua suelta, de la libertad de expresión, de la creación propositiva.

No me esperaba esa conceptualización tan elevada para referirse a mi pasión por la escritura, pero yo debía seguirle la corriente para ver por dónde iba.

—¿Algún lugar profano, una secta diabólica, o quizá una fábrica de libros? —respondí intrigado—. ¿De qué se trata?

—Prefiero que usted mismo lo descubra cuando le lleve al lugar indicado.

Me agradó esa espera porque le ponía algo de misterio a esta historia, mientras tanto yo seguía la rutina sin atreverme a imaginar algo que podría prejuiciar lo que esperaba como una sorpresa. Pero al menos me di cuenta de que había surgido la primera persona a quien interesaba esa solitaria pasión que nadie me entendía. Muchos creían que yo era un hombre solitario porque me encantaba caminar de una comunidad a otra del extenso territorio de San Quintín, otros que me apasionaba el trabajo rural, y otros quizá hasta podían haberme calificado de loco por andar escribiendo como un orate.

—Quisiera que revise este material —me sorprendió con una revista el médico Recalde—. Mañana me cuenta su parecer.

El médico pasó todo el día sin mencionarme nada que pudiera direccionarme al tema de la revista, pero yo me moría de curiosidad revisando y leyendo

de a poco. Precisamente ese día se puso pesado porque debía presentar en el Colegio a unos estudiantes de la Universidad Central, y yo añoraba que se terminara el día para subirme al bus, llegar a clases, y después retirarme a casa para leer esa revista de principio a fin. Llegué a mi casa y lo primero que hice fue sacar ese material y dejarle sobre la cama como esperando un encuentro capital hasta que después de merendar me encerré a leer hoja por hoja toda la revista. Era un ejemplar de la Pe Zeta, diseñado como una hoja doblada en vertical por la mitad, igualito a lo que yo hacía con mis hojas celestes para escribir textos y poemas. Tenía como ciento veinte páginas; una portada en blanco y negro con ilustración de un equilibrista sobre esfera en la parte superior y el título de la revista con el número 3 $\frac{1}{2}$ abajo; la informalidad del índice como escrito a mano en hoja de cuaderno; tenía textos de poesía, cuento, ensayo, canción, teatro y cine; un editorial escrito en versos; y muchas alegorías irreverentes. Sería como las dos de la madrugada cuando terminé de revisar todos los textos audaces, jocosos, mordaces, pero muy creativos; guardé la revista en la mochila y me di cuenta de que todo lo que yo creía descabellado abordar era factible de lanzarlo al ruedo. Ahí empecé a cambiar de parecer porque los amigos del médico lo hacían con toda naturalidad.

Al otro día me encontré con el susodicho y le entregué la revista.

—Me gustó mucho —le dije—. Supongo que usted también escribe ahí, pero no encontré su nombre.

—Ese es el misterio —sentenció con una sonrisa.

Tomó la revista y me enseñó la página donde empezaba un divertido cuento de nunca acabar que no conducía a nada, pero mantenía un hilo de entretenimiento.

—Pero aquí dice “Joaquín Regalado” —intentaba que me aclare.

El médico no dejaba de sonreír con una picardía infantil en su rostro.

—He ahí el detalle —insistió—. Aquí nadie pone su propio nombre.

Quizá fue el detonante que articuló toda la intencionalidad que leí la noche anterior con esta confesión inesperada. Y en una suerte de codificación cómplice, los dos nos reímos en mayor o menor intensidad en cada texto, gráfico, dibujo o poema que abríamos ese momento.

—Qué genial el acalorado reclamo de “Joaquín Regalado” a quien pretendía corregir el supuesto error ortográfico de su nombre —comenté.

Pero el médico, sintiéndose en camaradería, solo reía del placer de su ironía.

—¿Y usted cuándo me deja ver lo que escribe? —me preguntó bajito y tomándome del brazo.

—Me encantaría —salté de gusto—. Ya mismo paso a limpio estos garabatos que estoy escribiendo y le paso para que los lea.

—Sigo pensando que le haría bien conocer “la meca de la lengua suelta” —insistió, dejándome más intrigado aún.

Me tomó como medio día interpretar mis garabatos escritos al vuelo para pasarlos a máquina, hasta que me salieron como tres páginas que las entregué sin revisar, como que fueran el deber de última hora. El médico guardó en su bolso los papeles sin ver de qué se trataba y siguió su labor con los pacientes de turno.

El misterio de “la meca de la lengua suelta” se mantuvo por varios días hasta que un martes por la tarde el médico Recalde me llevó en su pichirilo color canela a un lugar de Quito que no quería confesarme, pero su secretismo me alentó la sospecha de que se trataba de ese “antro”, “secta” o “espacio profano” donde se abrían horizontes ilimitados.

—Nada de preguntas, ¿de acuerdo? —me comprometió para prolongar su misterio.

—De acuerdo —respondí para seguirle la corriente.

Dejamos el auto en un parqueadero de La Tola y bajamos dos cuadras hasta donde la calle se abría como ostra frente al Coliseo Central. Subimos unas gradas de madera con algo de intencional suspenso hasta el segundo piso donde había unas cuantas personas con pinta de intelectuales rebeldes, sentados cada cual, a

su manera, pero nada ordenados que pasaban conversando o discutiendo como si nada, mientras nosotros buscábamos puesto para sentarnos. Estuve a punto de romper el silencio preguntándole al médico Recalde: “qué clase de manicomio es este”; pero el médico como que se dio cuenta, se quedó mirándome de reajo sin dejar de caminar lentamente. Yo entendí su advertencia y le seguí porque estaría cerca de descifrar el misterio.

Había sido de sentarse en cualquier parte del consultorio donde estábamos, en las bancas, sobre la camilla de los pacientes, en la cocina. Todo era un solo andar, unos tomaban licores en vaso, otros fumaban caminando y hablando de un lado para otro. Hablaban desde el baño al consultorio o la sala, de manera que me tenían abrumado, no asustado, pero sí un poco confundido porque nunca había estado en un lugar como este. Hasta que encontramos un lugar donde sentarnos.

—Estamos en receso —me dijo bajito el médico—. Es el momento que cada cual se desconecta para estirar las piernas a su manera.

Parecía que por fin el médico entendía mi angustia, porque yo estaba a punto de salir corriendo. Aunque se notaba que ese ambiente de informalidad era parte de su vida, pero se dio modos por darme alguna explicación de lo que estaba pasando. Ese aventón que me dio el médico justamente cuando se iba al baño, me permitió rebobinar el equilibrio emocional. En eso, alguien con

quien se abrazó el médico mi hizo señas de que cogiera un trago del botellón que estaba en la cocina.

—¡Se acabó el recreo! —alertó el médico Recalde que tomaba el control de la situación—. Busquen acomodarse otra vez para retomar el caso.

En efecto, el médico Recalde había sido el canal conductor de las buenas energías, porque todos buscaban donde sentarse de buena gana. Entonces, el amigo con quien se abrazaron, que había sido el Jesús María, anfitrión del Taller y dueño del consultorio donde se realizaba el evento, repartió unos textos del Diego que no alcanzó para todos, pero se juntaron grupos para revisar en voz baja. En los primeros minutos empecé a creer que yo había hecho malos juicios de todos los asistentes, hasta que alguien gritó.

—¡Protesto!, ¡protesto! —alzó la voz alguien que yo no conocía—. ¿Quién aprobó esta pendejada?

—Ya vas a empezar a joder —se puso de pie otro personaje a quien tampoco conocía—. La misma estupidez de siempre.

Los ánimos se empezaron a caldear por todos lados. Después hablaba uno, hablaba otro, a ratos acaloradamente sobre su “literatura de barricada” y la insurgencia política, hasta que se confundieron las lenguas y se armó el despelote. Ya no había agenda establecida ni quien organice nada, pero todo este desorden parecía tener un extraño sentido, todos parecían tener una cercana amistad entre ellos.

—¡Raaatito!, ¡raaatito! —incursionó enérgico el Jesús María—. Se tranquilizan todos o les cierro el kiosco.

Unos se rieron, otros se quedaron mudos. En eso tomó el control el médico Recalde al que muchos le hablaban vulgaridades pero que parecían no ofenderle.

—Hasta que se calmen los ánimos les voy a leer mi último texto —se escuchó aplausos y risas como que su presencia era un atractivo—. Dice así: bla-bla bla-bla-bla.

El médico Recalde leyó un texto extremadamente anárquico pero muy ocurrido y mordaz. Después, unos comentaban su texto de mala manera, otros aplaudían, otros carcajaban, otros no se daban ni por entendidos porque roncaban a sus anchas. En esas y las otras había sido cerca de medianoche porque unos empezaban a salir, otros querían seguir bebiendo, otros como si nada seguían cantando ensimismados, hasta que llegó el momento que el Jesús María miró el reloj y exclamó:

—Bueno, camaradas, ya es hora de irnos.

Ese momento salieron todos, unos amigablemente, otros sin despedirse siquiera, incluso el médico Recalde, al que nadie le trataba como tal, nunca supe a qué hora ni por dónde salió.

Al día siguiente de esta novedosa experiencia, mezcla de traumática y vanguardista, el bus que venía de la capital me dejó a la altura de la tienda de doña Esther. Ahí estaba el Herodes, sobre las piernas de

don Nicanor que dormía, clavándome la mirada hasta que me perdí de pantalla. Cuando llegué al centro de salud quería hacerle una broma al médico Recalde, pero le encontré serio atendiendo a sus pacientes. Saludé desde la puerta y me respondió como si debiéramos adoptar un comportamiento respetuoso en el lugar del trabajo donde éramos autoridades, y otro diferente en los espacios ciudadanos donde una fracción de la clase media afloraba sus instintos libertinos.

—No entiendo algunas cosas de esa reunión — intenté abordar la conversación en un resquicio del día que ya no había pacientes.

—No tiene por qué entender —me interrumpió—. Es mejor que las cosas se vayan dando por generación espontánea. El tiempo se encargará de explicarlo todo.

Entendí que no podía cuestionar una práctica contraria al desorden constituido y al orden también, y preferí exaltar la sensibilidad ilustrada que generaba sus escritos.

—Entiendo que tendrá en su casa una biblioteca primorosa —comenté a modo de pregunta.

—¿Qué le hace suponer aquello?

—La enorme cantidad de recursos literarios y de cultura universal que se maneja —respondí.

El médico me guiñó el ojo a que me acercara para hablar bajito.

—Ya habrá oportunidad para que se sumerja en la biblioteca que tengo en el ático de mi casa —aseveró con una sonrisa arrogante.

Yo seguía abrumado porque no lograba salir del impacto que me causó el reducto de esos escritores rebeldes, y ahora esperaba otro que debía ser del mismo calibre. Sin duda, la vida me tenía preparado un reto que, para mi modesta estancia, era más de lo que podía solventar por iniciativa propia.

Después supe que había estado en un taller literario anarquista que se burlaba de todo y de todos sin contemplaciones. Con razón el médico se refería a los Pe Zeta con una sonrisa porque eran su refugio cuando llegaba la tarde del martes. En este punto, era necesario cuadrar mis esquemas mentales que, a pesar de provocarme curiosidad, mi adaptabilidad demoraba un tanto hasta que lo conseguí.

A partir de entonces le acompañaba al médico Recalde a casi todos esos encuentros donde leían textos jocosos con el ánimo de armar el próximo número de esa revista de publicación casual que, por coincidencia, tenía una presentación igualita a mis hojas de color celeste donde llevaba mis apuntes.

Nadie presentaba a nadie ni se presentaba tampoco, de manera que yo era un lazarillo cualquiera del Recalde, que venía de puro compromiso, hasta que uno de esos martes, el mismo médico Recalde les

explicó que yo era un amigo de San Quintín a quien le gustaba escribir.

—Con escribir no es todo —susurró alguien desde un rincón.

Pero el médico Recalde ignoró su comentario y me pidió que leyera uno de mis “cuentos verdes”, escritos en papel copia, y que nunca dejaba de llevar en mis bolsillos. Nadie se inmutó ni tampoco se resistió que un extraño leyera algo no programado.

—“Había una vez dos hermanos diferentes, pero tan diferentes que no parecían hermanos” —hice pausa por si empezaban a llover tomates para sentarme—. “Cada hermano pensaba tan diferente que no parecía unirles ningún lazo de familiaridad... bla-bla-bla-bla-bla”.

—¿Y dónde está el verde? —volvió a jorobar el arrinconado.

Pero el médico Recalde con el Jesús María me pidieron que siguiera hasta el final. Cuando terminé el texto de dos páginas y media, mucho temía que empezaran a criticar del “Había una vez” como clásico estribillo de inicio, de la redundancia del “diferentes”, o algo de lo mucho que debía tener ese texto porque yo escribía en soledad, pero nadie chistó, unos se quedaban viendo entre ellos, seguramente porque no era “ni chicha ni limonada”, hasta que el mismo médico Recalde, intervino:

—Es un texto nuevo, verde, azul o lo que sea —hizo malabares con sus manos—. Así empezamos todos, pero démosle la oportunidad de que vaya madurando.

—¿El texto o yo? —pretendía romper el hielo del ambiente.

—Aquí se forjan Pe Zetas —insistió el médico para finalizar mi lectura—. El tiempo dirá si está bien o mal lo que viene haciendo hasta ahora.

Todos aplaudieron un poquito, sin decir nada, pero yo entendí que solo era para no desanimarme. ¿Qué podía esperar yo de unos verdaderos escritores que a pesar de su somnolencia ejercían toda su vida y hasta publicaban una revista? Esa noche parece que les cogí desganados porque el “Cantor de Contrabando” seguía trazando sus dibujos caricaturescos sin levantar cabeza, el “Fabián de la gorra” soñaba con los angelitos en un rincón de la sala, el médico Recalde a cada rato se pegaba un trago hasta ponerse como rocoto porque antes de cada sesión se tomaba una pastilla para controlar su alcoholismo, pero él lograba vencerlo. Había ocasiones que pasaba a visitar el “Teatrero de la calle” que escribía una que otra nota para leer con toda la mímica del caso, otras veces asomaba el “Embajador” para dejar su contribución que leyeran en cualquier ocasión, y no faltaban otras aves de paso cuando estaban por Quito. El “Académico” era el verdadero poeta al que unos atacaban y otros alababan su obra. Muchos escritores, pintores, actores, poetas asistían cuando querían o solo por el gusto de encontrarse con amigos para reírse del prójimo. Alguna vez visitó el “Danzante” que, aunque tenía su fuerte, también dejaba su nota

literaria. Digamos que a momentos yo me sentía en las nubes, codeándome con los famosos, aunque sin saber leer ni escribir de la forma como ellos lo hacían.

Pero recuerdo un personaje del que todos hablaban con reverencia y que, al menos en las primeras sesiones, no lograba encontrarle motivo de su fama porque solo pasaba meditando. Entonces le pregunté al médico.

—¿Qué tiene de particular el “Poeta de la calle”?

—Que es un poeta de la calle —bromeó el médico—. No es un poeta de corbatín ni de salón amarillo. Aguante que lo vea en acción.

Claro que eso era todo lo que había visto de él, pero ¿qué hacía un poeta de vereda entre afamados intelectuales de salón? Hasta que el susodicho emergió de su somnolencia para dejar ver su particular lenguaje de los gestos. Así estuvo por varios minutos, dándonos la tarea de desenredar sus códigos y gemidos. Era una variedad de teatrero de la calle con gesticulaciones inesperadas, todo un show en su diminuta figura.

Ahí me acordé haber escuchado su voz en los tumultos de la plaza grande, donde había un poema que me gustaba y me puse a buscar en uno de los números de la Pe Zeta, hasta que lo encontré, tenía un título que no recuerdo y el nombre de sus hijos en cada línea, nada más. Era un poema lírico para ser escuchado, lo que hacía atractivo al texto era la entonación, las pausas y el lenguaje gestual del propio “Poeta de la

calle”, sobre todo cuando pronunciaba uno por uno el nombre de sus hijos hasta llegar a Mar-ga-rita que sería la menor de sus hijas, y quedarse como exhausto para el aplauso.

Unas semanas después de hacernos la idea de un médico barbado que había rodado por medio mundo con sus locuras juveniles, apareció por el centro de salud con una carita de niño que a primera vista nos negamos a creer que se trataba del médico Recalde que conocimos días atrás cuando llegó por primera vez.

—Ya no quería esconderme tras esas barbas de chivo —bromeó para dejar escuchar su voz y aclarar nuestra confusión.

—Yo diría que por fin se animó a dar la cara —me aventuré a comentar.

—Más bien a lavarme la cara —aseveró con algo de rubor.

Ese momento nos dimos cuenta de que a la menor provocación se sonrojaban sus cachetes por largo tiempo.

—Pero no es para tanto —advertí al médico—. Nadie más, aparte de nosotros y el mundo, va a darse cuenta del cambio.

Esa misma tarde debíamos ir a la Pe Zeta porque era martes, pero salimos temprano porque el médico

Recalde tenía que cumplir un compromiso y me pidió que le acompañara. Dejamos el pichirilo en el mismo lugar de siempre, cogimos el maletín de curaciones, y tomamos las escalinatas de La Tola para bajar al Playón de La Marín.

—Yo nunca he tenido temor de transitar por aquí —me sorprendió el médico—. Es más, hasta he tomado “hervidos pasados de copas” con los choros más finos.

—No me explico cómo lo haría —le cuestioné—. A no ser que tenga contactos con el bajo mundo.

—Nadie sabe, ni tiene porqué saberlo, que la Pe Zeta hace obra social con los marginales de La Marín.

—¿De qué manera lo hace? —me causó curiosidad.

—Tenemos una estrategia con ellos para que tengan confianza y nos cuenten sus historias de miseria.

De pronto se detuvo y miró a los alrededores.

—Por aquí debe estar un indigente al que le ofrecí curar —dijo el médico Recalde.

Y nos fuimos a buscarle en los lugares más inaccesibles donde se guarecen los mendigos.

—¿Han visto al “pata de plomo”? —le preguntaba a uno y otro.

Ellos solo atinaban a negar con gestos, hasta que lo encontramos acuñado en una escalinata. El indigente parecía tener petrificados los movimientos de su cara, pero al menos se descubrió la pierna para dejarnos ver su vendaje de sangre, pus y lodo.

—Es una gangrena que no se va a curar —me explicaba el médico mientras sacaba sus instrumentos de curaciones—. Pero es importante el acompañamiento de alguna persona.

La impresión de esa curación era tan espantosa, que preferí esperarle en las gradas hasta que terminara. Después desinfectó todo su instrumental y retomamos la caminata hasta cerca del Coliseo Central, y ahí nos plantamos un rato más.

—Esta esquina me trae recuerdos de la infancia —me animé a confesar.

—¿También merodeaba por aquí? —me dio a entender que se sorprendía—, ¿o por aquí estaba la escuelita primaria?

—Aquí había un puesto de libros usados que me tuvo conectado buena parte de mi adolescencia con lecturas de intercambio —no pude controlar mis emociones—. Ni me acuerdo qué rótulo tenía, a lo mejor solo era un anuncio de libros usados, pero para mí, llegar a este lugar era como conectarme a un mundo de golosinas visuales.

—¿Qué tipo de lecturas andaba buscando? —quería sacarme alguna confesión inesperada.

—Mi primer encuentro fue con “Los Miserables”, de Víctor Hugo, porque yo me decía: ¿Cómo una historia tan desgarradora como esta puede encontrarse arrumada a la pared? Desde ahí le tomé afecto a esa veta del conocimiento.

—No me diga que era el único local en su género —me cuestionó.

—Desde luego que había otros a la redonda con el mismo servicio, pero yo le tenía gratitud a este porque me abrió la pasión por la lectura —respondí—. Yo venía acá porque sabía dónde estaban ubicados y el orden de importancia que les daban.

—¿Cómo funcionaba eso del intercambio? —se interesó el médico Recalde.

—La idea era comprar un libro para leer y luego cambiarlo por otro de menor valor, y así sucesivamente hasta que debía poner más dinero para retomar algo importante —trataba de ser lo más honesto posible—. Claro que cuando quise cambiar la primera novela porque ya la había leído dos veces, me dieron la opción más ridícula que me pareció una ofensa a esa memoria hecha libro, y desistí del cambio para que la conciencia no me atormentara.

—¿Algún libro de esa época que conserva hasta ahora? —me preguntó como si fuera un concurso de televisión.

—“Corazón” de Edmundo de Amicis —respondí de inmediato—. Es el libro que lo conservo desde cuarto grado de primaria, porque me recuerda al profesor que todos los lunes nos hacía leer, en orden alfabético, un pasaje del libro.

Esa vez llegamos muy temprano al centro médico, como si se tratara de ganar turno o al menos ganar

una silla para asegurar un puesto en la presentación del día.

Por disposición de las autoridades municipales, a partir de un día X me encargaban la vigilancia de los servicios públicos y personal operativo de San Quintín. Había que hacer un reconocimiento de las obras, y qué mejor en la carreta de basura un día que no estaba destinada a este fin.

—Como usted sabe, soy Melchor, el “Municipal” que recoge la basura —empezó a soltar la lengua sin quitar la mirada del camino—. Me pidieron que le haga pasear por el pueblo, y eso estoy haciendo.

Una cuadra más arriba, el conductor de la carreta se detuvo para que un gato negro cruzara la calle y retomó el camino.

—Debemos respetar a las mascotas para no tener siete años de mala suerte —comentó convencido—. Es mejor evitar maldiciones.

Poco más allá, otra vez detuvo la carreta para explicarme del lugar que decía: “Piscina Municipal”; aunque era notorio un grotesco borrón de la pintura original en la palabra “Piscina”, resaltando solamente “Municipal”.

—Así son las obras municipales —me dijo.

Yo tuve que interrumpirle para que me explicara la evidente novedad.

—¿Por qué esta borrada la palabra “piscina”?

—Porque esta piscina no tiene agua —respondió con toda seguridad—. Nunca tuvo agua ni tampoco lo tendrá porque la disponibilidad de la parroquia no lo permite.

—¿Y qué uso le dan, entonces?

—Como van las cosas... es mi despacho “Municipal” para lo que se pudiera ofrecer.

El cochero volvió a las riendas, pero conforme avanzábamos sin rumbo cierto, muchas fundas de basura seguían amontonadas en cada esquina.

—¿Por qué hay tanta basura en las calles? —pregunté.

—Porque los jefes me dijeron que le pusiera a usted al tanto de la obra municipal —hizo pausa—. Y eso estoy haciendo.

Nuevamente la carreta se detuvo, esta vez junto al amplio canchón que se notaba era el Mercado Municipal, aunque semivacío, pero lleno de fundas negras con basura.

—Antes de que me pregunte, le voy a explicar —se me adelantó—. La recolección del mercado es el sábado, pero hay gente irresponsable que sigue acumulando basura en este lugar. Esos montones tendrán que esperar hasta el sábado.

Como fácilmente detecté por donde estaba el problema, preferí relajarme tomando nota del mundo de fantasía que podría construir con todo ese bagaje

de recursos mágicos. Pero don Melchor se molestó, creyendo que yo estaba anotando las anormalidades.

—¿Qué está escribiendo? —detuvo la carreta en un lugar deshabitado—. ¿Quiere que siga explicando la obra municipal o le damos otro giro al asunto?

—Discúlpeme, don Melchor —guardé la libreta de apuntes—. Claro que me interesa que siga explicando las obras municipales.

La siguiente experiencia se salió del libreto por algo inesperado que me llamó la atención. Había un rótulo de “La Casa del Espíritu Santo” sobre el portón de una residencia por demás intrigante.

—Perdone que rompa el protocolo, don Melchor —le abordé—. ¿Podría detenerse un ratito en este lugar?

El empleado municipal detuvo la carreta, aunque de mala gana.

—Que conste que me detengo porque usted lo pidió, no porque tenga relación con el recorrido de las obras —me advirtió.

Por suerte, minutos después el empleado cambió de genio para explicarme todo lo referente a esa vivienda que semejaba un reducto diabólico.

—Como usted podrá imaginar, no es precisamente un lugar de oración —me aclaró—. Simplemente es la casa del individuo que se cree el enviado del cielo, y con suficiente poder para curar todo tipo de males.

—Pero, “La Casa del Espíritu Santo” es un nombre demasiado sugerente y atrevido.

—Este medio loco tiene un criadero de palomas con el cuento de que son los espíritus santos aquí en la tierra —sostuvo el cochero—. Con eso dice tener “patente de corso” para meterse donde no le importa.

Ese momento se abrió el viejo portón de madera, de donde salió el susodicho a quien había visto antes.

—¿Qué se les ofrece? —nos preguntó sin moverse del portón—. No tengo basura para darles que se lleven.

No sé por qué razón, ni por qué inexplicable impulso me llevó a darle piola al individuo.

—¿Me permite conocer su palomar? —le dije, amigablemente, desde la carreta.

—Tendrán que pasar por sobre mi cadáver —se interpuso a lo largo y ancho de la puerta—. ¿Tienen citación judicial, orden de desalojo o exhorto de primera clase?

—No es para tanto, Sobador —le dijo don Melchor para retomar el recorrido—. Mejor guarda tus payasadas para otra ocasión.

Seguimos avanzando con la carreta, hasta que un olor insoportable nos aproximó al botadero parroquial donde un par de gallinazos se disputaban la carroña.

—Este es el lugar que me gustaría enseñarle a profundidad —era un paisaje por demás deprimente—. Acá viene la gente a botar sus animales muertos. ¿Usted cree que aquí se debería arrojar toda la basura de San Quintín para que se lleve el riachuelo?

—No, no —me tapé la nariz con el pañuelo—. Eso deberían responder las autoridades y quienes están a cargo del tema.

—Pregunte a las autoridades —se molestó don Melchor—. Yo no tengo nada que ver con esto, porque a cualquier momento botó la toalla y ustedes sabrán lo que hacen.

El diálogo se estaba poniendo candente en el tétrico y maloliente botadero. Pero no sabía cómo hacer para tomar nota, no solo de los impactos ambientales, sino del efecto visual que provocaba el vapor de la basura con los gallinazos dominando el horizonte. Simplemente que era imposible por los prejuicios del empleado que todo manejaba a su antojo.

Pasado el mediodía, regresé donde doña Esther cuando las tripas me tronaban del hambre.

—¿Se puede compenetrar? —saludé a la doña de los almuerzos.

—Claro que se puede —me respondió como era su costumbre—. ¿No ve que está abierta la puerta?

Doña Esther, que vivía con su esposo postrado y el gato de compañía, era muy ágil y servicial a sus ochenta y pico de años. Arrastró hacia atrás una de las sillas vacías que acompañaban al único comensal fijo, el profesor del colegio, y me invitó a sentarme.

—¿Cómo está profesor? —le acompañé en la única mesa que había en medio del cuarto.

—Alistándome para viajar a la capital —me respondió.

Después miró a los lados para asegurarse de que nadie nos observara y me hizo señas para decirme algo en la oreja.

—¿Qué tal se lleva usted con la señora del Registro Civil o el director de la Escuela?

—La señora del Registro Civil es cero a la izquierda —aseveré—. Cualquier cosa con el director. ¿Algún hijo de contrabando?

—Nada, nada —rio un poco—. Hay tres hermanitos del Calvario que no van a la escuela porque no tienen partidas de nacimiento.

—¡No les permito burlarse de mi marido! —nos sorprendió la doña en nuestro secretismo.

—¿Cómo se le ocurre semejante cosa? —me incomodé—. Estamos preparando una ayuda para el prójimo del Calvario.

Doña Esther se quedó sin respuesta.

—Son unos huerfanitos a quienes queremos matricular en la escuela —aclaró el profesor.

Los ánimos de la doña se fueron calmando y me dispuse a comer la sopa que acababa de pasar. Ella apagó la tele, acomodó las cobijas de su marido, y se quedó mirándole con ternura, como que interpretaba algún lenguaje de los escasos gestos que tenía.

—Espérate un ratito que el profesor termine de almorzar para que me ayude a levantarte —le decía

en la oreja—. El otro comensal también nos puede dar una manito.

Pero, justamente ese momento pitó el bus por tercera vez, y el profesor salió corriendo.

—Aquí queda mi reemplazo —me señalaba para que siga comiendo.

Con ese encargo sobre mi conciencia, tuve que agilizar el almuerzo y me dirigí a la cama donde esperaba la pareja de mayores.

—Ayúdeme a sujetarle del brazo —me pidió doña Esther—. Hay que arrastrarle a la silla de afuera donde le gusta ver el juego.

Su casa estaba a un costado de la cancha de vóley donde los jóvenes jugaban todas las tardes. Esa era la principal distracción de don Nicanor hasta quedarse dormido con el gato sobre sus piernas.

Era el momento para aclarar la intriga sobre el misterioso gato.

—Veo que su gatito es muy apegado a don Nicanor —empecé.

—No solo eso —advirtió la doña, como que le emocionó mi preocupación—. También es muy inteligente.

Nos quedamos mirándole al gato, desde la mesa de la tienda, para sacarme provecho de lo que estaba dormido.

—El gato tiene una placa de identificación —descubrí.

—Herodes —me dijo—. Se llama Herodes.

—¿Cómo así le puso ese nombre? —me sorprendí—. ¿Algún pique con la iglesia?

—Ninguno —respondió, sin darle mayor importancia—. Así vino de fábrica.

—¿De fábrica? —me extrañé de su broma.

—Un día apareció en la tienda con esa placa y se subió a la cama de mi marido que estaba malito —puso dramatismo a la respuesta—. El Nicanor empezó a mejorar, y no me importa de dónde venga ni qué nombre tenga.

Al otro día, el profesor volvió a topar el tema de los niños.

—Ayer escuché en el bus que el mayor de los niños sin papeles es un genio de los números —me sorprendió de sopetón.

—Es posible que sea inteligente —trataba de asimilar—, pero ni siquiera sabe leer, ¿cómo puede entender los números?

—No sacamos nada especulando —sonrió el profesor—, ¿Por qué no lo visita y salimos de dudas?

Esa misma tarde salí a buscarlo en el sector del Calvario. La noticia había causado tanto revuelo que fue fácil ubicarlo, aunque su madre no estaba en casa. El niño indocumentado estaba acostado bocabajo en

el patio posterior, rayando en el piso cada una de las pepitas que tenía en la otra mano.

—¿Qué estás haciendo? —me acerqué donde él se encontraba.

—Dibujando casas para saber cuántas pepitas tengo —me respondió de buena gana.

—¿A cuántas pepitas equivale cada casa?

—Cada casa tiene cinco pepitas...y como tengo cuatro casas, son veinte pepitas en total.

—¿Cómo aprendiste a contar si todavía no vas a la escuela? —manifesté mi sorpresa.

El niño se levantó a traer un libro maltrecho en sus manos.

—Esto me encontré en la basura y le traje para mi casa —respondió de inmediato.

Era indudable que se trataba de un niño con potencial intelectual, y seguramente sus hermanos también. Entonces, era urgente hacer todo lo posible por matricularlos en la escuela, pero ¿quién podría darnos una manito con las partidas?

Mientras regresaba me acordé de una amiga que conseguí en el bus y empezó a frecuentarme en la oficina. Claro que no sé cómo mismo empezó esa relación, pero lo cierto es que éramos amigos y venía a contarme sus votos humanitarios.

—Eres mi único amigo en San Quintín —me decía para justificar su orfandad.

Era la sobrina del cura y la verdad es que cuando caminábamos por la calle nunca le escuché saludar ni cruzar dos palabras con nadie.

—Mi tío tampoco se lleva con nadie —trataba de explicarme—. Él solo sale a dar misa y confesar para después encerrarse todo el tiempo.

Entonces fui entendiendo que algo andaba mal en ese núcleo familiar.

—¿Quién les prepara la comida? —se me ocurrió preguntar.

—Tenemos una señora que nos cocina —respondió—. Yo preparo la mesa y sirvo los platos.

—Será el único espacio para conversar, supongo.

—Algo en el almuerzo y algo después de la cena.

La sobrina del cura parecía apoyarse en mí para conseguir otros amigos. Incluso estaba dispuesta a realizar algunos trabajos de apoyo que yo le pidiera. En efecto, muchas veces me sirvió de ayuda registrando datos y entregando certificados en las masivas campañas de vacunación del campo.

—A mi tío solo le interesa que yo esté presente el momento de la comida —seguía su crítica—, del resto, ni se da por enterado.

De todo este enrolllo, supongo que, en alguna conversación de sobremesa, ella comentó a su tío que tenía un amigo en San Quintín y que era inspector de salud. No quisiera imaginarme cómo reaccionó contra

ella, pero era de suponer que se quedó con la espina atravesada, y algún momento tenía que abordarme.

Hasta que llegué al centro de salud y me di la gran sorpresa.

—¡Eeepa! —ella en persona estaba leyendo la cartelera—. Apareces como caída del cielo porque no sabía cómo encontrarte.

—Déjame terminar de leer tus comentarios y te atiendo —me dijo, sin quitar los ojos de mi texto.

Entré a la oficina y me senté a revisar lo que había escrito en las últimas horas hasta que ella se animó a entrar.

—Dime para que soy buena —se aproximó a mí, amorosamente, peinándome el copete con sus dedos.

—Quiero que hables inmediatamente con tu tío —le dije.

A ella se le iluminaron los cachetes de tanta emoción que le causaban mis palabras.

—¿Tan pronto? —me tomó la mano.

—No quisiera desilusionarte, pero es algo terrenal —tuve que interrumpir su delirio—. Necesito que tu tío consiga la Inscripción tardía de unos niños que deben matricularse en la escuela.

Ella retiró su mano de inmediato como que la había electrocutado.

—No se ha de poder —aseveró mirando a la puerta—. Tú sabes que mi tío es cascarrabias para muchas cosas.

—Tiene el temperamento ideal para enfrentar al ogro del Registro Civil —pretendía convencer a la sobrina—. Sería bueno que le encare y le amenace con el fuego eterno. Un poco de presión nos ayudaría mucho en estos casos.

—Voy a intentar —me apretó la mano como si fuera un amigo casual y se fue.

Esa noche tuve un sueño pesado, como que la bruja del Registro Civil quería estrangularme por intentar pedirle un favor en su cara de pocos amigos. Yo escapaba como el Correcaminos de los dibujos animados, dejando una estela de polvo que obnubilaba a cualquiera.

Al otro día por la tarde recibí en mi oficina a un personaje inesperado.

—¿Es usted el inspector de esta parroquia? —me preguntó desde el umbral de la puerta.

—A la orden —me puse de pie—. Pase y tome asiento.

Pero en sus ínfulas de pesquisa encubierto, mirando todo sin decir palabra, leía los títulos de los mensajes en la cartelera, los turnos del personal, a ratos hasta levantaba la alfombra.

—Bien, señor cura —le sonreí—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Qué le hace pensar que soy el cura? —se aproximó—. ¿Alguien nos presentó?

—¿Quién podría ser sino un cura extraviado buscando demonios por todas partes?

—Muy gracioso, señor —se molestó—. ¿Dónde tiene escondida a mi sobrina?

—A veces viene por aquí, pero hoy no la he visto.

Se quedó mirándome por varios segundos como que me exorcizaba, luego se dio la vuelta y bajó las gradas sin decirme nada.

—Discúlpeme, señor cura —logré detenerle—. Ya que ha venido, permítame decirle algo.

El cura detuvo su marcha sin regresar a ver, exclamando al cielo algo que yo no lograba entender. Luego regresó hasta el umbral de mi oficina.

—Dígame de una vez por todas —no podía controlar sus ínfulas—. ¿Cuáles son sus intenciones?

—Tome asiento —le acerqué una silla.

El cura se negó desde la puerta a sentarse.

—Lo que quiera decirme me dice ahora mismo, pero rápido —exclamó.

—Se trata de los huerfanitos del Calvario que no asisten a la escuela por falta de partidas de nacimiento.

—¿Eso es todo lo que quería decirme? —se veía molesto.

—Claro que sí —respondí—. ¿No le parece inquietante?

—¿Qué tiene que ver el cura con unos niños sin escuela? Eso les corresponde a los profesores.

—Podría ser una buena acción de su parte —le dije.

—Si tanto le interesa los niños del Calvario, ¿por qué no se hace cargo del problema?

—Claro que podría —respondí—. Pero si el cura de San Quintín toma la iniciativa, la iglesia saldría ganando.

—Yo no estoy para los aplausos de nadie —se notaba cada vez más molesto—. Usted devuélvame mi sobrina, porque de lo contrario... no respondo.

—¿Tiene pruebas de que está conmigo?

—Sospecho, simplemente, sospecho —se dio la vuelta y se fue.

Tiempo después de relacionarme con ese novedoso mundo de creación irreverente, anarquista y de diversidad temática de la Pe Zeta, empezaba a sentir atracción por esos espacios que me permitían, al menos una vez a la semana, desconectarme de mis labores en San Quintín para disfrutar de sus ocurrencias. Claro que al principio no esperaba que me tomaran en cuenta como protagonista, porque era simplemente el acompañante del médico Recalde, de quien poco sabían, tan casual como otros que se dejan ver de cuando en cuando para no asomarse más.

En una de esas sesiones, por injerencia del médico Recalde, se les ocurrió tomar en cuenta uno de mis textos denominado “Tío molinero”, que era la alegoría de un personaje que conocí en otra parroquia donde trabajaba antes. Para buena o mala suerte mía, todos metieron mano esa noche para decir cualquier cosa o recomendarme cómo debería ir el texto, entre sinceros y burlones. Yo tomaba nota de todo lo que decían porque venía de personalidades o, al menos, de individuos vinculados a la farándula literaria de la época. El dilema empezó cuando me senté a diseccionar el poema y querer parchar uno que otro bache, porque el personaje cada vez se me escapaba de las manos hasta volverse un Frankenstein al que ni yo mismo podía reconocer. Dejé el poema en reposo por algún tiempo, pero cuando lo retomé, estaba completamente desfigurado y con los arañazos profundos de poetas consagrados. Yo no me sentía capaz ni de dar la cara en las propias discusiones porque para mí ese poema pasó a ser uno más de esos textos distantes que había explotado en mis manos, era el mismo personaje concebido por mí, pero amasado por distintas manos para provocar un extraño tufo. Deseché buena parte de ese maquillaje para empezar de nuevo, tomando en cuenta alguna parte de lo recomendado, para que no pareciera una completa ingenuidad ante los entendidos. Así lo guardé en alguna parte, pero nunca más lo volví a exhibir en público porque me sentiría incómodo pregonando autoría de un texto que no me pertenecía.

Ahí me di cuenta de que ese mundo irreverente, a veces incómodo porque empezó a parecerme inconsistente, simplemente no era para mí porque yo tenía una forma más rústica de ver las cosas. Claro que seguí asistiendo de cuando en cuando a las reuniones, aunque solo por curiosidad y sin el interés que algún momento pudo haberme despertado. Pero, de cuando en cuando se les ocurría a los Pe Zeta preguntarme por el “Tío molinero”.

—Está descansando en casa —les respondía—. Un poco malhumorado pero algún rato vendrá por aquí a saludarles.

Así logré zafarme de un zapato que me apretaba, pero nunca me calzó, hasta que se olvidaron por completo del “Tío molinero” porque tenían cosas más importantes que hacer. Con decirles que a estas alturas ni yo mismo sé dónde está ese texto que cayó en desgracia por dar cuchara a todo el mundo. Ni modo, así han sido esas reuniones donde unos aciertan y otros no, pero yo mantengo mi apreciación de que fue una buena experiencia haber estado cerca de aquellos personajes que ganaron espacios en esa corriente.

Uno de esos martes había caras nuevas que llegaron a la Pe Zeta con el “Académico” a la cabeza. Después llegaron tres, pero solo el “Poeta riobambeño” era literato, los otros dos eran sus hombres de confianza porque, como era dirigente de un conocido partido de izquierda, la seguridad política le andaba pisando los

talones. El rato menos pensado que yo leía el poemario que nos repartió él mismo a la entrada, me agradó escuchar su voz tranquila y comprometida: “Pescador de alegrías / centinela terrestre / ¿en qué buenmozo puerto anclaste tu esperanza? / ¿qué ola peregrina se traga tus anhelos? / Espera... / ya seremos violines imponiendo el compás / cuando lleguen combates / y te armes por el pan / y arrojemos tus redes necesarias / ¡Ah! / Entonces / un sol impronunciado / navegará en nuestro mar / hacia la orilla”.

Cuando terminó de recitar el poeta y le aplaudimos todos, yo conversaba con uno de sus allegados donde me enteré de que el “Poeta riobambeño” era presidente de la Casa de la Cultura del Chimborazo. Él pasaba todos los días laborables en Riobamba donde trabajaba, pero se daba modos por visitar a sus amigos de la Pe Zeta en Quito de cuando en cuando.

Ya cerca de la media noche, que nos quedamos organizando textos para la publicación del próximo número, se le ocurrió gritar al poeta.

—¡Levanten la mano los que tienen hambre!

Ante tan sugestiva y obvia pregunta, todos los sobrevivientes de la noche nos apuntamos levantando la mano para que el poeta nos llevara a su casa.

—¿No te provocaremos conflicto con tu esposa?
—le preguntó el Jesús María que conocía el carácter de su compañera.

—¿Tú crees que me atrevería a invitarles con ella en casa? —sonrió con soltura—. Ayer se fue a Riobamba.

Ni cortos ni perezosos, unos se subieron al pichirilo del médico Recalde que nos guiaría hasta alguna parte de San Juan. Ellos entraron al conjunto habitacional, pero nosotros nos quedamos pagando del taxi, pero cuando quisimos orientarnos no sabíamos por dónde se fueron.

—¿Están buscando el departamento del licenciado? —nos preguntó el guardia—. Suban cuatro pisos por ese bloque y la primera puerta a la izquierda.

Golpeamos la puerta y alguien nos abrió sin dejarse ver, pero cuando entramos a la cocina ya se habían acabado el arroz, repartiéndose el cocolón por cucharas.

—Salados —dijo el médico Recalde con la boca llena—. Nosotros pensamos que ya se habían barajado y nos acabamos todo.

Entonces, el dueño de casa se dirigió al armario y sacó una botella para ponerle sobre la mesa.

—Ya que la comida no alcanzó para todos —puso vasos frente a cada uno de nosotros—, al menos peguémonos un trago.

Por aquellos días yo andaba escribiendo un cuento de nunca acabar: “En el bautizo de la camisa nueva”. Era un desvarío del que me dejé llevar porque, a pre-

texto de la camisa, brotaban ideas como en tiempos de carnaval. En eso, escuché que alguien me llamaba en San Quintín. No me había dado cuenta de que estaba clavado en media vereda, escribiendo como poseído, sin importarme el mundo frente a la tienda de doña Esther. Era ella que desde su tienda me hacía señas para que me acercara. Yo no podía desconectarme de la escritura hasta encontrar un resquicio para ponerle punto aparte, hasta que lo encontré, doblé el papel y me acerqué.

—¿Qué se le ofrece, doña Esther? —le dije desde el umbral de la puerta.

Ella se dio la vuelta para que le siguiera hasta la cocina y me enseñó a la sobrina del cura que estaba escondida tras la puerta de salida.

—Les dejo solos para que conversen —nos dijo—. Pero ¡cuidado con hacer travesuras!

Mi primera preocupación era que don Nicanor estuviera dormido, como en efecto así fue; y, la segunda, que no se cruzara el gato Herodes en nuestro encuentro porque todavía no éramos tan amigos. Superado esos temas, me centré en escuchar el motivo del llamado.

—¿A qué viene tanto misterio? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

Luego que nos sentamos en la mesita del medio, ella me agarró de las manos como para confesarme algo gordo.

—Hablé con mi tío, pero puso el grito en el cielo porque me asegura que quieres aprovecharte de mí.

—Allá él y sus prejuicios —respondí parcamente—. Con razón que vino ayer a visitarme en la oficina. Ella se asustó y empezó a temblar.

—¿Qué te dijo?

—Que yo era un secuestrador de sobrinas porque no aparecías por ninguna parte —hice pausa—. A propósito, ¿dónde estabas todo este tiempo?

—Refundida, vistiendo santos... hasta que le pasara el coraje a mi tío.

—¿Y qué esperas para liberarte de una vez por todas? —se me escapó preguntarle.

—¿Qué propones tú, si yo no tengo dónde caerme muerta? —se puso melodramática—. Cuando mis padres me botaron de la casa, mi tío me ofreció la santidad de la sacristía. Pero no puedo tener amigos porque desconfía de todo el mundo.

No había duda de que la sobrina del cura quería apoyarse en mí, aunque sea a escondidas, para asomarse al mundo circundante. Aunque ella sabía que esa jugada podía complicar mis relaciones sociales.

Ese rato salió doña Esther secándose las manos con el delantal puesto.

—Se acabó el recreo —golpeó las palmas varias veces—. Como no veo humo blanco por la chimenea, tengo que suspender el cuchicheo para darle de comer a mi marido antes de que venga el comensal.

Entonces tuvimos que suspender la conversación por motivos de fuerza mayor, y dejar para otro día el desenlace de los indocumentados. Pero, antes de despedirnos, reconocí a lo lejos al individuo de “La Casa del Espíritu Santo”.

—¿Conoces a la persona que deambula por ahí?
—se me ocurrió preguntarle.

—Todos conocemos al Sobador —se extrañó de mi pregunta—. ¿No me digas que nunca sentiste su presencia?

—Alguna vez cruzamos un par de palabras, pero nada más —esperé su reacción—. ¿Crees que podríamos pedirle un milagrito?

—Cómo se nota que no lo conoces —me pellizcó el brazo—. Le dicen Sobador, pero es un rayado cualquiera que anda hablando solito, aunque tiene momentos de lucidez.

—¿Podrías comentarme algo de su personalidad?
—se me ocurrió—. Algo como, ¿a qué se dedica?, ¿qué relación tiene con otros?, ¿qué dice tu tío de esa competencia?

Ella se molestó tanto de que quisiera utilizarle de esa manera, y se fue sin responderme nada. Yo entendí que se me fue la mano con eso de “la competencia” pero, en cuanto se calmaran las aguas, buscaría la forma de retomar el asunto.

Era viernes y justo cuando estaba por salir a la Universidad en el turno de las cuatro llegó al centro de salud una camioneta, de dónde bajó un campesino a pedirme que no me vaya todavía porque traían la muestra del perro rabioso para el laboratorio como les advertí si las cosas se complicaban. Claro que presentía lo peor y por eso adelanté las gestiones en el Laboratorio del Ministerio para que me cogieran la muestra a cualquier hora, considerando que podía tratarse de un caso positivo. Pero nunca imaginé que fuera ese viernes por la tarde cuando ya estaba de salida.

—Aquí está la cabeza del perro como usted nos pidió —me dejaron un costal ensangrentado en la puerta de la oficina—. Nosotros mismo tuvimos que dispararle porque estaba acabando con las gallinas y conejos del vecindario.

—Supongo que lo tuvieron amarrado todo el tiempo, ¿no? —les pregunté.

—Claro, inspector —respondió la anciana del grupo—. Estaba amarrado hasta que rompió la sogá y nos dejó jodiendo.

Abrí con cuidado el costal y encontré, en efecto, la cabeza del pequeño perro bañado en su propia baba dentro de otra funda de plástico. Cogí ese costal como si fuera las compras del mercado y me embarqué en el último bus que salía para Quito. Como llegué bastante

tarde tuve que dirigirme directo a la Universidad con todo costal y mochila. Esa tarde había manifestaciones callejeras con policías en la 10 de agosto y Ramírez Dávalos que no dejaban pasar sin revisar lo que llevaban en bolsos y mochilas, y como yo ya estaba atrasado a las primeras horas y no quería dar el espectáculo de la cabeza cortada, decidí correr hasta la Mercadillo tratando de torear el registro, pero justo cuando pensaba llegar tomando el lado norte del Mercado Santa Clara, me interceptaron tres policías de civil que me habían seguido el atajo con mi costal a cuestas.

—¡Alto! —me detuvieron—. Tenemos que revisar ese costal.

Yo no sabía cómo decirles que no llevaba nada sospechoso sino mucha prisa para no atrasarme a clases, pero ellos se interpusieron delante mío.

—Deje el costal en la vereda y venga con nosotros —me ordenaron.

Los policías retrocedieron conmigo para que un individuo vestido como astronauta revisara con sensores su contenido. Entretanto, la novedad de un posible explosivo que advertía la policía, alertó a mucha gente entre curiosos del mercado, transeúntes y los mismos estudiantes que andaban regados por todas partes. Luego de las revisiones de rigor, el investigador enmascarado sacó cuidadosamente la funda ensangrentada con la cabeza cortada y la botó a un tanque de basura del mercado.

Mucha gente que observaba la escena, después del desenlace, no ocultaba su risita por la supuesta broma que yo les había jugado a los agentes.

Después que la mayor parte de la gente se dispersó, uno de los agentes que puede haber sido el oficial, se acercó y me dijo disimuladamente.

—¿Se da cuenta lo que acaba de ocasionar? Una burla a la institución policial.

—De ninguna manera, señor policía —traté de aclarar—. Si me permite explicar...

—¡Shhhh! —me hizo señas el policía para que me mantuviera callado, y se fueron.

Como había mucha gente que acababa de observar el incidente, con la policía que se retiraba del escenario sin tomar retaliaciones, pero con visible malestar y, por otro lado, las vendedoras del mercado, que curiosas por la escena, se acercaban al tanque de basura y salían aterradas señalándome con el dedo como si fuera el mentor de los ritos satánicos. No puedo ocultar que sentí miedo por lo que me podía pasar si el terror se generalizaba en el mercado, así es que me acerqué al tanque de basura y saqué la funda de plástico que sostenía la cabeza ensangrentada, la puse en el mismo costal y traté de explicar lo que estaba sucediendo.

—Soy inspector de salud y esta cabeza es de un perro rabioso —grité para salirme del cerco—. No alcancé a dejarla en el laboratorio antes de las cinco porque tenía clases, pero después debo cumplir ese encargo.

—Cómo le van a recibir esa muestra a media noche —cuestionó una señora, pensando que yo estaba mintiendo para salir del paso.

—La rabia es de tanto cuidado que los guardias del laboratorio tienen la orden de recibirme a cualquier hora del día o de la noche —expliqué con el temor de que no me creyeran.

Otra vez me quedé escribiendo “En el bautizo de la camisa nueva”, en el mismo lugar donde doña Esther me sacó del ensimismamiento para mi encuentro con la sobrina del cura. Lo único novedoso que observé es que doña Esther saludaba con don Melchor para entregarle un paquete de comida.

De todas formas, me acerqué donde ella, miré tras la puerta de la cocina por si estaba escondida la sobrina y le comenté.

—Qué buena gente es usted que hasta recompensa al “municipal” por recoger su basura.

—¡Un ratito! —me frenó en seco—. Al “municipal” puedo darle lo que sea porque es mi primo.

—¿Don Melchor es su primo? —hice como que me sorprendía—. ¿De veras son familiares ustedes dos?

Ese momento, un estruendo nos interrumpió. Era el viejo Jeep del cura que llegaba a la sacristía para que la sobrina le abriera el portón.

—Sospecho que hay algo entre ustedes dos, ¿o no? —me sorprendió la doña con una sonrisa de picardía.

—Solo el instinto de protección —tuve que responderle—, porque, a pesar de los santos y querubines que le rodean, vive una soledad y abandono espantosos.

No pude seguir comentando porque doña Esther corrió a la cocina por algún olvido, mientras me encontraba cara a cara con el Herodes que descansaba bajo la mesa. Me miró fijamente, se lamió varias veces la mano, luego se rascó la nuca y se quedó como dormido.

Al otro día el cura apareció nuevamente en mi radar, como si quisiera convertirse en protagonista de “En el bautizo de la camisa nueva”, que andaba escribiendo. Pero esta vez en una escena donde discutía con don Melchor. ¿Cuál podría ser el tema de esa discusión? Me acomodé junto al poste de la cancha de vóley, como que leía el periódico, tratando de adivinar todo lo que se hablaban a partir de sus gestos. El cura cogió una funda que tenía en la puerta de la sacristía y lanzó al montón de desperdicios que llevaba la carreta, provocando que don Melchor se molestara, pero seguía lanzando una y otra funda que de inmediato caían al otro lado. En eso, don Melchor subió a la carreta sin recoger las fundas de la calle, se cubrió las orejas con el sombrero y siguió su camino al botadero.

Miré de reojo a la tienda de doña Esther, y ahí estaba el Herodes mirando desde la puerta, no sé si el desenlace de tanta bulla o me estaba analizando la reacción que tomaba frente al conflicto.

Como no entendí lo suficiente del encontrón, fui donde don Melchor para que me pusiera al tanto de todo. En efecto, encontré al mayor, rumiando su inconformidad y coraje.

—Estuve observando la discusión —le abordé para que me diera más detalles—. Pero no logré entender lo que pasaba, a pesar de que el cura seguía botando fundas donde ya no había espacio.

—Me acusaba que la campanilla con que anuncio la recolección es de la sacristía —tomó aire para seguir contando—. Esperé a que se fueran todos y regresé a encararle, pero el muy cínico, viendo que me aproximaba, ha creído que regreso a entregarle el aparato. “Hasta que decidió devolver lo que no le pertenece”, me dijo el cura, pero yo quería enseñarle una inscripción en alto relieve que decía: “Dirección Municipal de Aseo”.

Los dos reímos a dúo y luego nos pusimos serios.

—¿Cuántos viajes por día se hace al botadero? —le pregunté, tratando de superar el suceso.

—Los martes, jueves y sábados, un viaje por la mañana y otro en la tarde —se tranquilizó un poco—. No se podría más porque el caballo ya está viejo para estos trotes.

—¿Qué le parece si en vez de conducir sentado lo hace a pie? —le invité a reflexionar—. Así bajamos el peso de la carreta para recoger más deshechos.

—¿Me está diciendo que a mi edad vaya caminando? —respondió, visiblemente contrariado.

—Es la única forma de aumentar la basura en la carreta. ¿No le parece?

—Si lo que quiere decirme es que dé un paso al costado —suspiró—. Tramitaré mi jubilación y asunto terminado.

—Solo queremos buscar una solución —traté de explicar de buena manera—. Ya verá que todos salimos ganando.

—El caballo ya no puede trabajar como antes porque está viejito —insistía don Melchor.

—Entiendo que ya no aguanta tanto trajín —retomé el tema—, pero mientras buscamos otras alternativas, tendremos que disminuir el peso de la carreta.

—¿Dónde se ha visto a un jinete arriando su caballo? —reaccionó indignado—. Ya veremos qué hacer con esta vaina.

—No hay vueltas que darle —concluí—. Tenemos que buscar una salida para retomar la recolección.

Don Melchor, que toda su vida arrió el caballo desde la carreta, se vio obligado a cambiar, más por el mandato de sus jefes que porque le gustaba la idea.

La casa donde vivía el médico Recalde, en la parroquia vecina, era propiedad de algún familiar de

su padre a la entrada de la población viniendo de San Quintín. Tenía enormes y frondosos árboles de ciprés, jardines y huertos que parecían de cuento de hadas. Cuando me llevó por primera vez, me pidió que le esperara en la calle porque su padre estaba por salir, como en efecto sucedió. Yo esperé pacientemente hasta que en efecto apareció un imponente 4 x 4 con un conductor mal humorado al volante.

—Es que mi viejo es de pocas pulgas —trataba de explicar la situación—. Otro día le contaré todo el rollo del mayor.

Se notaba que el médico le tenía temor a su progenitor, pero lo que yo realmente tenía curiosidad era de conocer el ático donde guardaba los libros que tanto me ponderaba. Hasta que llegó el momento.

—Venga —me invitó a subir al mentado lugar.

Era una enorme biblioteca en forma hexagonal donde albergaba miles de libros en rústicas estanterías de maderos con adoquines de esos que pone en las calles el Distrito Metropolitano.

—¿Cuánta inversión tiene en todo esto? —le pregunté.

—Depende —sonrió con extrañeza—. Si lo vemos por el lado literario, esto tiene un valor incalculable, pero si se refiere a cuánta plata está invertida aquí... casi nada.

—¿Cómo que casi nada? —me sorprendió.

—Todo es producto de la recuperación al servicio del pueblo —expresó solemnemente antes de poner su rostro como rocoto.

—No entiendo —confesé esa interpretación.

—Los maderos me traje del sótano porque nunca tuvieron función alguna —empezó a explicar—, los adoquines recuperé de la calle cuando el Distrito trabajaba por aquí.

—¿Y todo ese montón de libros? ¿dónde logró recuperarlos?

—En parte son de librerías, bibliotecas o librerías petrificadas que no sabían lo que tenían. La otra, expropiando a las vacas sagradas que tienen libros en calidad de adorno.

—¿Tiene algún registro de todo esto? —me intrigaba su respuesta.

—¿Para qué? —me respondió—. No tengo ni lo tendré porque los libros son como las palomas que vienen un rato y después del primer estornudo se van.

El médico Recalde acomodó un libro de pasta dura bajo su cabeza como almohada y se dispuso a dormir sobre una estera que hacía de alfombra.

—Mientras usted le da una miradita a todo el arsenal —se acomodaba mejor manera—, yo soñaré un rato con los angelitos.

Entonces viré el cuello hacia la izquierda para darle a mi vista un mejor ángulo de acción, y empecé a leer uno por uno los títulos de novela, cuento y poesía

que tenía arrumados como si fueran bodega de librería. Tenía libros que yo nunca había visto ni podía imaginar, en inglés, muchos en francés, árabe, chino. Una delicia visual que no me cansaba de disfrutar, mientras el médico roncaba a todo pulmón, como invitándome a seguir pasando revista.

—Debe ser maravilloso estar entre miles de libros —exclamé con envidia el instante que el médico dejó de roncar.

El aludido cambió de posición para ponerse más cómodo y me respondió con otra pregunta.

—¿Cuáles le gustaría leer?

—Muchos, muchos —respondí como autómatas—. Ni siquiera me atrevería a pensar cuánto tiempo me llevaría leer solo el prólogo de todos ellos.

—Nadie lee todos los libros sino solo los mejores —se dispuso a filosofar.

—¿Qué se siente tener tanto libro al alcance de la mano? —me interesaba su criterio.

—Hubo una época donde todo libro que caía en mis manos lo leía de un tirón, pero ahora prefiero contemplarlos, y que la inspiración haga su parte.

—¿Espera que su descendencia mantenga este legado? —seguí el interrogatorio.

—De ninguna manera —movió la cabeza de izquierda a derecha—. Ellos son libres de tomar sus propias decisiones.

—¿No le asusta la idea de que todos estos libros algún día queden en la orfandad? —se me ocurrió.

—En ese caso, quedarían al servicio del pueblo.

Digamos que ya me estaba acostumbrando a las ambigüedades del médico que tenía un comportamiento en el centro de salud donde ejercía y otro en la Pe Zeta donde era Recalde para arriba y Recalde para abajo. Además, la voluntad de servicio dentro de las cuatro paredes que mostraba al principio solo duró tres meses porque pronto modificó su enfoque: recorrer las comunidades donde nunca llegaba un doctor. Decía que el espíritu de libertad que encontraba en el campo le provocaba la suficiente inspiración para sus creaciones. Al principio, obviamente, las caminatas las hacía conmigo, pero luego prefería hacerlo solo y sin avisar a dónde iba. No podría decir que el médico Recalde era un amigo/amigo, porque muchas veces andaba sin pronunciar palabra o hablando consigo mismo de alguna picardía, supongo. Hasta que llegó la ocasión de escucharle lo que yo venía esperando.

—¿Qué le pareció el ambiente de la Pe Zeta? —me preguntó de sopetón.

Considerando su comportamiento desinhibido con sus allegados de la ciudad y limitado con los parroquianos, su pregunta me provocó expectativas que debía

explorarlas desde mi propia experiencia. Primero, que me había planteado un tema que tanto a él como a mí nos motivaba, pero no sabía si abordarlo con alguna broma como lo hacían sus amigos de la ciudad, o un comentario silvestre que elevara su ego de médico benefactor, y; segundo, una respuesta ambigua que diciendo mucho no condujera a nada.

—Me parece una burbuja donde se juntan transgresores de clase media para hacerse notar... con gritos y poses irreverentes.

—¡Alto! —me interrumpió—. ...con literatura contestataria, por favor.

—Y que comparten sus ocurrencias contra quienes ostentan el poder —concluí mi apreciación.

—Desafortunadamente —me volvió a interrumpir—. Usted no conoce lo suficiente para hacer conjeturas. Claro que existen lacayos dentro de casa que le quitan consistencia al proyecto, pero de ahí...

—No trato de juzgar a nadie —le advertí—. Solo pretendo responder con la mayor objetividad.

El médico Recalde se quedó en silencio, solo caminaba por el filo de la acequia como que le había provocado una inocultable ofensa, lanzando conjeturas a media voz, pero consigo mismo.

—¿De dónde sacó ese resentimiento? —hacía esfuerzos por ocultar su enojo.

—Así es cómo lo veo desde mi limbo existencial —seguí comentando.

El médico Recalde me escuchó con atención, pero nuevamente en silencio como rumiando las palabras que escuchaba.

—Está bien —me dijo después—. No vamos a seguir discutiendo si usted lo piensa así.

—Solo respondo al enfoque de su pregunta.

Pero inesperadamente el médico cambió de semblante, como si una energía salvadora le empujara a salir del embrollo.

—¿Por qué no vamos mañana a la hacienda donde están filmando “El ángel de piedra”? —se mostraba renovado.

—No puedo mañana porque mi sindicato elige al nuevo directorio —le paré en seco sus intenciones.

—¿Y qué tiene? —se mostró despectivo—. Que elijan nomás a quién sea, ¿no le parece?

—No es así —tuve que aclarar—. Estoy de candidato a secretario de cultura.

—Si cree que eso es más importante... entonces, que le vaya bonito.

El médico Recalde se retiró un minuto, aspiró tres veces como para amortiguar el coraje que le daba mi supuesta evasiva, y otra vez regresó renovado.

—No olvide que tenemos algo en común —me advirtió amigable como en los primeros días—. Somos constructores de una palabra que busca la misma orilla.

Entonces empecé a sospechar que algo importante quería trasmitirme, algo como trazar la cancha para futuros eventos.

—En San Quintín debemos tratarnos de usted por cuestiones de jerarquía —me estaba proponiendo algo que era evidente—, pero dentro de la Pe Zeta, soy Recalde y podemos tutearnos. ¿De acuerdo?

—Con tal de que en la Pe Zeta no me tomen como a un aparecido —debía darle una respuesta ambigua.

A partir de ese novedoso acuerdo que le justificaba aparentar una cara en un contexto y otra en otro, yo debía seguirle el juego. Total, esa aproximación a la Pe Zeta me abrió una fuente inagotable de nuevas experiencias. Claro que a veces yo llegaba solo para ver qué pasa, y el médico se movía como pez en el agua, pero en San Quintín yo debía inventar explicaciones a sus frecuentes ausencias de la Unidad, porque, ante los ojos de la gente, yo era su confidente. Entonces, todos los dardos de inconformidad venían contra mí, porque el médico no pasaba en su lugar de trabajo, y que por culpa suya debían golpear otras puertas fuera de la parroquia.

Una semana después, el médico Recalde se dejó ver por el centro de salud.

—¿Cómo le fue en la elección? —parecía interesado—. ¿Ya le eligieron secretario de cultura?

—Eso era un hecho —afirmé—. Había tal consenso que no se presentó otra lista.

—Entonces está de ver cuándo hacemos un Recital de la Pe Zeta en su sindicato —me propuso—, y otro después en San Quintín.

Esa intención del médico Recalde, lejos de causarme emoción, me dejó preocupado.

—Esos espacios están destinados para fines sindicales —le aclaré categóricamente—. Y en cuanto a San Quintín...

El médico no me respondió con palabras, solo su rostro enrojeció nuevamente como rocoto, abrió la puerta y se fue.

Parecería que para el médico Recalde, solo estaba bien aquello que él hacía o pensaba, involucrando al prójimo para que le cubriera las espaldas. Desde esa perspectiva, no le importaba que los parroquianos le calificaran de “pata caliente” porque iba a todas partes, menos al centro de salud donde lo requerían. Su argumento era “prefiero ganar pacientes que nunca conocieron un médico en lugares remotos a otros que pueden esperar en el centro de salud”. Uno de esos miércoles que al médico se le ocurrió visitar la laguna de La Mica, a los pies del Antisana, contratamos una camioneta para una visita no programada, y en el camino recogimos a tres jóvenes que iban en la misma dirección unos kilómetros más adelante. Todos viajábamos en el balde, pero el médico Recalde queriendo

confraternizar, sacó una botella de aguardiente y pasó a los compañeros para “amortiguar el frío”, hasta que la botella regresó a nuestras manos, no solo baboseada sino con un asqueroso gargajo adentro.

—¿Quién hizo esto? —reclamó el médico muy molesto.

—Vos has de haber sido —bromeó el uno al otro y al otro.

Hasta que más allá se bajaron con supuestos reclamos entre ellos.

En cuanto llegamos a la única casita, aparte de la Estación que estaba como a tres kilómetros de distancia, y nos identificamos como personal del centro de salud de San Quintín, nos atendieron de maravilla. Era una familia con un padre de sesenta años, una madre de cincuenta y dos hijos solteros de entre treinta y treinta y dos años.

—¿Los dos son doctores? —nos preguntó el padre de familia.

—Él nomás —le presenté al médico—. Yo soy inspector, pero quisiera vacunar a sus perritos contra la rabia.

—Qué bueno, qué bueno —aceptó enseguida—. Tenemos algunos para ahuyentar a los lobos que abundan por aquí.

—Podemos vacunarlos ahora mismo —me ofrecí.

—Todavía no regresan todos —me aclaró—. Sería mejor cuando amanezca, antes de que salgan al pastoreo.

Esa noche nos asignaron cueros de borrego como colchón y dos gruesas cobijas a cada uno para envolvernos junto al fogón que amanecía prendido para mantener el calor. Todos juntos en el mismo espacio, incluso los perros, hasta que amaneció.

—Disculpe, mi doctor —dijo el padre al médico—. Tengo una sobrina que está por dar a luz y quisiera que le atienda en el centro de salud.

—Yo podría atenderle en su propia casa cuando me mande a ver —le respondió el médico—. ¿Por dónde vive la sobrina?

—Por acá cerca —señalaba el horizonte—. A media hora en caballo.

—¿Puede entrar hasta allá la camioneta?

—Hasta muy cerca de ahí —respondió—. Por allá es el camino.

—Pasaré hoy mismo dándole una visita —se ofreció el médico.

Enseguida vacunamos a todos los perros que aparecieron por la casa y por la Estación de la Empresa, y a eso del mediodía armamos el viaje de regreso. Poco después nos topamos en el camino con un jinete asustado que, por casualidad, era el esposo de la pariturienta que nos habló nuestro anfitrión. Seguro llegó a saber que el médico regresaría esa misma tarde y se puso sobre aviso.

—¡Suba al anca, doctor! —gritó el campesino, acomodándose en el caballo para que se subiera atrás—. Mi mujer ya está por dar a luz.

Pero el médico prefirió que se adelantara con el maletín mientras nosotros corríamos tras de sus huellas. La camioneta nos esperaba a un lado del camino mientras avanzábamos, hasta que llegamos con la lengua afuera a una casita de paja donde no dejaban de ladrar su par de perros.

La joven mujer se retorció de dolor y luego se calmaba.

El médico Recalde se sentó en la cama de palo de la parturienta y sacó un par de guantes del maletín para ponerse manos a la obra.

—Llegamos a tiempo —trataba de calmarle a la mujer que sudaba como tapa de olla—. Usted puje cada vez que yo le diga.

El campesino solo temblaba, viendo a su esposa que se retorció para luego quedarse como desmayada.

—¿Habría algo para templar los nervios? —bromeó el médico para bajar las tensiones.

El futuro papá se puso a buscar entre los zamarros hasta encontrar una botella de aguardiente que la puso frente al médico, luego a mí, y él también se pegó un sorbo.

—¡Ahora sí! —exclamó el médico, arremangándose la chompa—. Lo sacamos porque lo sacamos.

Me pidió que le ayudara porque el cordón umbilical le daba vuelta al cuello y estaba a punto de ahorcarle. Entonces, en cuestión de segundos, el médico hizo una maniobra, logrando desatar el cordón que ya

tenía asfixiada a la criatura. Ese momento se oyó un chirlazo, y el niño soltó un estrepitoso llanto que nos puso a todos felices. El médico cogió la primera prenda que encontró en la cama para envolverlo y entregar al padre que lloraba de emoción.

—Si no era por el traguito... se nos iba —bromeó el médico ante el padre que apretaba la criatura a su pecho.

El flamante papá no tenía palabras de agradecimiento, cogió la botella con el resto de aguardiente que sobraba y le puso en el maletín de curaciones.

Una semana después, el gato Herodes no aparecía por ninguna parte.

—Me imaginé verle desconsolada por el Herodes —saludó el profesor que llegaba al almuerzo de doña Esther.

—Ya me dijeron que andaba tras la gata del cura —respondió de lo más tranquila—. Eso me da confianza porque la sacristía está aquí al frente.

—¿Y el nombre en la placa? —se alarmó el profesor—. Ese tema le va a generar mucho dolor de cabeza con el cura.

—Ya me advirtió la sobrina del cura para sacarle la placa —sonrió la doña—. Ella tiene razón porque su tío pondría el grito en el cielo viendo ese nombre.

En efecto, una tarde distinguí al Herodes sin la placa, y parecía ni más ni menos que un indocumentado cualquiera.

Después me encontré con la anfitriona que me abordó algo contrariada.

—Ya una semana que vengo mintiendo de que el gato está en la sacristía, pero estamos alimentando falsas esperanzas —esperaba mi reacción—. ¿De dónde voy a sacar ese animal para devolverles?

—Si pudiéramos conseguirnos un gatito recién nacido —se me ocurrió—. Eso nos daría tiempo hasta pensar otra cosa.

—En este punto —ella se rascaba la cabeza—, sería mejor que se preñara la gata.

—Espero gestiones de tu parte —le dije—. Siempre que sean buenas y efectivas.

La supuesta culpabilidad por la desaparición del Herodes la compartíamos con la sobrina del cura. Por eso yo andaba escondiéndome de doña Esther, ni siquiera iba al almuerzo por temor a que me exigiera una prueba de vida del gato. Hasta que asomó la sobrina del cura saltando en una pata.

—Tengo algo que te va a encantar —me dijo.

—¡Ya sé! —grité jubiloso—. Le cambiaron de parroquia a tu tío.

La sobrina del cura se frunció de las iras, del resentimiento o lo que sea, y se alejó de mi vista refunfuñando disimuladamente. Pero yo me di cuenta del

sarcasmo que había cometido y le supliqué perdón de rodillas.

—Con una condición —me advirtió con el dedo—, que las próximas instrucciones las asumas sin chistar.

Yo acepté todo solo por la curiosidad de lo que me quería decir.

—¡La gata Trinidad ha estado preñada y ya tiene crías!

—¡Qué felicidad! —me froté las manos—. Entiendo que se parecen mucho al Herodes, ¿verdad?

—Nada es perfecto en este mundo —bajó la emoción inicial—. Pero necesito que pongas mucha determinación.

“Ni modo”, pensé, escuchando su plan de entregar un gatito a doña Esther como prueba de que el Herodes seguía vivo y coleando. Cogimos al animalito que más se parecía en una frazada y nos fuimos a su tienda.

—Aquí está el retoño que estaba esperando —se me ocurrió decirle—. ¿No le parece igualito al Herodes, pero en chiquito?

Ella fingió una sonrisa mientras inspeccionaba la panza, las patas, los ojos.

—Claro que, igualito, igualito... no está —seguía buscando alguna particularidad que le ligara a su Herodes—. Pero le acepto hasta que llegue el original.

Ese momento don Nicanor hizo ruidos guturales como que quería conectarse al momento gatuno.

Entonces, doña Esther, le acercó el gatito para sentarle en su pecho.

—¿Qué te parece? —se miraron los dos—. El señor de los chistes dice que es hijo del Herodes.

Don Nicanor, sin quitarle la mirada de encima, sonreía y negaba con la cabeza al mismo tiempo. Era evidente que el gatito era harina de otro costal, pero igual le gustó a don Nicanor, provocándole mimos a cada rato.

Después doña Esther me llevó a un ladito.

—Ni crea que me comí el cuento de que es hijo del Herodes —me advirtió—. Le recibo esta criatura porque mi marido se encariñó, nada más. Eso no quiere decir que voy a olvidar a mi consentido.

Al otro día se me ocurrió visitar a doña Esther.

—¿Dónde está el gatito que le trajimos? —le pregunté afectivamente.

—No tuvimos tiempo ni para ponerle nombre porque ayer mismo desapareció entre tanta gente que viene al vóley —se notaba de lo más tranquila—. Yo prefiero el mismo gato que me pertenece.

Hice algún gesto que no recuerdo y salí con el rabo entre las piernas. Afuera observé que la vecina Farías se daba modos por llamar mi atención desde su ventana. Entonces me dije: “esta carpintera se trae algo entre manos y le voy a dar la oportunidad de

abordarme”. Me detuve, simulando escribir un registro del temporal en mi libreta, para que ella saliera con algún pretexto.

—¿Qué estás haciendo, lobito? —me dijo sin regresarme a ver, mientras arrastraba un costal de basura para colocarlo junto al poste de luz.

Entendí que tramaba algo, pero lo hacía prudentemente para no levantar sospechas. Yo seguí garabateando en el papel como que estaba inspirado en las nubes, y cuando ella regresó, le respondí sin regresar a ver:

—Estoy dando la cara para que no me cojan dormido.

—Ya mismo te caigo en la oficina para conversar —me respondió, limpiándose las manos en su delantal de cuero.

Ella entró a la carpintería y yo avancé al centro de salud. Cinco minutos después apareció ella, peinadita y sin delantal.

—Estoy al tanto del lío en que te has metido —me dijo antes de confesar sus propósitos—. Pero tengo algo que podemos negociar.

Con ese misterio acababa de intrigarme más y me puse a la defensiva.

—Puedes tomar de mí todo lo que quieras porque estoy desarmado —me puse de pie con las manos levantadas como si fuera un asalto.

—Nada de eso, pedazo de alcorchoque —golpeó el escritorio con su genio de pocas pulgas—. De ganita te vas a ganar un par de puñetes.

Con santa paciencia me volví a sentar.

—Entonces ¿qué miércoles traes entre manos?
—me impacienté más.

Ella, que de por sí era confianzuda y vulgar, puso el codo sobre mi escritorio y sacó del sostén una foto para ponerle a la altura de mis ojos.

—¡El Herodes! —le quité la foto sin poder controlar mi emoción—. Es el mismo gato que doña Esther anda buscando.

—Un ratito —me arranchó enseguida—. El gato, como lo ves, está a buen recaudo.

—Eso no dudo porque hasta le tienes comiendo en tu mano —me puse tenso—. ¿Y por qué no le devuelves a tu vecina?

—Porque está bajo la responsabilidad de la sobrina del cura —tenía la sartén por el mango—. Y, como a esa mosquita muerta no la puedo ver ni en pintura, quisiera sacarle provecho.

No había más vueltas que darle, la sobrina del cura y yo estábamos en manos de semejante arpía.

—¿Qué es lo que exiges para devolver el Herodes a su legítima dueña? —traté de retomar la situación.

—¿A la dueña? —sonrió maliciosamente—. El trato es entre nosotros con esa mosquita muerta.

—Está bien —me froté las manos—. Tú me entregas el gato, y yo...

—No cantes victoria antes de tiempo —me cortó la emoción—. Solo puedo enseñarte la foto para que verifiques la autenticidad del producto.

—¡Uffs! —me dejó perplejo—. Pero no me has dicho en qué consiste la negociación.

—Que el cura pague los daños y perjuicios por la custodia del gato —tomó un papel del escritorio y se dispuso a escribir un acuerdo.

—Dudo que el cura mueva un dedo por los líos de su sobrina —aseveré—, y peor si se trata de un gato ajeno.

La carpintera se dio cuenta de que falló su estrategia y yo aproveché para decir mi contraoferta.

—¿Qué te parece si cambiamos el Herodes por un perrito chihuahua?

Ella escuchó atentamente, estudiando la oferta, hasta que aceptó de buena gana.

—Con una condición —me lancé con todo—. Me dejas ver el gato ahora y te traigo el perrito mañana. ¿Te parece?

Ella me miró con furia como queriendo darme un zarpazo.

—¿Me estás viendo la cara de imbécil? —golpeó el escritorio—. Ustedes traen el perro chihuahua y yo el gato al mismo tiempo. Mañana. ¡Última palabra!

Ella se levantó de la silla, guardó la foto nuevamente dentro del sostén, y se fue.

A última hora la sobrina del cura se excusó de acompañarme, pero la carpintera con el gato en un

costal, por un lado, y yo con el chihuahua, por el otro, estábamos listos para el canje. Cogí el costal con el gato encerrado, mientras ella abrazó al perro y se fue para su casa “evitando sospechas del vecindario”. Yo, satisfecho de la recuperación, me dirigí con el bulto sin verificar a la casa de doña Esther.

—¿Adivine qué le traigo en este costal? —quise sorprenderle a ella, porque don Nicanor estaba dormido.

Doña Esther se limitó a sonreír, tratando de descubrir por las costuras qué misterio le había traído. Quise ahorrar suspenso y desaté el costal para ver sus emociones.

—¿Qué? —gritó ella con la desilusión en su rostro—. ¿Quiere hacerme creer que este animal bañado de azul es mi gato?

Me quedé de una pieza, absorto, mudo, atónito, y todos los apelativos que se acostumbran en estos casos.

—¿No será el Herodes? —reaccioné, en el colmo de la ingenuidad.

Doña Esther, que echaba chispas de las iras, señaló al extraño para darme explicaciones.

—Mi Herodes tiene las patas y el pecho manchados de blanco, y sus rayas son naturales, no pintadas como este —señalaba sus diferencias—. Coja ese impostor y vaya a entregar a quien corresponda, antes de que despierte el Nicolás y le dé un patatús por culpa suya.

Doña Esther no mostraba el menor interés por ese animalito que, sin duda, no era el verdadero Herodes

que andábamos buscando. Pero yo, después de mi fallido reencuentro, puse nuevamente el gato en el costal y me dispuse a salir.

—Nunca quise provocarle un mal rato, doña Esther —me sentí abochornado—, pero yo también fui presa del engaño.

Ella entró a la cocina para que yo terminara de salir con el costal en la mano. En este punto, yo solo quería que apareciera la Farías para encararle. Regresé a ver la ventana de la carpintería y ahí estaba ella, como que nada había provocado, jugando con el Chihuahua. Apenas me reconoció, le hice señas para que fuera a conversar al centro de salud. Pero ella, en el colmo del desparpajo, respondió que me adelantara nomás.

Cinco minutos después llegó ella como que nada había pasado.

—Qué poco convincente eres —me reclamó sonreída—. Era cuestión de sorprenderla: “es el mismo gato, cuatro patas, un rabo, solo que otros ambientes lo volvieron diferente”.

—Imposible meterle gato por libre a doña Esther —comenté decepcionado—. Tendrás que devolverme el chihuahua para dejar las cosas como estaban.

—No se ha de poder, cholito —me contestó antes de irse—. El perro ya se orinó por toda mi casa, marcando territorio. ¿Qué culpa tengo yo de que doña Esther no acepte un gato igualito al suyo?

Con semejante excusa martillándome en la oreja, salí a despejar la mente para ver si las musas me inspiraban algo mejor.

Me habían ponderado que la Librería Cronopios tenía buenos libros de temas literarios, pero yo dudaba en comprar tal o cual título por temor a que no cubriera mis expectativas. Pero yo debía tomar decisiones porque no quería injerencias extrañas en los temas que realmente me atrapaban, así fue como empecé a leer una página del libro escogido cada vez que pasaba por ahí, hasta que me llegara a convencer para comprarlo. Esto lo confesaba en una reunión de la Pe Zeta, y todos se rieron.

—¿De qué se ríen? —pregunté extrañado y molesto a la vez—. ¿Dije algo que no debía?

—Ese no es el procedimiento para atrapar el sentido de un libro —dijo alguien, salomónicamente.

—¿Entonces, ¿cuál es?

—¡La recuperación de los instrumentos culturales! —respondieron en coro, como si estuvieran entrenados para recitar ese estribillo.

—¿Qué es eso? —seguía yo en las nebulosas.

—Mejor te daremos una demostración práctica —propuso un Pe Zeta colombiano.

Ese instante se suspendió la reunión y me dejé llevar por los experimentados para entender las mañas en estos menesteres. Esa tarde me llevaron a la Librería Cervantes que quedaba en el centro histórico, cerca de la Plaza Grande de Quito, donde me demostraron como se expropiaba libros. El colombiano, que también era médico como el Recalde, agarró un par de libros pasta dura de algún tema que ni siquiera se fijó porque se trataba de una demostración, y me dijo.

—¿Este o este? —enseñándome ese par de voluminosos libros.

Yo respondí que cualquiera porque lo que se trataba era de hacer un ejercicio vivencial. El colombiano que llevaba chompa de cuero sin subir el cierre miró de reojo al dependiente y se colocó atrás de la cintura para salir tan orondo sin que nadie se diera cuenta. La siguiente demostración le tocaba al médico Recalde en la Librería Cronopios, justamente en el mismo lugar donde yo pasaba tiempo hojeando sus páginas antes de comprar un libro. El médico Recalde saludó muy educadamente con la dueña del local y se puso a buscar “novedades”.

—¿Cuál es el libro que le gustaría? —me preguntó el médico.

—Puede ser “La vuelta al día en ochenta mundos”, de Cortázar, que estoy leyendo las últimas semanas —respondí.

El médico Recalde que ubicaba perfectamente dónde estaba cada tema, recorrió treinta segundos hasta encontrar lo que buscaba.

—Son dos tomos —me indicó los libros en la mano—. Este y este.

Comparados con el libraco que se sacó el colombiano de la Cervantes, estos libritos de Cortázar eran un juego de niños. El médico Recalde se aseguró por el espejo del fondo que no le estuvieran observando, y se guardó un tomo en cada bota.

—¿Me permite el baño? —le dijo a la dueña, justo cuando se encontraron sus miradas en el espejo.

Ella, muy amablemente asintió con la cabeza. Después de un rato, el médico Recalde que solo estaba en camisa, agradeció a la dueña de la librería y salimos.

—Hay que ser ejecutivos —me dijo, sacándose los libros de cada una de sus botas—. Aquí están los dos tomos que usted necesita.

Cogí esos dos tomos como a extraños camaleones y los guardé en mi mochila. Yo no sabía cómo reaccionar en esta parte del protocolo, si agradecer como cualquier otro favor o quedarme callado, y opté por la segunda que me permitía al menos, no pronunciar palabras que no nacían del corazón. Caminamos varias cuadras sin regresar a ver por si alguien nos denunciaba y caía yo, con la evidencia del caso, como cómplice de un delito librero.

Era uno de esos días en que los movimientos sociales organizaron una marcha que arrancaba en El

Ejido hasta la plaza de Santo Domingo. Por coincidencia o cálculo político, el sindicato de trabajadores de la salud planificó su asamblea ordinaria en horario de nueve a doce para enlazar con la marcha convocada para las tres de la tarde. Cada grupo de trabajo debía presentar sus avances, hasta que le tocó a mi Secretaría de Cultura donde presenté una rústica historieta de ocho páginas con el título: “¿Para qué Sindicato?”. Su respuesta estaba sustentada en la Constitución vigente, el Código del Trabajo y los Derechos Humanos respecto al despido intempestivo que acechaba por entonces. Pasado el mediodía la agenda se agotó con buenos augurios, después había que concentrarse con el Sindicato en El Ejido, pero había distractores en la plaza del Teatro que me deslicé hacia el centro donde aglutinaba más gente.

Era “El cantor de contrabando” que animaba la convocatoria de esa tarde: “Yo soy remiso / y estoy muy orgulloso de serlo / al uniforme y al fusil / no quiero ni siquiera verlos”, se escuchaba de entre el tumulto de curiosos que festejaban los temas irreverentes del cantor. Me acerqué lentamente hasta que el novedoso tema se volvió una copia de mi realidad: “Prefiero comprar / el certificado de patriota / a ser del Estado Mayor / una obediente mascota”, justamente en los tiempos que yo andaba a llevar el certificado de “Remiso sancionado” como parte de mi documentación antipatriota. Entonces, me sentí llamado, como

quien se alista a formar filas de algo confuso que le involucraba. Me aproximé, entre apretones y empujones hasta lograr un ángulo aceptable para verle mejor entre las cabezas de los espectadores. Era el cantautor que no dejaba de dirigirse al grupo de militares que custodiaba la plaza en un día que se aproximaban las protestas callejeras contra el gobierno de turno. Era la época cuando la libreta militar era un documento tan imprescindible como la cédula de identidad. Yo tenía el status nada envidiable de “Remiso sancionado” pero firmado con rojo, aunque nunca supe si esa particularidad obedecía a un simple despiste del oficial que no tenía otro esfero o el designio que debía arrastrarlo por el resto de mi vida. ¡Libreta militar!, ¡Libreta militar!, me exigían en todas partes, hasta para lavar los platos en un Restaurante donde me alisté buscando trabajo, como que para zambullirse en un cerro jabonoso de vajilla sucia hiciera falta la instrucción militar. Yo tenía que justificar en todas partes de que no fui al cuartel porque era el único sustento de mi familia.

Pero esta experiencia de la “Canción del remiso” que pregonaba el cantor en la Plaza del Teatro, así como en otros lugares de convocatoria popular, no solo que lograba incomodar a los militares que resguardaban los espacios estratégicos de las marchas populares, sino que calaba hondo en la conciencia de provincianos como yo que hacíamos nuestros pininos en la gran ciudad. “Desde la escuela ¡Viene el Perú! / y en el colegio ¡ya

viene el Perú! / A prepararse bravos hombres / (Tutu tutú) / A jurar la bandera / (Tutu tutú), / Defendiendo la frontera / demuestra que eres el más macho tú”. Era como darse un momento de reflexión de la escuela tradicional, del enemigo histórico al que había que enfrentar a partir del juramento con la bandera tricolor. El problema de este pensar era que, al igual que aquí, en el Perú y todas las fronteras se aplicaba el mismo criterio guerrerista y patrioterero que generaba el juego de buenos y malos, donde el peruano era sinónimo de malo. “Pero yo nunca creeré / la gran mentira de la historia, / de que al bañar a otro de sangre / me estoy “bañando de gloria”. Entonces la gente se daba cuenta de que nuestro enemigo no estaba al sur del país, de la misma forma como el enemigo del Perú no estaba al norte, sino en las injusticias que afectaba por igual a los del sur, del norte y de todos los costados.

Después vinieron los aplausos, y entre los aplausos, el insistente pedido: ¡Mi perrito de ocho sures!, ¡mi perrito de ocho sures! El cantor se acomodó la gorra de cuero y empezó: “Pasaba por el mercado / cuando acerté a mirarlo / en medio de veinte como él, / apretados. / Ese del fondo del cesto / señora / ese, comprarlo yo quiero. / Diez me pidió, ocho le doy. / Trato hecho”. En eso, se oía las consignas cada vez más cercanas que pasaban al Ejido por la Guayaquil para integrarse a la marcha, y empezó a caminar en esa dirección. Parecía el flautista del cuento, acarreado

gente. “Y mi amigo fiel / siempre será / para jugar / con mi soledad. / La haré sonreír / y que sea feliz / con mi perrito de ocho sures”.

Terminada la motivación musical y porque estábamos sobre la hora, nos dirigimos como en procesión al lugar de la concentración frente al edificio del Seguro Social. Entonces me reconoció el cantor como al lazarillo que acompañaba al médico Recalde en las reuniones de la Pe Zeta.

—¿Qué andas haciendo por aquí? —me preguntó el cantor con la guitarra al hombro.

—Saliendo de una asamblea sindical para unirme a la marcha —respondí.

A pocas cuadras de la concentración, se escuchaban disparos de bombas lacrimógenas a la altura del Seguro Social. Entonces empezamos a trotar como todos los manifestantes porque la marcha había empezado.

Yo estaba en mi oficina y me disponía a escribir cualquier cosa en mis papeles doblados, cuando apareció la sobrina del cura con un chupete en la boca y se quedó mirándome desde la puerta.

—A pesar de tus evasivas en los momentos más difíciles —me acerqué a ella—, necesito consuelo para mis frustraciones.

—¿Tanto así? —se sorprendió ella.

Sin poder contener mis emociones, le invité a caminar para que no pareciera una confesión en medio de la sala de espera.

—Resulta que, aparentemente, yo recibí al Herodes dentro de un costal —empecé.

Ella sacó abruptamente el chupete de la boca para un gesto de desagrado.

—¿Cómo que “aparentemente”? —se notaba confundida—. ¿Es o no es?, ¿algún impostor?, ¿alguien quiso jugarle una mala pasada?

—La carpintera Farías me preparó una trampa que no pude resolver ese momento.

—¿Cómo se atreve esa malvada a jugar con el dolor humano?

—Imagínate que pintó de azul a un gato callejero para convencer a la doña de que era el Herodes con otro look —aseveré.

—Pero doña Esther no es ninguna tonta —advirtió ella—. Supongo que le mandó con viento fresco.

—La Farías no quiso dar la cara al igual que tú —me sonrojé—. Entonces aparecí en solitario con el costal en la mano para darle la sorpresa.

—En buena parte la culpa es mía por no estar presente —asumió la sobrina del cura—. Pero ¿cuál fue la reacción de doña Esther?

—Ella se molestó mucho de que le tomaran el pelo porque, a pesar del parecido, era obvio que reconocería sus diferencias —comenté—. Por suerte don Nicanor siguió durmiendo y nunca supo del suceso.

—Con el Herodes desaparecido y con el cuento de que “ya mismo aparece”, no podemos mantenernos toda la vida —volvió a impacientarse la sobrina del cura—. ¿Qué será de hacer?

—¿Conoces algún santo de las mascotas? —se me ocurrió preguntarle.

—¡San Francisco de Asís!, por supuesto —saltó ella.

—¿Qué te parece si acudimos a su manto divino para que nos saque de esta encrucijada?

—No sabía que te habías convertido —bromeó ella.

—Haría lo imposible por quitarme ese tormento de encima.

—Es hora de ponerle el pecho a las balas —dijo ella, cogiéndome de la mano, como para cruzar la calle—. Aprovechemos este momento que están barriendo la sacristía.

Entramos juntos, aunque se me puso la piel de gallina subir al altar con ella. Nos arrodillamos frente a la imagen del santo, cerramos los ojos, y nos encomendamos cada cual por su lado.

—Bis, bis, bis, bis —escuchaba yo de un lado—. Bis, bis, bis, bis —escucharían los de limpieza del otro lado.

Hasta que, repentinamente, sentí que una escoba volaba por los aires hasta caer muy cerca de nuestras cabezas. Ese momento saltamos como resorte y todas nuestras plegarias se fueron al carajo.

—¿Será una señal del cielo? —se me ocurrió en el colmo de mi ignorancia.

Pero tuvimos que salir corriendo porque el cura, completamente furioso, nos lanzaba todo tipo de utensilios y de improperios desde la sacristía, sin respetar la casa de Dios.

—Buscaban mi bendición, ¿no? —gritaba a nuestras espaldas hasta que salimos a la calle—. Sepan ustedes, pedazo de mequetrefes, que nunca tendrán mi aprobación.

Y nos cerró el portón en nuestras espaldas.

—Si supiera tu venerable tío que lo único que nos une es la búsqueda del Herodes —hice pausa—. No debería gastar pólvora en gallinazos.

Días después me encontré con la carreta de basura parqueada a la entrada del centro de salud, y suponía que don Melchor estaba realizando su trabajo. Pero justamente cuando yo subía las gradas, él bajaba visiblemente contrariado.

—¿Ya le dieron el cambio al doctor? —me preguntó de sopetón.

—¿Cómo así? —me sorprendí—. ¿A dónde podrían mandarle?

—A los alrededores de la parroquia, supongo, porque ya no se le encuentra por ninguna parte.

—¿Alguna novedad en el frente? —quise indagar si se trataba de alguna dolencia o que alguien le estaba utilizando para espiarnos.

—Se trata de don Nicanor —respondió—. El esposo de mi prima Esther, la de los almuerzos de la cancha de vóley.

—Claro que sí —me asusté—. ¿Qué le pasó?

—Se puso malito por el gato.

Ese momento me estremecí, como que algo malo rondaba, poniendo en riesgo a la vida del mayor.

—¿El gato Herodes le mordió, le rasguñó o qué? —trataba de sacarle más información.

—Se está escapando donde la gata del cura —suspiró un momento—. Parece que ya no quiere regresar a casa.

—En cuestiones del corazón, don Melchor, el gato es libre de tomar la decisión que le parezca —advertí—, aunque no comulguemos con el cura ni nos agrade su temperamento.

—Nada que ver —siguió bajando las gradas—. Don Nicolás cayó en depresión por culpa de ese malagradecido.

“Si supiera don Melchor que tras de ese “malagradecido” está un gato sensible”, pensaba para mí solito.

—Pero ellos saben que el Herodes siempre va y viene de la sacristía —trataba de calmar sus temores—. Ya verá que se van acostumbrando.

—Eso mismo le dije y no quiere entender —me aclaró—. Mi prima insiste que le ayude a recuperar la voluntad de su marido.

—Está bien —traté de darle salida al asunto—. Lo que usted busca es quitarle la depresión a don Nicolás, ¿verdad?

Don Melchor se emocionó tanto con mis palabras de esperanza que movía la cabeza de arriba para abajo en señal de aceptación.

—Para eso no necesita al doctor —se me ocurrió bromear—. Suficiente con la estrategia emotivo/sensorial/cardiovascular.

—¿Qué es eso? —se asustó—. ¿Usted cree que soportará ese tratamiento?

—Déjelo por mi cuenta y que nadie se entere de lo que estoy haciendo.

—Seré una tumba —hizo ademanes de coserse la boca—. Aquí no se ha dicho ni comentado nada.

Don Melchor subió a la carreta de basura y se retiró mucho más animado que al principio.

Unos días después volví a interesarme en la salud emocional de don Nicanor porque ya no salía a tomar el sol ni a mirar el vóley como antes.

—Respeto mucho la privacidad de don Nicanor —confesé a doña Esther—, pero quisiera comentarle algo que le va a interesar.

—Venga, venga —me cogió de la mano para llevarme donde don Nicanor que vivía su depresión prolongada.

El susodicho descansaba en la semioscuridad del cuarto, cubierto la cara con un grueso almohadón.

Entonces, doña Esther se acercó al oído y le dijo con la ternura que le caracterizaba.

—El señor de los chistes quiere conversar un ratito.

Lentamente sacó una mano de entre las cobijas para apartar el almohadón, dejando ver su rostro con una mediana sonrisa.

—Me alegra verle más animado, don Nicanor —le dije—. Solo quiero contarle que vi al Herodes paseando orondo por la sacristía.

El enfermo, que no podía pronunciar palabra, se alegró a su manera hasta provocarle lágrimas de emoción.

—¿En serio le vio al Herodes? —se interpuso la doña que oficiaba de mediadora—. ¿Cómo está el bandido?

—Estoy seguro de que piensa regresar a casa —aseveré—. No sé cuándo, porque se ve muy enamorado, pero seguro que volverá.

—Ya va a empezar con sus chistes —sonrió ella, secando con el delantal las lágrimas de don Nicanor—. ¿Y cómo sabe lo que piensa el Herodes?

—Pura psicología, doña Esther —presumí saberlo todo—. ¿No sabría que también soy psicólogo de gatos? Para mañana le ofrezco alguna evidencia.

Al otro día, como a las diez de la mañana, me aparecí en la tienda de doña Esther con la sobrina del cura.

—Pasen, pasen —nos acercó las sillas de la mesa—. ¿Qué los trae por aquí?, ¿alguna noticia de mi Herodes?

Regresé a ver que don Nicolás permanecía estático en la cama frente a la tele, no sé si dormido o petrificado en la pantalla, pero sin pestañar. Entonces le pedí a mi asistente la postal que encontró en alguna parte y le indicamos a la doña sin hacer comentario alguno.

—¡Herodes! —exclamó, sin fijarse que se trataba de una postal.

Apretó la imagen a su pecho y, sin decirnos nada, fue a enseñarle a don Nicanor. La puso al frente, entre la tele prendida y sus ojos, para que la observara en primer plano. El enfermo, sin pestañar, extendió su mano temblorosa para atraparla.

—Esta foto trajo el señor de los chistes —señalaba a la mesa donde estábamos con la sobrina del cura—. Dice que el Herodes está muy bien... durmiendo con la gata de la sacristía.

Don Nicolás logró sonreír, aunque sin controlar sus lágrimas. Entonces doña Esther le quitó la postal para guardar su mano dentro de las cobijas y me devolvió.

—Gracias por traer noticias de mi gato —nos palmeó el hombro a los dos—. ¿Para cuándo lo tendremos en persona?

—Muy pronto —correspondí con el mismo palmeteo—. Solo quiero que estén tranquilos, mientras el Herodes ronde la sacristía estará a buen recaudo.

—¿Cama, dama y chocolate? —bromeó la doña.

—Efectivamente —respondí—. Sobre todo, está en la casa del Señor... del señor cura, claro, pero en tutela de la sobrina que está aquí conmigo.

—Claro que sí —afirmó la sobrina del cura—. Aquí donde me ve, soy nana de la gata Trinidad, y podría construir un puente humanitario para su gato Herodes.

—No quisiera que ese “puente” me deje sin pan ni pedazo —respondió doña Esther—. Mejor, usted siga encargándose de sus cosas que yo me encargaré de las mías.

El gato Herodes seguía rondando los tejados por demás retraído. En eso, acompañé a la sobrina del cura hasta la sacristía y, mientras ella abría el portón, observé al Herodes manchado de azul, paseando su desconuelo por la terraza. Había que entender que el peso de la persecución, su hogar de capa caída y la tienda que lo acogió desde pequeño lo estaban atormentando.

Uno de los sábados que cumplía mi función de inspector en el mercado me encontré con un grupo de jóvenes a quienes no conocía, ofreciéndome como a todos, un periódico popular denominado “La pluma sanquinteña”. Yo les compré gustoso, pero me cuestionaba: ¿cómo es posible que un aspirante a periodista como yo no se haya enterado de este particular? Tomé

el periódico para revisar los créditos y leí que se trataba de una publicación mensual.

—Trabajo aquí como medio año y es la primera vez que lo veo —comentaba con ellos.

—Tuvimos que suspenderlo después del segundo número por falta de recursos, pero queremos mantenerlo por mucho tiempo —me explicó uno de ellos—. ¿Usted es sanquinteño?

—Solo de paso —aclaré—. Soy un empleado público que trabaja hasta el sábado.

—Del Distrito Metropolitano, supongo.

—No, precisamente —seguí hojeando el periódico—. Pero me interesa este proyecto porque soy estudiante de periodismo.

—Qué bueno —hicieron como que aplaudían con las uñas—. Ahí tiene el teléfono de contactos.

—¿Cuántos ejemplares les quedan este momento? —pregunté.

Cada uno de los voluntarios se puso a contar.

—Tenemos veintitrés en total —respondió uno de ellos.

Entonces pasé repartiendo en cada uno de los puestos.

—Colabore con el periódico de San Quintín, colabore con el periódico de San Quintín, colabore con el periódico de San Quintín —repetía—. Son veinticinco centavos que los compañeros pasarán recogiendo.

De esa manera, aprovechando mi función de inspector, fuimos familiarizando el periódico de San Quintín en la feria del sábado.

El caso es que me contacté con los responsables del proyecto y aunque no los conocía en persona, eran sanquinteños o emparentados con gente de por acá. Tenían una minuciosa estructura donde unos escribían, otros ilustraban, gestionaban la impresión, conseguían auspicios, etc., y yo me comprometí a difundir el periódico al interior del mercado donde tenía injerencia.

—Entiendo que se trata de rescatar los valores ancestrales —comentaba yo con ellos—. ¿Por qué no utilizamos el trueque como alternativa de pago?

—Estábamos pensado en eso porque en las comunidades todavía se aplica —respondió el Emilio que era el mentalizador de todo esto—. Aceptaremos todo tipo de productos como forma de pago por auspicios, suscripción, del mismo producto unitario, de todo. Lo que importa es que sea un mecanismo de reflexión. No importa que sean alimentos, movilización, hospedaje... licores.

De esta manera, a partir del siguiente sábado, cada colaborador de ventas debía llevar un costal para recibir los pagos en especies. Pero ¿quién estaba detrás del periódico?, ¿a quién podría interesar que se publique lo que ocurre en este pueblo? Al principio me emocioné viendo un periódico de carne y hueso circulando entre la populachada sanquinteña, y solo me interesaba que

eso camine, se geste y vuelva a caminar. Luego me puse a juntar cabos ya que se empezaron a dar encolerizados comentarios en contra y a favor de la familia Aceituna a quienes responsabilizaban de todas las consecuencias. Pero ¿quiénes eran los Aceituna?, como les conocían los sanquinteños. Era una ramificación de familias de corte burgués pero vinculadas en mayor o menor grado con la Unión Soviética donde muchos habían recibido su instrucción y formación política. Claro que el nexo familiar era la casa de sus abuelos en San Quintín, pero solo llegaban de vez en cuando porque trabajaban en otras ciudades del país o el exterior. Ahí empecé a entender el origen de ciertos dibujos provenientes de otros contextos que no siempre encajaban en los nuestros. Yo había escuchado comentarios de esa familia, pero nunca imaginé que lograría un acercamiento estratégico con ellos, incluso, por esas casualidades de la vida, el Emilio, que era periodista y responsable del periódico llegó a ser mi profesor temporal en la Universidad Central.

El asunto es que me gustó ese periódico donde podría difundir noticias de la localidad, de la realidad nacional y una que otra crítica, aparte de alguna caricatura política como forma de opinión. A partir de ese momento empecé a publicar al menos un reportaje, un poema local, una ilustración, cualquier cosa; aunque con esto empezaron a involucrarme con los “comunistas” a quienes unos les tenían aprecio, y otros se negaban

a leer el periódico porque creían que alteraban la mentalidad de los jóvenes. Lo cierto es que, de un tiempo a esta parte, “La pluma sanquinteña” daba mucho que hablar en San Quintín.

Algunos, incluso, llegaron a decir que había “un antes y un después” de San Quintín con “La pluma sanquinteña”. Ellos tendrían sus argumentos, pero al menos de mi parte, el periódico ocupaba un lugar junto a los productos de venta, lo revisaban y leían las vendedoras en los intervalos, y se interesaban en publicitar sus productos. Los sábados todo el día, “La pluma sanquinteña” estaba en boca de todos, sobre todo, de los consumidores de cerveza y hornado, para bien o para mal.

Recuerdo que la primera vez me comprometí a un reportaje para las páginas centrales y una caricatura para contratapa. En esa prueba de fuego, me armé de un par de hojas dobladas por la mitad y me fui a Toledo para hacer un reportaje con el profesor que me ofreció su colaboración cuando nos conocimos en el bus.

Esa mañana contraté a una camioneta que se ofreció llevarme y traerme de vuelta después de dos horas.

—¿Cómo así por Toledo? —me preguntó el conductor.

—Quiero hacer un reportaje para “La pluma sanquinteña” —respondí—. ¿La conoce?

El conductor sonrió de buena gana, sacó un periódico de la gaveta y me extendió sin mirar.

—Eso lo dice todo —comprobé que era uno de los números de “La pluma sanquinteña”—. Veo que a usted también le interesa nuestro periódico.

—Tuvo suerte de contratar a un ahijado de los Aceituna —me aclaró—. Por lo mismo, le aconsejo tratar las cosas con cuidado, porque aquí, así como hay gratitud de unos, también abundan los malagradecidos.

—Eso ya me había dado cuenta —acepté.

—¿Qué grabadora tiene? —me preguntó el conductor como para cambiar de tema.

—No es necesario —respondí—. Prefiero estos papelitos a la tecnología de las grabadoras.

Hasta que llegamos a la altura de la hacienda vieja de Toledo, donde la camioneta me esperaba mientras averiguaba del profesor para realizar el trabajo. Al instante se acercó un adolescente para preguntarme a quién buscaba.

—Voy a decirle que le están esperando —sale corriendo con rumbo desconocido.

Mientras llegaba el profesor, me puse a dibujar la hacienda vieja porque me pareció un bonito detalle para dar luz a mi reportaje. En eso se acercó un anciano con una carta en la mano.

—¿A quién anda buscando? —me preguntó.

—A un enfermo de San Quintín que se ha venido sin terminar el tratamiento.

—¿Cómo se llama el fulano? —empezó a interesarse.

—Segundo Simbaña —se me ocurrió responderle—. Debe tener familiares por aquí.

—¿Y para qué está dibujando a la hacienda vieja?

—Tengo que hacer un croquis con los principales puntos de referencia —tuve que responderle para que no me siguiera preguntando.

El anciano parece que no me entendió nada, se dio la vuelta como para irse, pero extrañamente se detuvo unos segundos y regresó para ofrecerme la carta que llevaba en sus manos.

—¿Puede darme leyendo esta carta de miija? —me dijo—. No sé leer.

—Claro que sí —abrí la carta para leer su contenido—. “Buenas papá: Kimiaga favor mande plata con la Domitila que vair domingo por allá. Suija”.

—¿Eso es todo? —se sorprendió el anciano—. ¿No dice cuándo va a regresar?

Sacudí el sobre para que vea que ya no había más mensajes adentro y le entregué. Se notaba que el anciano esperaba algo más de su hija, agarró el sobre, me agradeció y se retiró entristecido. Hasta que llegó el profesor y empezamos un diálogo provechoso porque me aportó con mapas, planos, ilustraciones, fotos antiguas y demás materiales que ayudaron bastante.

No tuve mayores interrupciones porque ni siquiera había mucha gente, la poca que llegaba en las camionetas me veía conversando con el profesor y pasaba de largo. En realidad, hubo un solo inconve-

niente cuando estuve a punto de ser investido por un chivo que apareció por la espalda cuando terminaba el croquis de la hacienda.

De regreso al centro de salud de San Quintín, como a la una de la tarde, me encontré con el médico Recalde que ya estaba por salir en su viejo pichirilo.

—Ya no tengo pacientes —hizo señas como que estaba justificando su corta jornada—. Me voy pronto porque tengo una reunión en Quito.

Me despedí del médico Recalde y esa misma tarde pasé a limpio el reportaje para dejarle listo. Entre escribir y dibujar me salía más rápido escribir un texto, y no precisamente porque era muy bueno en eso de escribir, sino que el dibujo es un recurso de representación donde gasté muchos papeles que fueron al basurero hasta lograr configurarlo. Dos semanas después me dejaron un paquete de periódicos que debía distribuirlos en la feria del mercado.

—Estuve revisando “La pluma sanquinteña” —me sorprendió el médico Recalde—. No se ve mal para periódico popular, pero lléveme cuando vaya a un reportaje para escribir algo creativo.

—¿Qué le parece si visitamos una pequeña laguna a pocos kilómetros de aquí? —quise ver su reacción.

—Mañana mismo —me sorprendió—. Mientras usted averigua de la laguna, yo me inspiro en los reflejos. ¿Qué le parece?

—Mmm... para mañana tenía otros planes... —empecé a cranear—. Pero bien, saldremos mañana a las nueve.

Al día siguiente, nueve de la mañana y el médico Recalde no aparecía por ninguna parte, hasta que asomó una hora después.

—Solo vine por pedir disculpas a todos —se puso frente a los pacientes que le esperaban en el centro de salud—. Anoche vino de Europa la familia de mi mujer y me pidió que le lleve a conocer el Antisana. Espero que me entiendan.

El médico Recalde se retiró de inmediato, pero los pacientes se mostraban molestos porque no era la primera vez que provocaba esos desaires. Ellos tenían razón para sentirse molestos, pero más me preocupó cuando todas las miradas se fijaban en mi como cómplice del desatino, entonces preferí salir y dirigirme en solitario al lugar acordado. Claro que no tenía nada planificado para realizar un reportaje, pero sí la motivación para escribir algún poema. De cuando en cuando, regresaba a ver por si los pacientes me seguían para exigirme cuentas, hasta que llegué al misterioso lugar y me puse a escribir.

“Ya siento correr el viento / en la serpentina de sus aguas mansas. / ¿En qué extrañas profundidades

esconde sus encantos? / El firmamento refleja su cara bonita en el espejo immaculado”, me provocó recitar a voz en cuello.

—¿Qué anda haciendo por aquí? —interrumpió mi exaltación un jinete de a pie que me había estado observando.

—Estoy imaginando un poema a la laguna de La Merced —respondí solemnemente—. ¿A usted le gusta la poesía?

—La poesía sí, pero lo que usted está haciendo no es poesía... ni lo que está viendo es una laguna.

Ese momento se me bloqueó la inspiración, como si el aura que estaba construyendo se rompiera en mil pedazos.

—Me dijeron que esto era la laguna de La Merced —atiné a responder sin dar la cara.

—Soy el mayordomo de esta hacienda desde hace más de treinta años —me explicó—. Lamento informarle que el motivo de su inspiración es el reservorio para nuestra plantación de brócoli.

No sabía dónde meter la cabeza de la vergüenza que me provocó esa confusión. Doblé la hoja celeste donde ensayaba mi “poema” y me retiré del paso por dónde debía transitar el mayordomo en busca de su caballo.

—Se nota que usted no es de por aquí —sonrió piadosamente.

—Cumpló la función de inspector de salud y aprovecho las visitas para escribir alguna ocurrencia

en estas hojitas —le mostré mis garabatos y tachones como anticipándome a su requisa—. Es una forma de compartir con otros lo que estoy sintiendo.

—No hace falta que me explique algo que ni entiendo —me dijo, mientras sujetaba la montura de su caballo para subirse—. Permítame retomar mis labores de hacienda para que usted siga observando.

El mayordomo subió a su caballo para perderse entre los árboles. Yo seguí como sembrado entre los matorrales, pero el temor a quedarme petrificado me sacó en quema hasta el carretero. En eso, asomó la camioneta doble cabina de doña Irma, la de los pollos dorados, con su esposo al volante.

—¿Qué anda haciendo por aquí? —se detuvo para preguntarme ella desde su ventana.

—Estoy esperando que un alma caritativa me dé un aventón.

—Qué suerte tiene usted —se bajó para abrirme la puerta remordida de atrás—. Ya me quisiera yo que “La pluma sanquinteña” también me diera un aventón.

Me sorprendió tanto esa indirecta que sospeché de una confusión.

—No entiendo a qué se refiere —expresé mi desconocimiento del tema.

—Sencillamente que yo esperaba que “La pluma sanquinteña” me ayudara —respondió indignada—. Pero, resulta que pusieron en el periódico “Los pollos sin parangón de doña Irma”.

—¿Y dónde está lo malo? —pregunté extrañado—. ¿Sabe usted qué significa “sin parangón”?

—No, no —respondió tajante—. Pero suena feo para la clientela.

—Con “Los pollos sin parangón” queríamos decir que no tienen comparación —trataba de darle tranquilidad para que se quitara el rencor al periódico.

—Así debían poner desde el principio —respondió más calmada que al principio—. Esas palabras extrañas no entendemos por aquí.

Yo esperaba como diablo en botella que llegara las cinco de la tarde para viajar a la capital y seguir mis estudios de Periodismo. Uno de esos días descubrí que alguien merodeaba en el jardín como mi propia sombra, solo que este era un loco de remate con el que muchos no querían ni cruzarse en el camino. Me quedé quieto, esperando que se aburriera para persuadirle de irse. Pero el loco era incansable, como dado cuerda, hasta que me venció la curiosidad y bajé a conversarle.

—¿Puedo ayudarle con la puerta de salida? —me ofrecí con celeridad.

Pero el individuo parece que se rayó porque no dejaba de ir y venir con vehemencia, aunque sin perderme de vista mientras se movía.

—¿Necesita un baño, quizá? —insistí.

Nunca me respondió y tuve que esconderme. Hasta que el individuo se agotó de tantas vueltas por el mismo sendero, buscó la puerta de salida y se fue. Y cuando pensé que por fin los sobresaltos habían terminado, puse llave a mi oficina y me dispuse a salir, cuando apareció el Sobador cojeando de una pierna.

—No puede irse —se interpuso en la puerta—. ¿Qué pretendía convencerle a mi pariente? Lo que tenga contra él, debe arreglarse conmigo.

“Este Sobador quiere aprovecharse de la compasión que provoca su defecto físico”, pensé, “pero haré todo por seguirle la corriente”.

El Sobador seguía avanzando hacia mí, lentamente, paso a paso, como lobo al acecho.

—Solo quería ayudarle a salir del laberinto —traté de controlar sus ínfulas—. ¿Es usted abogado del diablo?

—Sobador, ciento por ciento, Sobador —hizo alarde de grandeza—. Por mis manos han pasado héroes y villanos... todo tipo de gente.

—Bien por usted —me molestó su arrogancia—. Entiendo que todo el mundo lo sabe.

—Me alegra que lo sepan.

El Sobador no dejaba de mirarme, sosteniendo el pantalón flojo que arrastraba, y buscando otro pretexto para provocar mi paciencia.

—Usted debe ser pariente del cura —arremetió de nuevo—, porque todos los días le vemos con su sobrina, pegados como chicle, de arriba para abajo.

—No, no —traté de guardar las distancias—. Amiguita nomás es.

—Amiguita de pierna debe ser —soltó su grosería—. ¿Y qué me dice de las ocasiones que entraron a esconderse en la tienda de mi tía Esther?

—Eso es otra cosa —traté de aclarar el malentendido—. Queríamos sacar unas Partidas para los huérfanos del Calvario.

—Ya me imaginaba que usted era el comedido que fracasó en el intento —me interrumpió—. Hace tiempo mis abogados ya los matricularon en la escuela.

—Si es así —comenté—, espero que esos niños aprovechen el tiempo perdido.

—¿Qué otra cosa hace usted por el prójimo? —insistió, presumiendo liderazgo—. Sospecho que solo busca provocarme para ganarse la atención de la parroquia.

—No tanto así —traté de calmarlo—. Solo quería dejar todo en orden antes de irme a casa.

—Ni intente burlarse otra vez de mi pariente porque lo estaré vigilando desde mi terraza —me advirtió entre dientes.

El arrogante Sobador, facha de ricachón en joda, se alejaba sin regresar a ver para mantener el equilibrio de sus piernas desiguales.

Empecé a creer que este individuo era capaz de cualquier cosa para que la gente se saque el sombrero a su paso, hasta me atreví a pensar que podía estar

detrás de alguna historia perversa solo para infundir temor. Bien decía mi abuelita, piensa mal y acertarás, y así tendría que ser de aquí en adelante.

El médico, que de casualidad pasaba en su pichirilo por ahí, me preguntó.

—¿Qué bronca tiene con ese tipo que le saca en cara en plena calle?

—Es como piedra en el zapato —traté de darle menor importancia—. Un avispon cualquiera queriendo darse de divina papaya.

—Es el Sobador que anda jodiendo a medio mundo, ¿verdad?

—Efectivamente —quería asegurarle de quién estábamos hablando—. Es el tipo que se hace llamar Sobador, como gran cosa.

Tiempo después, el Sobador logró levantar más polvo que de costumbre.

—¿Supo la última? —me sorprendió el profesor que se dirigía donde doña Esther.

—Ni siquiera sé cuál es la penúltima, ¿cómo voy a saber la última?

El profesor observó que no apareciera ningún conocido por la calle y me soltó el chisme.

—Dicen que el Sobador debía llamarse “soplador” porque ha sido informante de la Policía —me dijo

en la oreja—, y que tiene en lista a todos los “inde-seables” que quieren sorprender a los parroquianos.

—¿Quién le comentó semejante aberración?

—Escuché a unos alumnos —se notaba preocupado—. Pero ¿por qué no le pregunta a la sobrina del cura? Ella debe saber los secretos de confesión.

Aunque trataba de minimizar el evento intimidante, no dudo que me dejó preocupado, sobre todo porque yo no era de su agrado. Lo primero que se me ocurrió, con las discreciones del caso, era sondear algún comentario de doña Esther a la hora del almuerzo.

Y así mismo ocurrió.

—¿Cómo está, doña Esthercita? —saludé—. ¿Cómo va don Nicanor?

La doña, tan suspicaz como era, sonrió mirándome a los ojos.

—¿A qué se debe tanta amabilidad? —se puso al frente mío—. Desembuche nomás, ¿qué está tramando?

—Quisiera saber si conoce algo del Sobador —tuve que confesarle.

La doña empezó atragantándose, como que tenía una respuesta chistosa, pero justo ese momento nos interrumpió el maullido de unos gatos del vecindario y doña Esther salió corriendo para ver si aparecía su consentido. Luego regresó un tanto desilusionada.

—¿Sabe algo de mi Herodes? —preguntó ella—. Consulte a la sobrina del cura si todavía lo tienen en la sacristía.

—Estos últimos días la perdí de mi radar — confesé con preocupación—. ¿Ya no viene por aquí a comprar el pan?

—Eso me preocupa a mí también —se limpiaba las lágrimas con el delantal—. Al menos cuando venía por el pan, me daba algún consuelo. Me late que el Herodes se escapó de la sacristía y nadie sabe dónde está.

—Hagamos un trato —se me ocurrió—. Estoy dispuesto hasta lo imposible por investigar el paradero de su gato a cambio de que usted averigüe dónde está la sobrina del cura, ¿de acuerdo?

—Seguro, seguro —se sorprendió de mi oferta—. ¿Qué “imposible” sería capaz de hacer por averiguar de mi Herodes?

—Poner bocas en todo San Quintín, pedirle a la carpintera que me ayude a buscarlo, o alertar desde el púlpito que el cura asusta a los gatos.

—No me haga reír —recuperó su jovialidad doña Esther—. Pero acepto el compromiso que usted me propone.

No quisiera imaginar la alternativa de “alertar desde el púlpito que el cura asusta a los gatos”, pero la necesidad de ubicar a la sobrina del cura para que me acompañe a rescatar al Herodes era urgente.

Con eso de que el Sobador tenía en lista a todos los “indeseables” que querían sorprender a la parroquia, fui a visitar al médico que estaba de vacaciones en su casa para ver si conocía algo de esa “cacería de brujas”.

—Ni porque estoy de asueto dejan de ponerme los ojos encima —respondió sonriendo.

Al médico no le molestó nada la noticia, al contrario, hasta parece que le divertía. Entonces me dije, “si al médico Recalde no le va ni le viene las amenazas del Sobador, ¿quién soy yo para preocuparme?, un simple burócrata que mal o bien cumple su trabajo. ¿A quién podría interesar un aprendiz de escritor que vive del cuento?”.

Regresé más tranquilo a San Quintín, centrándome en mi trabajo, modificando el instinto de andar registrándolo todo, al menos de puertas para afuera, aunque adentro me despotricara escribiendo. Era mejor mantener el perfil bajo, porque toda forma de cuestionar a los parroquianos sería blanco del Sobador que tenía ojos y oídos por todas partes. En eso, sentí que alguien se acercaba.

—¿Qué hace aquí parado el señor de los chistes? —me sorprendió la doña—. ¿Se le acabó la gasolina?

—De ninguna manera, doña Esther, ¿no ve que vengo a pie? —le respondí—. Estoy inventariando el paisaje.

—¿Usted también anda malito de la cabeza? — bromeó la señora—. Parece que la fiebre del Sobador sopla por todas partes.

A propósito —quise ver cómo reaccionaba—. ¿Qué sabe de su sobrino... el Sobador?

—Ese mequetrefe no es ningún sobrino mío —se molestó malamente—. Aunque sé que anda presumiendo para hacerse el importante.

—¿Sabía usted que es informante de la Policía y anda buscando “indeseables” para meterles a la capacha? —le consulté.

—No me haga reír —se molestó—. A él deberían cogerle preso por mala gente.

—Dicen que al médico Recalde también le puso el ojo porque visita a los enfermos en casa, ¿qué le parece?

—Una verdadera tontería —se molestó otra vez—. ¿Por qué tiene que meterse donde no le corresponde?

Digamos que me estaba preocupando de simples especulaciones. Entonces pensé en tantas otras cosas que me tendrían al margen como buscar al Herodes para cambiar la cantaleta: “no se preocupe doña Esther que le estoy cerniendo en el vecindario”. Y claro, también me inquietaba la sobrina del cura que tampoco aparecía por ninguna parte, hasta que un día asomó en mi despacho.

—¿Se puede? —reconocí de inmediato su voz. Yo me levanté como resorte a recibirla.

—¿Qué es de vos, ingrata, cara de gata? —le invité a pasar.

Ella tenía un envoltorio en sus brazos como si fuera un recién nacido.

—No me digas que trajiste irresponsablemente un hijo al mundo —me extrañó esa sorpresa.

Ella no pudo seguir ocultando tanto misterio y me dejó ver su contenido. Era el gato Herodes al que andábamos buscando.

—¡Herodes! —exclamé—. Doña Esther va a saltar en chulla pata cuando te vea.

Intenté tomarlo en mis brazos, pero por poco se me escapa.

—No es fácil explicar lo sucedido —tragó saliva para seguir comentando—, ni tampoco lo será para que me entiendas.

La tomé del brazo para que se sentara con el gato en su regazo.

—¡Basta de suspenso! —grité con toda la urgencia del caso—. Vamos al grano de una vez por todas.

—Resulta que el Sobador —se puso misteriosa—, quería secuestrar al Herodes para chantajear a muchos pidiendo alguna información para sus planes.

—Vamos en orden —traté de organizar lo que ella tenía disperso—. Si el gato Herodes es de su tía, ¿qué razón tendría el Sobador para chantajearla?

—Yo diría que el plan del Sobador era más completo —empezó su argumento—. Si el gato Herodes

era secuestrado por quien sea, doña Esther diría que por culpa de la sacristía se ha llegado a ese extremo, acusaría al inspector de supuesta conexión con los secuestradores, y al centro de salud de complicidad con el caso.

—¿De dónde sacaste ese chorizo de conjeturas? —yo exigía una respuesta de ella—. Alguna confesión de tu tío, ¿por acaso?

—Cómo se te ocurre barbaridades —se puso de pie con el gato en brazos—. Mi tío no sabe ni tiene porqué saber los entretelones del fallido secuestro.

—Ahora bien —traté de tranquilizarla—. Si no fue un secreto de confesión, ¿cómo supiste toda esa trama que me estás conversando?

—Alguien que tú conoces me puso en alerta para sacar al Herodes del alcance de los secuestradores —aclaró—. Por eso desaparecí como única forma de protegerlo.

—Confuso, pero entendible —reaccioné—. ¿Y a qué se debe tu regreso con el Herodes en brazos?, ¿piensas devolverlo a su dueña?, ¿con qué explicación saldrías?

—Conozco que la Policía reclutó al Sobador —respondió con soltura—. Eso me da alas para devolverle a su dueños con algún cuento que tú me ayudarías.

Ese instante salimos con dirección a la tienda de doña Esther y encontramos a don Nicanor tomando sol en la puerta.

—Aquí le traemos un regalito —puse el envoltorio en sus piernas.

Él, asumiendo que se trataba de su gato Herodes, empezó a sollozar por la impotencia de no poder desahogar con soltura, causando gemidos que obligaron a doña Esther a salir en quema para auxiliarle.

—¿Qué le están haciendo a mi marido? —gritaba asustada.

Don Nicanor realizaba esfuerzos sobrehumanos para retirar el envoltorio del gato recién llegado hasta que nosotros le ayudamos.

—¡Aleluya!, ¡aleluya! —doña Esther elevaba los brazos al cielo—. Por fin regresó mi gato al seno materno.

Desde que no quise apoyar un lanzamiento de la Pe Zeta en San Quintín, junto al médico Recalde, porque estaba seguro de que el lenguaje irreverente y su enfoque desfachatado provocaría conflictos innecesarios que pondrían en mal predicamento mi función de inspector, ya no me tomaban en cuenta para nada.

Uno de esos martes le acompañé al médico Recalde hasta la Pe Zeta.

—Estás viniendo solo —le bromearon sus amigos—. ¿Dónde le dejaste al lazarillo?

Aunque me pareció una broma de mal gusto, me ubiqué por alguna parte, pero el médico Recalde

miraba para atrás y a los costados, dando a entender que yo no estaba por ninguna parte. Aun así, en calidad de hombre invisible, yo me quedaba un rato más escuchando sus lecturas y ocurrencias.

Pero la Pe Zeta seguía buscando espacios para sus recitales donde aseguraba contactos que le aplaudieran. Pero lo que más me intrigaba era que seguían preparando con picardía un lanzamiento en San Quintín, con el médico Recalde a la cabeza, aunque se cuidaban de apasionarse en mi presencia como si se tratara de un secreto de Estado.

A pocos días del evento, se me ocurrió preguntarle al médico:

—¿No habrá problema que yo asista esta tarde a la reunión de la Pe Zeta?

El aludido se quedó escuchando sin mirarme a los ojos, luego me respondió con el mismo misterio.

—¿Alguna vez la Pe Zeta le ha cerrado la puerta en la cara? —parecía preguntarle a la pared—. La Pe Zeta no le niega la entrada a nadie, ni la salida tampoco porque el balcón siempre permanece abierto.

Yo entendí en esa respuesta que todavía respiraba rencor, y que, a la vez que daba una ligera apertura, en el fondo me estaba advirtiendo que podría salir el rato que sea porque no era bienvenido. Pero esa vez que llegué al lugar de los hechos, trataban apasionadamente el tema del lanzamiento en San Quintín, y no se

inmutaron; al contrario, le dieron más impulso, como si estuviera presente un veedor de la prensa internacional.

—Todo va viento en popa contra la dictadura de Pinochet —comentaba el Jesús Gustavo María con un tríptico promocional en la mano—. A la hija de Pinocho le gusta el chocho, es una acertada ilustración del cantor de contrabando, que merece un aplauso.

Todos se pusieron de pie para ovacionar al autor del dibujo irreverente y erótico que mostraba a una desnuda enseñando grotescamente sus genitales, digno de la pluma más atrevida, que alteraría la quietud de cualquier sociedad formal, y peor si esto era la carta de presentación de lo que vendría después.

—Y aquí viene lo bueno —irrumpió el médico Recalde de lo más feliz.

El cantor de contrabando golpeaba las mesas como si fueran tambores, para que el médico siguiera los preparativos del lanzamiento.

—Si ustedes le dan la vuelta a la hojita —puso tensión el animador—, hay una contribución poética enviada desde Francia expresamente para la Pe Zeta, se trata del Wilo que muy pronto lo tendremos por aquí.

El poema de resistencia política, empezaba diciendo: “Quizá no comprendas, poesía, pero hay veces que te encuentro muda...”. Era una creación bien lograda del momento político que vivía Chile, aunque la propuesta del ilustrador alteraba la armonía del tríptico. Ese instante abandoné el lugar porque no

quería seguir observando esa abierta provocación que preparaban para la velada del sábado en San Quintín. Pero ellos, necios y anarquistas como eran, querían salirse con la suya.

Ese viernes, que el médico Recalde tomó vacaciones, vi un anuncio de la Pe Zeta en la parada del bus y otro en el poste junto a la iglesia. Recital de la Pe Zeta en San Quintín: “A la hija de Pinocho le gusta el chocho”, se leía en letra grande sobre un dibujo tenue que yo conocía, y me aterró solo de pensar que podían ponerlo de la forma que estaba en el tríptico. Pero bueno, al menos parecía que hubo un poco de recato, sobre todo, reservándose ese material que ya conocí en la reunión de la Pe Zeta. A veces me daba por pensar que ese supuesto “acercamiento” al pueblo que pregonaban los Pe Zeta, resultaba una forma de humillar, porque muchos, presas de la inocencia, seguramente se interesaron por eso de Pinocho, pero otros deben haber entendido la ambigüedad de la ironía y asistieron para castigar a los ciudadanos.

Esa noche no pude dormir, pensando en la provocación que preparaban los Pe Zeta en San Quintín. “Ahora me explico”, empecé a juntar cabos, “doña Esther me preguntó al medio día qué era eso de Pinocho que unos barbudos andaban pegando en los postes”. Yo, lógicamente, no conocía nada al respecto para orientarla. Pero la promoción ya estaba hecha, y la ambigüedad seguramente lograría convocar a mucha gente.

Lejos de considerar que la Pe Zeta realizaría un evento cultural para realzar los valores culturales de pueblos como San Quintín, me entró la cochina curiosidad de asistir como incógnito en la última fila. La mañana del sábado pude observar la magnitud promocional en la que debe haber estado el médico Recalde, o al menos, sería bajo su responsabilidad. Pero esa tarde se me presentó alguna urgencia que no recuerdo de qué se trataba, pero tuve que viajar de urgencia a la capital y regresé a las ocho de la noche cuando el evento se había terminado.

Afuera había gritos y golpes en la semioscuridad de la noche, muchos indignados por el espectáculo que habían presenciado, y otros tratando de defenderlos porque habían presentado un evento gratuito. Algo había que hacer y, haciendo gala de mi sobriedad, me interpusé en una acalorada discusión entre un parroquiano con uno de los músicos que acompañaba a la Pe Zeta, y ¡zás! me cayó un trompón en la cara.

—¡Toma, pendejo! —me lanzó al suelo de un puñetazo—. Vos también eres de los mismos.

El encolerizado individuo quería patearme en el suelo, pero unos ángeles salvadores se interpusieron para sacarme de escena. Entre tanto, otros sanquinteños hacían correr a los últimos simpatizantes de tan vergonzosa presentación.

—No le peguen al joven —gritó alguien desde el cielo, supongo—. Él acaba de llegar y no tiene nada que ver con esos malcriados.

Unos lograron llevarse al agresor y otros me ayudaron a ponerme de pie para que no siguiera “peleando”, pero yo, todavía atontado del impacto, me hacía el valiente queriendo acercarme al individuo que amenazaba con castigar a todos quienes ofendieron a la sociedad sanquinteña con sus irreverentes presentaciones. Ahora que ya ha pasado suficiente tiempo para echar tierra al suceso, doy gracias a quienes me levantaron y sacaron de ese recital porque, de lo contrario, esa bestia que traspiraba como toro me hubiera embestido salvajemente.

Días después, en la sede de la Pe Zeta de Quito, la evaluación del recital en San Quintín fue “todo un éxito” porque había logrado “sacudir las conciencias del pueblo”, pero a mí lo único que me sacudieron fueron las muelas del puñetazo que recibí. Por suerte este acontecimiento no tuvo mayor trascendencia porque resulta que quienes asistieron a ese evento no eran residentes habituales de San Quintín, ya que pertenecían a la población flotante que solo iba los fines de semana. El resto de la población con quienes vivíamos la cotidianidad del centro de salud y los negocios que, por mi función de inspector de salud estaba relacionado, ni siquiera se enteraron de que hubo un recital el sábado anterior por la noche. Tres semanas después que el médico Recalde regresó de vacaciones, pude distinguir una sonrisa de oreja a oreja cuando se refería al Recital de San Quintín. Yo no sabía si la alegría se debía a la

burlesca presentación de ese sábado o la golpiza que me dieron, hasta que se pronunció.

—No se dejó ver por ninguna parte en el recital —me dijo extrañado—. ¿Se quedó piqueteando con alguien?

—Llegué cuando todo se había terminado —aclaré el tema—. Tuve un inconveniente de última hora y me tocó viajar ida por vuelta.

—Todos hecho una pascua, ¿verdad? —volvió su felicidad a la cara.

—Al contrario —respondí tajante—. Afuera repartían puñetes a diestra y siniestra porque los citadinos se habían burlado de todo el mundo.

Después de las cinco de la tarde otro mundo se ponía frente a mis ojos. La relación más relajada con mis compañeros de universidad, el festejo, desenfreno y mi otra pasión que era caricaturizar a los profesores, compañeros, yo mismo me dibujaba al extremo de la pizarra para que supieran con quien estaban tratando.

—¿Por qué te dibujas tú mismo en la esquina? —me preguntó un compañero de otro curso.

—Para marcar territorio —respondí.

—¿Cómo los perros que alzan la pata y se mean?

—Más o menos —respondí—. Pero no querrás decirme con eso que mis dibujos son de a perro, ¿no?

—De ninguna manera —aclaró el aprendiz de crítico del arte—. Como podrás ver nadie se atreve a borrar la pizarra.

Al principio me cuidaba de no invadir espacios que los profesores destinaban a sus clases, porque ellos hacían lo mismo conmigo. Parecía un pacto de no agresión entre profesores y yo para respetar esa zona de diez pulgadas desde el borde de la pizarra hacia adentro. Pero, como nunca faltan actos no programados, el rato menos pensado apareció la esposa que reemplazaba al profesor ausente.

—¿Puedo borrar estos dibujos? —preguntó ella con inocente naturalidad.

—¡Nooooooo! —se escuchó el terror que había provocado en la sala.

La profesora dio un salto hacia atrás como que si estuviera a punto de ser mordida por una víbora y soltó el borrador al piso. Toda esta escena, lejos de asustarme me provocó tal gratitud con mis compañeros que se me fueron las lágrimas. Entonces me puse de pie y comenté.

—No tengo palabras para ese gesto de compañerismo —hice pausa—, pero mantengo la imaginación desbordante para dibujarlos a todos en grupo.

Ni siquiera terminé mi emotivo discurso, los compañeros corrieron a colocarse junto a la pizarra, para que yo les dibujara. La profesora siguió en shock sin saber cómo responder al inesperado acontecimien-

to, puso la tiza y el borrador en su puesto y salió en silencio mientras yo me daba gusto dibujando a mis compañeros.

La verdad es que los profesores que me conocían, nunca se acercaban a mi trinchera ni osaban borrar una pizca de mis garabatos, supongo que por tolerancia o por el celo generacional que esto provocaba. Pero mi presión debe haber sido absorbente que los profesores cada vez se atrincheraban en espacios reducidos, lo que me parecía un reto o, al menos, una invitación para expandirme a los costados.

—Ustedes me van a disculpar, pero hay tanto ego que no me queda otra salida que invadir los predios de los profesores —manifesté a todos sin temor alguno—. Todo esto por bajar la orfandad con un expresionismo consecuente.

Ese momento se puso de pie la presidenta del curso para responder a mis palabras.

—Es verdad que esta orfandad de profesores sería angustiosa sin el colorido de esos garabatos que los tenemos expuestos, y a los que cuidamos como si fueran nuestros hijos.

—Disculpe, compañera —interrumpí—. Confío plenamente en ustedes, pero ¿se han puesto a pensar si uno de estos días se le ocurre a un conserje borrar la pizarra?

—¡Nooooooo! —volvieron nuevamente al recurso del terror—. Tenemos que poner seguro y llevarnos la llave a la casa.

No hacía falta otras manifestaciones de apoyo porque me había posesionado de la pizarra para darle una función social. Tan respaldado me sentía que decidí ampliar mis dominios y qué mejor con nuevas propuestas en los espacios ganados en buena lid. De esta manera, me posicioné de la esquina que quedaba entre la pizarra y la ventana con una red parecida a telaraña donde colgaba mis poemas como ropa lavada, insectos atrapados, y estrellas enredadas entre los hilos. De la noche a la mañana, mi ocurrencia, producto del aburrimiento cuando no venían los profesores en la transición de Escuela a Facultad, se llenaba de curiosos que querían ver cómo se combatía al aburrimiento.

Hasta que un día apareció el “Cabeza de col”, presidente de la Aso de Periodismo.

—¿Qué te parece si ponemos tu telaraña junto a la Cartelera de la Aso y así todos ganamos notoriedad? —me propuso sin el menor empacho—. Haríamos gran labor y un estupendo proselitismo.

Esa propuesta me pareció tan oportunista, que yo debía ponerle en su puesto.

—No me parece correcto que venga un aparecido de la noche a la mañana y pretenda desalojar mi espacio con una argucia sutil —tragué saliva—. Además, tengo el respaldo de mis compañeros, si quieres...

—Está bien —se disculpó—. No era mi intención ofenderte.

A partir de ese encuentro, me dejaron en paz con todos mis cachivaches colgados en la clase. Incluso, unos compañeros de otro curso hicieron un reportaje de mi “tela de araña” junto al pizarrón y lo publicaron con el título: “Como matar el tiempo mientras los profesores no llegan”. Pero, como podrán imaginar, en tiempos de transición los profesores tardaban mucho o no llegaban nunca; de esa manera, pasé de constructor de figuras poéticas a ingenioso gestor del conocimiento.

De vuelta en San Quintín, vivíamos las fiestas patronales del colegio nacional, y los reconocimientos por los años de servicio no se hicieron esperar. En esta ocasión, le habían entregado un diploma al profesor con quien almorzábamos donde doña Esther.

—¿Ya se terminaron los festejos? —le abordé en la parada del bus.

El profesor, todavía emocionado por el impacto del evento, guardó el diploma dentro del portafolios y se conectó con la rutina.

—Gracias por devolverme a la realidad porque andaba volando —me dijo, con una sonrisa nerviosa—. Qué bueno que viajemos juntos para ir conversando.

Ese momento llegaba el bus y toda la gente que esperaba ese turno quería subir al mismo tiempo. Por suerte conseguimos puestos en la última fila.

—¿Qué se cuenta de nuevo? —me dijo el profesor para empezar.

Era el momento ideal para sacarle información de su exalumna.

—Me preocupa la actitud de la carpintera Farías —le abordé de inmediato.

—Es un hueso duro de roer que puede provocar más de un dolor de cabeza —parecía echar leña al fuego en vez de buscar alguna mediación.

—Nadie sabe a qué momento va a salir con alguna idea loca.

—Ella es tan creativa para poner en jaque al más pintado —me advirtió—. Sobre todo, le gusta poner su marca en todo lo que hace.

Le escuché con atención mientras pagábamos el pasaje. Después, el profesor miró a todos lados para asegurarse de que nadie nos escuchara y me dijo bajito.

—En la época estudiantil... —hizo pausa como rebobinando el cerebro.

—Siga, siga, profesor —quería acelerarle—. Suelte rápido que la intriga me mata.

—...salieron con sus compañeras a coger escarabajos comestibles —el profesor empezó con una risa nerviosa—, y le entregaron un balde lleno para que tostara en su casa.

En eso, el profesor, sufrió un ataque de tos que no lograba controlar.

—Pero ¿qué pasó después? —preguntaba yo con insistencia.

—Al otro día llegó con el balde de escarabajos azules —respondió, fatigado de haberse reído tanto.

—Un momento —interrumpí—. Que yo sepa, los escarabajos comestibles son blancos.

—Pero ella les puso su toque azul —me respondió.

—¿Escarabajos pintados de azul? —me extrañé—. ¿Cómo se explica esa forma de alterar la naturaleza?

—Nunca supo por qué lo hacía —contestó el profesor—. Se supone que son actos inconscientes.

—Pero ella mantenía otros arranques de ese calibre, ¿verdad?

—Solo travesuras de adolescentes —aceptó el profesor—. Pintarse de azul las uñas de las manos y los pies, el pelo, los zapatos. Pero también era capaz de otras cosas... para bien o para mal.

—No está bien que San Quintín sea espacio para estos arranques —comenté preocupado—. Así las cosas, no me sorprendería que sus locuras alteren la tranquilidad de nuestros semejantes.

—Sería mejor averiguar las implicaciones que podría tener su comportamiento en San Quintín —argumentó el profesor—. Por lo pronto, me comprometo consultar al respecto.

El lunes, a primera hora, una inesperada comitiva aguardaba mi llegada al centro de salud. Ahí estaban doña Esther, la sobrina del cura, la carpintera Farías, el profesor... y el Sobador sosteniendo un cartel que decía: “¡Salven a nuestras mascotas!”.

—¿Y eso? —me sorprendí—. ¿Contra quién es la protesta?

—Tiene que hacer algo por nuestros gatos —me dijo bajito doña Esther como que me iba a morder la oreja.

—¿Alguien me puede decir lo que está pasando? —grité indignado de tanto misterio.

—Bis, bis, bis, bis, bis, bis —me pusieron al tanto de todo.

—Agradezca que estoy enrolado en la milicia y debo ser prudente —me advirtió el Sobador—, de lo contrario, podría utilizar otros recursos de protesta.

—Entiendo, pero ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

—Que usted es el inspector de salud y tiene que encontrar solución al problema —me encaró otra vez doña Esther.

Ese momento dimensioné mi responsabilidad, y les dije:

—Hoy mismo redactaré un Informe con todos los datos para que las autoridades tomen cartas en el asunto.

Al siguiente día, una Brigada de Zoonosis nos esperaba en la puerta del centro de salud para tomar muestras de los gatos, llenar formularios, y dar recomendaciones a sus dueños.

Veinte y cuatro horas después me llamaron del Ministerio para darme los resultados:

—Descartamos rabia en los gatos, pero se trata de otra enfermedad de origen desconocido que también afecta al comportamiento —comentó el encargado—. Una terapia de afecto sostenido puede ser suficiente.

Ese diagnóstico, si bien no era del todo claro, me permitió espacios de intervención en la parroquia. Hasta se me ocurrió un argumento de fantasía: “Anoche tuve una revelación”, les comenté, “no hay nada extraordinario en la viña del Señor, todo depende de nuestro afecto a las mascotas”.

Todos se miraron unos a otros, sorprendidos, como que hubieran descubierto la piedra filosofal en mis palabras.

—Lo que pasó con los gatos fue forjado de manera irresponsable —les advertí—. Es hora de tomar las cosas con calma, no podemos dejarnos amedrentar por nadie.

A partir de ese recurso casual, la población dejaba de tomarme como a un extraño, y yo ganaba simpatía como para lanzarme de candidato a lo que sea. Pero yo solo buscaba apuntalarme como inspector para sostener el peso de los acontecimientos.

—Mi tío ya no te odia como antes —me sorprendió la sobrina del cura—. Yo diría que hasta piensa invitarte a la sacristía.

Lo cierto es que el cura ya no me miraba mal por mi supuesto interés en su sobrina. Al fin logró entender que yo tenía planes comunitarios donde su pariente no tenía nada que ver, como superar la crisis por la fiebre de los gatos y otras secuelas.

Superado el impase no provocado, había que juntar fuerzas para afrontar los problemas comunes como una amenaza confusa que no terminaba nunca.

Estoy preocupada —reflexionaba la sobrina del cura—. ¿Hasta cuándo querrán manipular la suerte de nuestros gatos?

—Tranquila, tranquila —traté de calmarla—. Primero debemos conocer el trasfondo antes de hacer conjeturas.

—No entiendo el comportamiento de mi gata Trinidad —se mostraba tensa—. Resulta que ahora le importa un comino socializar con otros gatos.

Doña Esther, que había estado escuchando nuestra conversación, se acercó a comentar.

—Si así están todos los gatos, al menos ya no tendrán estímulos pasionales para incrementar la población gatuna —sostuvo la doña.

Por fin lograba escuchar un razonamiento coherente de doña Esther. Es más, al siguiente día, a la hora de almuerzo, volvimos a topar el tema.

—A veces me pregunto, ¿por qué los gatos tienen que sufrir las consecuencias? —buscaba razonamientos el profesor.

—Me late que alguien regó polvos malditos en la misa para que los feligreses lleven el tufo en sus zapatos —insistía doña Esther.

—¿Cómo así? —saltó la sobrina del cura que acababa de llegar—. ¿De dónde salió esa patraña?, ¿tienen algún elemento probatorio?

—Insisto que el inconveniente se presentó en todas las familias que asistieron a la eucaristía —aseveró doña Esther.

—Solo falta saber con qué protervos fines —concluí—, porque este atentado tiene más trasfondo que un simple conflicto de gatos.

Yo no estaba seguro si el Herodes había agarrado esa fiebre maligna porque andaba de casa en casa, pero había que tomarlo con calma.

El médico Recalde me comentó que este martes llegaría a la Pe Zeta el Wilo con su corte francés, al igual que Ramiro “el académico” que también vivía en la meca cultural del mundo.

—Es la primera vez que escucho ese nombre —confesé al médico Recalde—. Supongo que se trata de una personalidad que viene a compartir sus mejores experiencias de Francia.

—Tanto como que viene a “compartir sus mejores experiencias” ... habría que ver —se resistía el médico Recalde—. Digamos que ha ganado uno que otro premio, nada más.

Pero, sea como sea, ese personaje me despertó tal curiosidad que me apunté para conocer de quién mismo estábamos hablando.

Cuando llegamos al centro médico ya estaba el afamado Wilo, el René y el Ramiro, todos con morrales que supongo estarían llenos de libros. Adentro estaba el “Cantor de contrabando” ilustrando sus dibujos de líneas interminables, el Fabián, la Sheila, la Bethy y algún otro que no recuerdo. Pero esa noche parecía cargada de una energía inesperada como de espesos nubarrones que muy pronto se volverían lluvias torrenciales. Aunque el Wilo se mostraba amigable con todos, yo me acomodé en un rincón para observar sus gestos, su forma de hablar, su vestimenta europea, su melena y barbas ralas; porque podría tratarse de un extraterrestre y yo les pondría sobre aviso.

Hasta que cayó tremenda granizada con rayos y centellas como lo suponíamos, y en medio de todo llegaba otra delegación encabezada por el Diego, el Pablo y el Leopoldo, invitados a su vez por el Wilo, con el ánimo de reforzar estrategias contra el régimen de Febres Cordero a través de un solo órgano como la Pe Zeta. Las intervenciones empezaron con el Jesús María como anfitrión y dueño de casa.

—A nombre de la Pe Zeta quiero dar la bienvenida al Wilo y su comitiva, así como al Diego, al Pablo y al Leopoldo que se suman al equipo, a la vez que pongo a disposición todo el contingente para canalizar los textos que deben publicarse.

—Agradezco a la Pe Zeta por esta apertura que habla bien de quienes hacemos cultura como forma de resistencia —manifestó de inmediato el Wilo—. Ahora solo nos queda ponernos manos a la obra.

Ni bien terminó el Wilo su par de palabras, intervino el Diego para completar lo que aparentemente le faltó decir al Wilo.

—Siempre que “hacer cultura” sea dar la palabra a quienes no la tienen, y no a ponerse la careta de pueblo para echarse flores unos a otros —concluyó antes de sentarse.

Hubo aplausos de todos para las tres intervenciones, pero en otro lugar había inconformidad, hasta que irrumpió desde la cocina el médico Recalde.

—La Pe Zeta no es ni será plataforma de nadie —alcancé a entender su ofuscamiento—. Los verdaderos fundadores de la Pe Zeta no permitirían que unos arrimados de última hora pretendan ganar protagonismo a costilla nuestra.

Unos se sorprendieron, otros se rieron, otros se molestaron, pero otros como el mismo anfitrión se acercaron al médico Recalde con una copa para calmarle, luego rompieron el silencio y se abrazaron sollozando,

repartieron abrazos con los afectados y luego tomaron el asiento que les correspondía. Pero algunos como yo nunca entendimos ese lenguaje ni sus expresiones de “arrepentimiento” fuera de toda lógica. Después siguió el diálogo como si nada hubiera pasado con propuestas de ida y vuelta, hasta que me salí cuando empezaba a escampar.

Lejos de estos encuentros, el aparecimiento del Wilo en el escenario de esos tiempos fue todo un acontecimiento. Me acuerdo que llegábamos a su casa en Barrionuevo y siempre estaba acompañado de jóvenes músicos, teatreros, poetas y artistas de diferente cuño, atraídos por la fama del ganador del Premio Rodolfo Walsh con el cuento: “Y todo este rollo también a mí me jode”. Era una especie de animador de la energía juvenil con miras a la Meca cultural de París, donde compartía su itinerario desde hace más de quince años. Tan amigable el Wilo, que daba gusto visitarle en su rústico departamento donde conversaba hasta por los codos de sus proezas literarias, luego escuchaba algunas creaciones con aparente interés para dar esperanzas de éxito a corto plazo. Pero la hora de leer mis textos no llegaba o al menos esa era mi desesperanza, todo pasaba, llovía y comentábamos de la lluvia, oíamos música y hacía historia de esa letra, le visitaban los vecinos y lo compartíamos, hasta que llegaba la noche y yo regresaba con el mismo santo a cuestas. Mis escritos no parecían de peso ante el malabarista de las palabras,

hasta que un domingo se me ocurrió llevarle un regalito que de seguro le agradaría.

—Te traje esta hacha de piedra que encontré en mi terreno de Tabacundo —le dije.

El Wilo se quedó maravillado con la originalidad de esa pieza arqueológica.

—¿En serio? —me dio un abrazo de oso—. ¡Que chévere!... cuánto te agradezco.

Le sacó brillo con el puño de la camisa para ponerlo en su librero, junto a las obras de su preferencia.

Pero, aunque el ambiente creativo que se respiraba en el despacho del Wilo era interesante, en lo personal, mi afición por escribir pendejadas estaba en la disyuntiva de enderezar mi estilo a lo Wilo francés o seguir escribiendo con el primitivismo que me caracterizaba. Yo estaba en la transición de la informalidad anarquista de la Pe Zeta que postergaba por tiempo indefinido la lectura de mis textos y el afrancesamiento de la “Peque-María” que, con el Wilo a la cabeza, tomaba en cuenta mis textos como a cualquier afamado que le frecuentaba. Así fue como retomamos “Tío molinero”, que en su inicio era un cuento, pero que se transformó en poema, y luego con la elocuencia del Wilo, se me iba de las manos hasta quedar desfigurando para mi gusto; aunque al maestro le llenaba de satisfacción. Hasta que aparecieron el Diego y el Pablo con un discurso cuestionador, pero muy apegado al enfoque popular que encajaba en mis textos. Claro que en la

década de los ochenta estas diferencias con el Wilo no eran precisamente ruptura, porque todos respirábamos de una u otra manera el mismo tufo vanguardista.

Amaneció muy frío en Quito y todos los pasajeros del bus viajábamos bien abrigados. Yo leía con profundo interés la “Obra poética completa” de César Vallejo que un buen amigo me regaló la víspera con una dedicatoria que decía: “Poemas para un poeta” como si él mismo fuera el autor. Claro que viniendo de alguien que conocía mi afición por esas lecturas en las aulas de periodismo, lo recibí de buen agrado, aunque no era mi cumpleaños ni nada por el estilo.

—¿Qué estás leyendo? —me sorprendió una voz que se sentaba en el asiento de atrás—. No me digas que lees a Borges, jeje...

Regresé a ver y se trataba del “Cantor de contrabando” que acomodaba la guitarra entre sus piernas. No respondí de inmediato por temor a perder mi concentración, pero puse mi mano en la página donde estaba y le enseñé la portada.

—Aaaaa —hizo un gesto burlesco virando su atención a la ventana—. Si no lees a la “dere”, lees a la “iz-quier”.

—¿Y tú dónde te sientes mejor? —le pregunté.

—Ni con la una ni con la otra —aseveró, reacomodando la guitarra—. Estoy en contra de burgueses, pequenoburgueses y demás hamburguesas de mierda.

—¿Anarquista?

—¿Y qué tiene de malo? —desacomodó la guitarra y se levantó para salir—. ¿También te vas a la marcha?

—Sí, sí —le respondí—. Estoy reportando para Radio Tarqui.

Dejé que el “Cantor de contrabando” se pusiera la guitarra como fusil, y me levanté para salir juntos a la marcha de ese día.

—No sabía que estabas trabajando por ahí —sonrió burlonamente—. ¿Apoyando su campaña para la alcaldía?

—No precisamente —le dije—. Lo que pasa es que me dieron chance para reportar en esta Emisora.

Ese momento llegamos donde se encontraban otros artistas preparando sus instrumentos para involucrarse en la marcha, y el “Cantor” se quedó con ellos; mientras yo seguía mi camino preparando la tarea que me había trazado. Tenía un pequeño aparato para seguir las trasmisiones de Radio Tarqui desde diversos puntos de la ciudad, también un esfero y una libreta donde apuntaba lo más relevante para lanzar al aire vía telefónica.

—“Hace pocos minutos la caballería policial dispersó la marcha de trabajadores que empezaba a moverse desde el parque El Ejido hasta la plaza del

Teatro” —informaba por teléfono alquilado, entre el bullicio de la gente—. “La embestida de gases lacrimógenos obligó a los manifestantes a dispersarse por todos lados, pero conforme lo superaban con el humo y pañuelos mojados cubriendo la nariz, nuevamente se tomaron las calles”.

De esa manera yo recogía notas informativas, entrevistas y cantos, mientras avanzaba de norte a sur por la 10 de agosto y, al mismo tiempo, me sentía parte de la protesta. Unas cuadras más adelante, a la altura del Teatro Alhambra, aparecía como de costumbre la “Tongolele de los pobres”, una especie de torera, pero más desfachatada, a quien los manifestantes abrían calle de honor para que pasara meneando sus caderas de cincuentona en medio de los silbidos que provocaban más meneos, como si fuera una quinceañera.

Ese momento aproveché la distensión para entrevistar a un dirigente histórico que lo tenía a la mano.

—¿Qué le pareció el desfile de la “Tongolele de los pobres” en medio de la marcha?

El dirigente histórico que tenía patentado su rango a perpetuidad se quedó mirándome por varios segundos, y me dijo al oído: “No pregunte pendejadas”. Pero viendo que se acercaba un canal de televisión con la misma pregunta, cambió su actitud para responder sonriente.

—El pueblo tiene sus propios personajes y ocurrencias para divertirse.

La cincuentona terminó su recorrido de ida y vuelta, como desfile de modas, en un espacio como de treinta metros y se retiró por el mismo lugar de donde salió, en medio del aplauso de los presentes. Los manifestantes volvieron a reagruparse para avanzar hasta cerca de la Plaza del Teatro, de donde salió un Trucutú botando agua y varios policías de a pie lanzando bombas lacrimógenas. Los estudiantes de la Central, a su vez, lanzaban pintura y bombas molotov al tanque hasta lograr incendiar buena parte de su pintura. Entonces, yo buscaba con urgencia un local comercial que me alquilara un teléfono para reportar a la Radio lo que estaba pasando.

—“Hay amenaza de lluvia en la Plaza del Teatro, donde la represión policial nuevamente se hizo presente para desalojar a los manifestantes” —pasaba el audio de los gritos y disparos de las bombas—. “Como consecuencia de la represión, seis sindicalistas y dos estudiantes fueron trasladados al Hospital Eugenio Espejo para ser atendidos de sus heridas”.

Ni bien terminé mi reporte con Radio Tarqui empezó a llover granizo y todo enfrentamiento tuvo que suspenderse para que los protagonistas se pusieran a buen recaudo, mirando como bajaban los torrentes de basura a tapar los sifones de la Plaza del Teatro. Ahí terminaba la confrontación del día, y mientras tronaba el firmamento y la lluvia se empecinaba en someter a los más pintados, los cascos policiales dejaban ver muchas

cabezas despeinadas, los encapuchados protestantes con sus rostros bañados de sudor, y los periodistas retirando los plásticos que cubrían sus grabadoras y micrófonos. Todos en tregua, mirando correr por las calles el mismo torrencial aguacero, esperando que todo se calmara para correr a preparar la jornada del siguiente día.

Esta vez, la tarima de la Plaza del Teatro que estaba destinada a los discursos de rigor, sirvió de protección para los dirigentes que fueron los primeros en ocupar los espacios de la verborrea, como si fuera su propia casa. Cuando el cielo se agotó de provocar tanta lluvia, y los sobrevivientes de la tempestad salieron a mirar el horizonte, la tarde daba sus últimos latidos para que los dirigentes se convocaran al local de la Federación de Trabajadores de Pichincha (FTP) a evaluar las protestas del día. Los periodistas también entramos a esa casa colonial donde funcionaba la FTP y subimos al salón Telmo Hidalgo para escuchar una vez más la jerga sindical de costumbre.

—“Compañeros sindicalistas de la gloriosa FTP convocados al templo de la democracia” —daba inicio el mismo dirigente histórico a quien yo pretendí entrevistar—. “Hemos demostrado una vez más la heroica resistencia del pueblo frente a la represión de este gobierno nefasto y antipopular”.

Después se escuchaba la monotonía de aplausos, cada vez que el orador de turno hacía pausa para tomar

un sorbo de agua o se alistaba el siguiente discurso, luego otro y otro. Todos con el mismo libreto, las mismas banderas y los mismos carteles.

Yo acababa de llegar a San Quintín cuando doña Esther me hizo señas de que fuera a la tienda. Avancé, en una mezcla de educación y curiosidad.

—¿Qué hay de novedades, doña Esther? —saludé.

Ella me acercó una silla para pasarme un jarro de humeante café.

—Me está asustando —empecé a temblar—.

¿Qué hay detrás de todo esto?

—Ya regresó el Herodes en sus cabales.

—¿Solo en sueños o en persona? —se me dio por bromear.

—¡Señor de los chistes!, haga el favor de ponerse serio —me encaró—. Mi Herodes merece respeto porque sobrevivió al atontamiento.

—¿Me permite proceder con el cafecito antes de que se enfríe? —no podía resistir el provocativo aroma del café pasado.

—Sí, sí, disculpe —me palmeó—. Tómese el café mientras relato cómo fue el encuentro.

La señora retiró todos los utensilios que estaban sobre la mesa como para levantar un castillo de naipes.

—Esta madrugada sentí el inconfundible maullar de un gato, y me levanté a ver qué sucedía —se notaba emocionada—. ¿Y qué cree?, me habían dejado una canasta con un gato adentro como si fuera recién nacido.

—Podía escaparse al vecindario —me sorprendió.

—Nada que ver —respondió la doña—. Estaba amarrado a la canasta.

—¿Quién se había comedido de esa manera? —opiné con la boca llena.

—Ni siquiera me atrevo a sospechar —no dejaba de saltar de felicidad—. Pero estaba convencida de que tarde o temprano regresaría sano y salvo. Estoy agradecida de San Francisco de Asís, San Martín de Porres, y de todos los protectores de animales que intercedieron en el reencuentro.

—¿Se puede saber si le quedaron secuelas del ocultamiento? —me levanté de la mesa—. ¿Dónde está el Herodes?

—Se metió debajo de las cobijas —me dijo en la oreja—. Pero mi marido todavía no se da cuenta de que otra vez está entre nosotros.

Agradecí del cafecito, exterioricé me satisfacción por el reencuentro con el Herodes y me retiré al centro de salud.

Al mediodía me encontré con el profesor caminando al almuerzo de doña Esther.

—¿Usted sabía que ya apareció el Herodes? —le abordé.

—No me diga —se quedó parado como que se le apagó el motor—. Doña Esther debe estar saltando de felicidad.

—Por supuesto —sonreí—. Hasta preparó un cafecito para darme la noticia.

—Veamos si a mí me ofrece el almuerzo cuando le de mis parabienes —rio de su propio chiste.

Ese momento el bus que siempre tomaba el profesor pitó por tercera vez, pero el profesor me sostuvo del brazo.

—¿Puedo pedirle un favor? —me dijo.

—¿Acompañarle al bus sin almorzar? ¡claro que sí! —me ofrecí de inmediato—. Lamento que la noticia le afectara el equilibrio para caminar.

—Ni crea que voy a perderme la felicidad de doña Esther y, por supuesto, de don Nicolás. Ya estoy mejor, acompáñeme al almuerzo.

Este fue uno de esos momentos que nos dejamos llevar por los sentimientos más que por la razón, para compartir la felicidad del par de mayores.

Hasta que llegamos.

—¿Se puede? —golpeó el profesor en la puerta abierta.

En eso, salió el Herodes de doña Esther a recibirnos. Nos quedamos mudos, dejándonos adular las piernas como nunca lo había hecho.

—Pasen, pasen —saludó la doña desde la cocina—. ¿Qué les parece el genio mi hijo pródigo de cuatro patas?

Quisimos darle un abrazo, pero el Herodes corrió a la cama cuando vio que don Nicanor se movía. El anciano no podía contener la emoción de tenerlo otra vez sobre sus cobijas y nos acercamos a saludar.

—En hora buena, don Nicanor, ya llegó su medicina —empezó el profesor a granjearse la simpatía del mayor.

—¿Hora... buena... es medicina? —logró articular en las deplorables condiciones que vivía.

—¡Mi marido reaccionó!, ¡mi marido reaccionó! —gritaba doña Esther, perdiendo el control de la realidad.

Ella dobló sus rodillas sobre la estera, cerró los ojos y se puso a orar, dándole bendiciones al Herodes para que no se volviera a perder, bendiciones para nosotros, para don Nicanor y otra vez para el gato.

Entretanto, su esposo, quedó con la mirada perdida como petrificado.

—Escuche, doña Esther —le levantamos de los brazos para sentarle junto a su esposo—. Claro que la compañía del Herodes le va a favorecer, pero la curación será paulatina.

Pero el Herodes, ajeno a lo que sucedía, se acomodó como florero sobre don Nicanor que roncaba profundamente y también se durmió.

Doña Esther, poco a poco, se fue tranquilizando y regresó a la cocina.

—No me quita que el gato todavía no recupera sus reflejos —confesé bajito al profesor, mientras esperábamos la sopa.

—Con tal de que vuelva a ser compañía de los mayores como antes, no hay de qué preocuparse —respondió el profesor.

Después me aproximé al Herodes para observarle cómo dormía en la cama de don Nicanor, pero despertó abruptamente y se metió bajo la mesa cuando doña Esther servía el almuerzo.

Poco después el profesor se puso de pie y me guiñó el ojo para que le acompañara hasta la parada del bus.

—No me diga que ya investigó los santos y señales de la carpintera Farías —expresé mi extrañeza mientras caminábamos a la parada.

—Algo aproximado a eso —me respondió—. Doña Esther me comentó que la chica está saliendo con un gringo vendedor de chucherías.

—Eso no es relevante —me sorprendió su referencia—. Mi curiosidad es por el delirio azul que no alcanzo a comprender.

—Doña Esther debe saber algo más —comentó el profesor—. ¿Por qué no le pregunta a ella?

—Entiendo que este momento la mayor preocupación de doña Esther debe ser la salud de su esposo —fui categórico—, sin olvidar claro está, el comportamiento del gato, no por la gata Trinidad que le tiene a mal andar, sino por el trauma que le habrá ocasionado la Farías cuando lo encerró con fines perversos.

Tan obsesiva era la carpintera Farías que, con el pasar del tiempo, nadie se sorprendía de que un bien patrimonial, de la noche a la mañana, amaneciera pintado de azul.

—Esto es obra de la carpintera Farías —aseveraba el cura—. ¿Qué otra mano traviesa podría cometer semejante desatino?

Así se fueron dando los episodios azules que todos sabían de dónde venían, pero lejos de tomar cartas en el asunto, los sanquinteños empezaron a considerarlos como parte de la modernidad. Una madrugada alguien trató de interponerse entre ella y el bien patrimonial, pero no faltó otro que lo impidió arengando que “no se debe despertar a una sonámbula porque puede quedarse muda”.

Aunque el padre de ella hacía lo imposible por no contradecir sus acciones, cierta mañana que la sorprendió pintando las bancas del parque, le dijo con mucho tino:

—¿Por qué sigues haciendo esto?

Ella seguía en su labor, mientras respondía a su pregunta.

—Todas las bancas son murales para reflejar el azul del cielo.

Pero, como su padre conocía lo terca que era, no preguntó más para no interrumpir su obra hasta

el final. Solo así la podía llevar a su casa para que siguiera durmiendo.

Al siguiente día, ella no aceptó responsabilidades porque estaba “fuera de sí”. Asunto que siempre era la excusa para encubrir sus acciones.

—Ya es hora de dejar las travesuras —le aconsejó el cura una buena tarde—. ¿Cómo es posible que sigas pintando todo de azul como si el patrimonio fuera cosa tuya?

—Arréglense eso con la volatilidad de mis neuronas —respondió con una tranquilidad espantosa—. Bien saben que yo no haría eso en mis cabales.

—No intentes convencerme de lo contrario —insistió el cura—. Yo he visto que igual lo haces de una u otra forma.

La carpintera Farías creía tener “patente de corso” porque, no solo que pocos se atrevían a cuestionar su comportamiento, sino que la consentían por ese “don” de cambiar la naturaleza de las cosas sin inmutarse. Una especie de vaca sagrada, haciendo de las suyas por su fragilidad onírica ante el resto de los mortales.

—¿Por qué no la lleva al especialista para que le dé un tratamiento? —le aconsejó el cura al carpintero padre.

—Claro que podría llevarle para que le quiten el sonambulismo —respondió ante las exigencias del cura—. Pero, viéndolo bien, no quisiera privarle a San Quintín de toda su fantasía.

En eso, la Farías, que casualmente había escuchado el diálogo, se dejó ver para comentar a los dos.

—No puedo responsabilizarme por algo que está fuera de mi conciencia. Si he pintado gatos, debe ser con su consentimiento o que ellos me pidieron.

Poco a poco, el azul se volvió en San Quintín como parte de la familia. Es más, toda intervención, consciente o inconsciente de la carpintera Farías, era incorporada al patrimonio parroquial, para que ella, en ejercicio de sus capacidades, hiciera lo que quisiera con la venia de muchos.

El gato Herodes de doña Esther conocía en carne propia esas agresiones porque siempre regresaba manchado de pintura azul. Pero el trance de escribirlo todo en papelitos nos conectaba con ese mundo de fantasía del que éramos parte.

Ese sábado amaneció con un cielo rosado/oscuro como que algo se traía entre manos. Conforme pasaban las horas, el día se ponía lluvioso y luego salía el sol. Todo parecía presagiar que este día sería por demás confuso. Cuando empecé mi recorrido por el mercado y llegué a la sección “Comidas” me encontré con la gente de “La pluma sanquinteña” consumiendo los hornados que pagaba doña Celinda en trueque por la publicidad de dos meses. Estaba el Emilio, que era el

duro del periódico, Mariana la contadora, Eduardo el ilustrador y creativo de los comerciales, los papás del Emilio que habían venido a visitarle, y otros dos amigos artistas que yo no conocía. De lo que me acuerdo es que ese plato ya no alcancé a probarlo, pero las cervezas estaban bien y el ambiente de camaradería también, muchos amigos saludaban y otros nos daban la espalda, hasta que, sin darnos cuenta, empezaba a oscurecer y se acabó el día. Nos quedamos solos en la semioscuridad, entonces, como el Emilio estaba en vehículo se ofreció llevarme hasta la parroquia vecina. Yo acepté gustoso porque en San Quintín no tenía dónde quedarme, además estaba picado y podía ser que el médico Recalde me recibiera en su casa para seguir tomando.

Hasta que llegamos a la parroquia vecina y el Emilio me dijo:

—¿Dónde quieres que te deje, camarada?

—¿Ya no querrás seguir chupando? —me sorprendió.

—Nooo —respondió—. Mis padres me esperan en Quito para visitar a una tía.

—Entonces, aquí me quedo —le dije, a la altura de donde vivía el médico Recalde.

Me acerqué al portón donde vivía el doctor y los perros no dejaban de ladrar por mucho tiempo, no había la menor señal de presencia humana a su interior, entonces agarré una piedra y di varios golpes en el portón como último recurso, pero ya era como las

diez de la noche, entonces salió una señora de por ahí y se compareció de mí.

—¿A quién busca, joven? —me preguntó.

—Al doctor Recalde —respondí un poco esperezado—. ¿Estará en casa?

—No, no está aquí —movía la cabeza y la mano—. Ayer mismo se fue a Quito.

Le di las gracias y me dispuse a esperar cualquier transporte que me llevara a la capital, aunque por ese lugar era poco probable. Busqué algún dinero en los bolsillos del pantalón, de la chompa, en los calcetines, y no encontré nada. No sabía si me gasté todo, perdí o me robaron, pero lo cierto es que no tenía ni un centavo partido por la mitad y ya era como las once de la noche. Avancé al parque y me senté un rato, tratando de ingeniarme algo, pero estaba mareado por las cervezas y no tenía la más remota idea de nada, ni siquiera conocía a otra persona aparte del doctor. Ese momento observé que subían un par de borrachos con una botella y estaba a punto de acercarme para hacerme amigo cuando se pusieron a discutir acaloradamente. Entonces decidí caminar en dirección a la carretera que iba a Quito cuando distinguí a la cantina donde alguna vez entramos con el doctor. La puerta estaba abierta y me acerqué, pero nadie estaba por ahí, entonces entré hasta el fondo y solo había tres individuos completamente borrachos que balbuceaban algo medio dormidos. En eso, escuché un grito que alertaba a un patrullero.

—¡Aquí están los borrachos que no quieren pagar!, señor policía.

Yo me escondí debajo de una mesa mientras los policías pretendían entenderse con los borrachos, pero todo era inútil porque los individuos no sabían ni cómo se llamaban.

—Nos llevaremos al Destacamento hasta que reaccionen —dijo uno de los gendarmes—. Mañana arreglaremos del pago cuando estén en juicio.

Los borrachos subieron al patrullero, y yo estaba resuelto a quedarme a dormir debajo de la mesa, cuando escuché que la empleada llenaba baldes de agua para limpiar el piso. Solo de pensar que aparte de medio borracho, sin plata para el pasaje, y completamente mojado, no resistiría a dormir bajo la mesa, salí gateando hasta que ella me sorprendió.

—¡Acá está escondido otro borracho!, doña Luz —gritó una y otra vez.

Por suerte la doña nunca respondió y pude salir con cierta dificultad de donde estaba.

—¡Llucshi borracho!, ¡llucshi! —me golpeaba con la escoba la asistente de cantinera.

Ya era pasada la medianoche en la calle de una parroquia donde no conocía a nadie, sin un real en el bolsillo, y ¿a dónde podía ir? Claro que estaba chispo y en semejante situación era imposible pensar con racionalidad, solo primaba el sentimiento primitivo del frío de la madrugada. En eso, inesperadamente

paró un vehículo del que se bajó el médico Recalde, que de casualidad venía a su casa para recoger una cámara fotográfica.

—¿Qué hace por aquí? —me dijo—. ¡Vamos, le llevo a su casa!

No atinaba a contestar, pero me subí tiritando de frío a dormirme en el asiento de atrás.

—¿Dónde quiere que le deje? —me preguntó el médico.

—En el Parque Matovelle de San Juan —respondí balbuceando con dificultad.

Hasta que después de dormirme un rato, escuché.

—¡Despierte!, ¡despierte! Ya llegamos a su casa.

La noticia de una “carpintera azul”, como había titulado una nota periodística de la capital, había despertado la curiosidad en un par de cronistas que decidieron trasladarse a San Quintín para buscar evidencias que aclararan el revuelo.

—¿Conoce a la carpintera azul? —preguntaron al primer caminante que encontraron a la entrada de la parroquia.

—¿Carpintera azul? —se sorprendió el aludido.

Ellos se limitaron a enseñarle el periódico donde había salido el reportaje.

—Ustedes querrán decir: la señorita Farías —se incomodó el consultado—. Se demoran un poquito... pero se escucha mejor.

Los cronistas se dieron modos por pedir disculpas para que les diera más información.

—Avancen hasta la iglesia que ven por ahí — señalaba el recorrido—. Después bajen una cuadra a la izquierda hasta un rótulo que dice “Carpintería Farías”. Ahí vive ella con su familia.

—Gracias, amigo —se disponían los cronistas a seguir avanzando.

—¿Me podrían dar un aventón hasta el parque? —se le ocurrió al caminante.

—Lo sentimos —dice el conductor—. Estamos con sobrepeso y se nos puede fundir el motor de la camioneta.

El vehículo avanzaba en dirección a la iglesia, mientras el informante seguía caminando.

Ellos ubicaron fácilmente la iglesia, pero se daban vueltas y vueltas como perro queriendo morderse la cola, hasta que encontraron el indicio de lo que venían buscando.

—Somos cronistas de la capital y quisiéramos entrevistar a la señorita que lo convierte todo en azul —se presentó el más lanzado—. ¿Se puede?

—Depende —condicionó el maestro mayor que tenía un lápiz en la oreja—. Si le busca un príncipe azul... podríamos negociar.

—Disculpe, señor...

—Farías, maestro Farías, padre de la señorita —respondió a viva voz—. Que no es lo mismo que maestro Geppetto, el creador de Pinocho.

—No somos el príncipe azul ni queremos comprar a su hija —se envalentonó el visitante.

—Entonces —se cogió la barbilla el maestro—. ¿Se puede saber para qué la buscan?

—Necesitamos una entrevista para el periódico —respondió el conductor—. Solo para entender el manejo amigable del azul.

—Siendo así —le brilló el ojo al carpintero—, quisiera que conozcan la obra más reciente de la artista.

Atravesaron el taller hasta llegar al corral de piedra que no permitía ver lo que tenía dentro. El carpintero movió un rústico cerrojo y empujó la puerta de palos.

—He ahí la última obra de mi hija —señala al llamingo pintado de azul que mordía la hierba—. ¿Digan si esto no es una obra de arte?

—Depende —respondió uno de ellos.

El carpintero mayor transformó su gesto risueño en algo parecido a un lobo en acecho.

—Si van a menospreciar lo que están viendo —montó en cólera el carpintero mayor—, pueden regresar por donde vinieron.

El carpintero Farías cerró el corral de piedra, señaló la puerta de salida y los acompañó hasta la camioneta. A los cronistas no les quedó otro remedio que recorrer San Quintín en busca de otras evidencias

que justificaran su visita para no regresar con las manos vacías. En eso, escucharon a sus espaldas.

—¿Ya encontraron lo que andaban buscando?

Era el médico Recalde, vestido de mandil blanco, que pasaba frente a ellos.

—¿El informante que abordamos a la entrada? —se sorprendió uno de ellos.

—El mismo al que se negaron traer —aclaró sin rencores—. Pero no tienen por qué preocuparse, es más, ¿puedo ayudarles en algo más?

—Nos gustaría conocer otros patrimonios pintados por la señorita Farías.

—Pueden tomar la vía de regreso y detenerse en el espacio azul que mejor les parezca —les señalaba el horizonte—. Pero deben apresurarse antes de que les coja la noche y también regresen pintados de azul.

Tiempo después del chasco policial con la cabeza de perro en el costal, algo parecido sucedió en otras protestas estudiantiles de la Central. Esta vez ya no era un costal sino una caja de cartón con muchas envolturas de papel periódico adentro. Estábamos en plena “Semana de la Salud” en San Quintín. Eran esas caravanas que inventaban los universitarios de la Central para “acercarse al pueblo” con sus estrategias de servicio. Esta vez le tocó a Bioquímica visitar las escuelas

de la parroquia para sus charlas preventivas, levantamiento de historias clínicas, exámenes de laboratorio, y determinar el grado de parasitosis para entregarles medicamentos gratuitos. Todo estaba programado en la Escuela “Gabriel Noroña” de San Quintín para que un evento encajara en otro, recayendo la responsabilidad de vigilancia y cumplimiento en el centro de salud. Entonces, el médico Recalde me llamó.

—Quiero encargarle esta delicada gestión —puso el proyecto en mis manos—. Estoy seguro que no hay otra persona mejor que usted para hacer este trabajo. Lea este documento y se dará cuenta que todo está encaminado. Solo es cuestión de hacer presencia para que los guambas no se sientan abandonados.

—Siempre cumplo esta actividad sin que nadie me encomiende —respondí—. Los médicos y enfermeras tienen suficiente trabajo en el centro de salud.

—Solo por esta vez que me cayeron visitas —volvió a justificar sus ausencias—. Ya habrá oportunidad de hacer trabajos conjuntos.

De esa manera, una vez más, yo estaba involucrado en el éxito o fracaso de todo el proyecto. Digamos que, hasta el último día, todo salió a pedir de boca, solo faltaba que la última tanda de muestras de heces que los universitarios no alcanzaron a recoger llegara a su destino. No tenía otra salida que asumir esa responsabilidad, esperando el transporte que salía a las cinco, sabiendo que no alcanzaría al laboratorio, ni a

las clases de la Universidad. Entonces decidí hacer el papelón de llegar a clases con una caja de cartón llena de envoltorios, uno sobre otro, como frágiles miniaturas de mucho cuidado.

Lo cierto es que esa tarde, como muchas otras de la semana, había movilizaciones por todas partes, y las bombas lacrimógenas y correteos eran pan de todos los días. Las inmediaciones de la Universidad estaban cercadas por todas partes y a momentos yo estaba a punto de cambiar mis planes y dirigirme en taxi al laboratorio que, viéndolo bien, parecía lo más sensato. Pero, como todo universitario de la época, y mucho más un estudiante de periodismo, nuestro compromiso era protestar en las calles, asfixiándonos con el gas, corriendo de un lado a otro, acarreando banderas, escribiendo en las paredes. Pero más pudo, no sé si mi terquedad o compromiso, que decidí avanzar como un comando hacia los interiores de la Universidad, esquivando bombas y protegiéndome en barricadas, hasta que mis ímpetus o imprudencia me pusieron ni más ni menos que en medio de dos fuegos; pero lo que es peor, de dos fuegos policiales, hasta que me atraparon protegiendo a la caja misteriosa, y por más que me arrastraron con la mochila adherida al cuerpo, no la soltaría por nada del mundo. Hasta que lograron quitarme la caja como que habían logrado un trofeo y me subieron a uno de esos “Escuadrones Volantes” que esperaba en la Colón y América.

No sé si por coincidencia o porque el ritual de los procesos así lo exigía, exploraron cuidadosamente por si había algún ruido interior, luego llevaron la caja a medio parque Italia, advirtiendo a la gente que no se acercara mientras se preparaban dos agentes antiexplosivos parecidos al de la otra vez, caminando con las piernas tiesas como si estuvieran escaldados para abrir la caja. Todos los curiosos que ya eran muchos por el mismo hecho que los policías advertían de que esa caja podía ser peligrosa, se aglomeraban cada vez más entre asustados y precavidos. ¿Se imaginan como vivía yo ese acontecimiento? Una mezcla de temor y risa nerviosa, tanto que hasta me oriné en los pantalones. Los curiosos que pasaban junto al Escuadrón y otros detenidos que seguían llegando y a quienes contaba el suceso, festejaban conmigo el desenlace de los acontecimientos.

Entonces se acercó un policía gordo para advertirme:

—Si lo que está provocando es una burla contra la institución policial... le aseguro que le va a caer todo el peso de la ley —se disponía a llevarme a otro lugar que yo desconocía.

Pero justo ese momento terminaban la exploración en medio del parque, donde encontraron 51 muestras de heces de la Escuela “Gabriel Noroña” de San Quintín. Los agentes policiales se sintieron incómodos por el resultado, pero quien hacía de jefe intentaba controlar el descrédito.

—¡Control de rutina!, señores —hacia señas para que circularan los curiosos—. ¡Control de rutina!

Y así repetían los subalternos como autómatas.

Pero los curiosos no se movían, al contrario, se venían acercando al “Escuadrón Volante” porque sospechaban que querían llevarme detenido.

—¡Suelten al estudiante! —gritó uno de ellos que se negaba a moverse.

Y todos repitieron en coro:

—¡Suelten al estu-diante!, ¡suelten al estu-diante!

Entonces se me acercó uno de los jefes policiales, relativamente joven, a proponerme en voz baja:

—Explique a la gente que todo esto no fue preparado para ofender a la institución policial y le suelto.

—Así mismo es, oficial —me sorprendí de tanta prudencia—. Soy inspector de salud.

—Quiero que explique eso a la gente —insistió.

—Soy estudiante de periodismo —empecé explicando a los curiosos—, pero también trabajo en salud para pagar mis estudios. Nunca tuve la intención de hacer este papelón, pero tengo que dejar estas muestras hoy mismo en el laboratorio, y como estaba atrasado a clases, había que llevarlas conmigo para entregar más tarde.

El oficial que tenía encima los ojos de todos los curiosos, dispuso que se recogieran todas las muestras que estaban hecho un revoltijo y empezaban a dar mal olor, para que yo pudiera llevarlas de inmediato al laboratorio.

A raíz del posicionamiento del periódico con las vendedoras del mercado, ambulantes y demás negocios establecidos en la parroquia, era el momento de explorar otras formas de educación y se me ocurrió crear un personaje que apareciera en algún lugar del mercado con mensajes de reflexión los sábados desde la madrugada. Es que el sábado de feria empezaba antes de que apareciera el día, cuando la empleada municipal mandaba las llaves a sus hijos para que abrieran las puertas de malla. Pero esta vez había razones de fuerza mayor para convencer a la señora de que estuviera de mi parte.

—Nadie más que usted y yo debemos saber que —le hablé confidencialmente en voz baja—, necesito que me abra unos minutos las puertas del mercado los viernes por la noche por asuntos de seguridad.

—¿De seguridad? —se sorprendió la doña—. No me diga que están robando dentro del mercado.

—No exactamente eso —trataba de calmarle—. De seguridad, porque con estas lecciones de historia patria que quiero emprender, seguro que provocará reflexiones.

La señora, a pesar del respeto incondicional que me tenía, se quedó confundida sin saber si sonreír por la propuesta o ponerse a sufrir por las consecuencias.

—Solo quiero pegar un cartel donde una inquieta niña llamada Sosita, más o menos al estilo Mafalda, pero en versión criolla, se cuestiona desde su ventana:

“Es absurdo creer que los indígenas que defendieron nuestro suelo a 2830 metros de altura usaran taparrabos como vestimenta” —saqué del bolsillo el esquema del proyecto para indicarle—. Abajo va un dibujo del general Rumiñahui, como sale en los libros de escuela, con taparrabo y una lanza desafiando al viento. A este dibujo lo atravesará una enorme “X”, pero junto a esa ilustración estará otro indígena con poncho, y un visto bueno al que la misma Sosita comentará: “El general Rumiñahui debió usar poncho para soportar este frío de altura, ¿no les parece?”.

Al siguiente día, me aparecí como a las ocho de la mañana que el mercado estaba en pleno auge y los chuchaquis y amanecidos se instalaban a pegarse los caldos de patas, el hornado o la chicha huevona. Me asomé como que nada por el lugar donde estaba el cartel, pero había muchos sorprendidos y otros que se indignaban por la ofensa a la historia y su ilustre personaje de quien muchas entidades llevaban su nombre. El caso es que el cartel de Sosita abrió la polémica entre los amanecidos de las juergas que estaban de acuerdo con el mensaje y otros en desacuerdo, y no solo eso, sino que las vendedoras se veían molestas porque se manchaba las paredes de su lugar de trabajo.

—Vea inspector lo que hacen los comunistas —me decía la presidenta de las vendedoras del mercado—. ¿Qué le parece?

Yo me hacía el sorprendido, poniéndome a leer, para luego comentarles que estaba bien que alguien se preocupara por cuestionar la historia oficial que enseñan a los niños.

—No me diga que está de acuerdo con los malcriados que dañan las paredes —reaccionó, justo cuando estaba a punto de destruir el cartel con una escoba.

—Mejor esperemos para ver qué mensaje nos vuelven a poner la próxima semana y después hablamos —trataba de disuadirle—. ¿Le parece?

Con eso perdió el interés por destruir el cartel y guardó la escoba por debajo del puesto. Ahí pasó el cartel toda la semana, frente a las pequeñas ventas de martes y jueves donde destacaba el hornado. Hasta que llegó el siguiente fin de semana con vendedoras de comida y clientes madrugadores, con otro cartel que reemplazaba al primero: “Otra mentira de la historia es que Abdón Calderón fue el héroe niño de la batalla de Pichincha, y que levantó la bandera con la boca porque tenía un balazo en la pierna y otro en el brazo”, decía Sosita desde la misma ventana del primer cartel, una “X” grande que tachaba el típico Abdón Calderón de los textos escolares, y al otro lado nuevamente un comentario de Sosita: ¡“Ni era niño ni murió gritando ¡Viva la Patria! con la bandera en la boca. Abdón Calderón murió con diarrea en el Hospital”. Al igual que la semana anterior, unos se indignaban y otros aplaudían.

Entonces, la dirigencia de las vendedoras se preguntaba, ¿quién estará detrás de esta irreverencia a las páginas de la historia?

—Más que preocuparnos porque ensucian las paredes —les recordaba—, busquemos la manera de recolectar la basura del mercado.

Ese era el punto neurálgico que el pueblo de San Quintín atravesaba en los últimos años. Le había tomado tanto cariño al sistema municipal de recolección de basura, con el empleado don Melchor y el viejo caballo que acompañaba por mucho tiempo. El rendimiento del caballo ya no era como antes porque se volvió patojo y le costaba arrastrar la carreta. Por todo esto, las vendedoras del mercado tomaron una iniciativa que dio un respiro a la situación.

—Gestionaremos a las autoridades municipales una solución definitiva —razonaba la presidenta—. Entre tanto, recogeremos cuotas para comprar un burro que reemplace al caballo patojo.

El Municipio Metropolitano, conmovido con tan humanitario gesto de las vendedoras del mercado, les facilitó cuatro carretillas nuevas mientras se buscaba extender el recorrido de la parroquia vecina al sector de San Quintín. Ante la inminente llegada del recolector que volvería innecesaria la presencia del “municipal”, la carreta y el caballo, don Melchor enfermó de melancolía.

Entonces, le visitaron las vendedoras del mercado para darle consuelo.

—Usted sabe, don Melchor, que de lo dicho al hecho hay mucho trecho —empezó la presidenta—. Demuestre a las autoridades que todavía tiene hilo en el carrete, que con la carreta y el burro que compramos hacen un equipo excepcional para recoger la basura del pueblo.

Esa visita le animó tanto a don Melchor que esa misma tarde se lo vio como en sus mejores tiempos conectado a la carreta para empezar el recorrido. A partir del empuje que dio el destino, el remozado servicio de recolección de basura para martes y jueves, al igual que las montañas del mercado los sábados tarde, tuvieron una inesperada dinámica con las mismas vendedoras que facilitaron la tarea con las carretillas del Municipio.

Ese jueves coincidimos en el bus con el profesor del colegio y viajamos conversando con destino a San Quintín.

—Hagámonos la promesa de no hablar de doña Esther ni del gato Herodes en el trayecto —me propuso el profesor.

—Sobre todo de la carpintera —añadí yo—. Me asusta solo de pensar que estemos condicionados por el humor con que despierta la carpintera...

—Siga, siga, estimado amigo —me dijo—. Parece que tiene algo gordo que contar.

—Sí, claro, es un tema calentito que me gustaría compartirlo —me pronuncié abiertamente—. Ayer formamos la Federación de Profesionales y Trabajadores de la Salud.

—Pero usted pertenece al Código del Trabajo —quiso cogerme la mentira—. ¿Por qué me habla de profesionales que están amparados por la Ley de Contratación Pública?

—Ahí está el detalle —se puso interesante la conversación—. Asistimos cientos de servidores de diversa procedencia, entre profesionales y sindicalistas, para formar un solo frente en defensa de la salud.

—Eso es diferente —me daba la razón con una palmada en el hombro—. Pero sospecho que le nombraron directivo, ¿verdad?

—Así se dieron las cosas —respondí—. Me nombraron secretario de la nueva organización.

—Entiendo que esto se debe celebrar —bromeó, apretándome la mano—. Pero yo no quisiera estar en sus zapatos.

—¿A qué se refiere con eso? —me asustó por un momento.

—Solo en tomar lista a tanta gente yo me volvería loco.

—No me había dado cuenta de eso —confesé al profesor—. Más bien asumí que todo lo que se discute hay que tomar nota a la velocidad de un rayo.

—Esas son cosas que se van aprendiendo —me consolaba el profesor—. Lo que interesa es que la sociedad reconozca que somos capaces de muchas cosas.

Hasta que llegué al centro de salud donde me informaron que el director provincial quería hablar conmigo. Entonces le devolví la llamada.

—¡Aló! —me contestó del otro lado de la línea—. Mientras ayer los trabajadores de la salud se divertían en alguna parte, los medios de comunicación hablaban pestes de las autoridades, ¿qué dice de eso?

—Disculpe, señor director, pero no entiendo a qué viene eso —empezó a ponerme nervioso.

—Dicen que encontraron un camal clandestino en San Quintín —se notaba muy molesto—. Puede ser de caballos, pero... quién sabe.

—Debe ser un error —intenté controlar la situación—. Si usted me permite...

—Necesito hablar personalmente con usted —dispuso enérgicamente—. Venga inmediatamente a mi despacho porque me preocupa que usted no esté en su lugar de trabajo cuando llegan los reporteros.

—Pero, señor director —intenté aclarar la situación.

—Venga, y punto —me cerró el teléfono.

El director provincial no me dio tiempo de explicar que él mismo nos firmó el permiso para asistir al evento del día anterior, ni para comentarle cómo pueden haberse dado las cosas. La verdad es que yo debía viajar de inmediato para que esa autoridad no siguiera

especulando de algo que escapaba de mis manos. Hasta que llegué a su llamado.

—¿Qué me dice de todo esto? —me lanzó el vespertino al pecho.

Tomé el periódico con santa paciencia y leí los titulares de primera plana. “Camal clandestino en San Quintín. Sacrificaban caballos para el zoológico de Guayllabamba. ¿No será que estamos consumiendo carne de caballo como si fuera de res?”.

—¿Tiene algo que explicar de esta denuncia? —me encaró el director—. Usted debe saber si existe o no un camal para el zoológico, pero obviamente, lo que más me preocupa es el riesgo de que se venda carne de caballo para consumo humano.

—Del camal de caballos lo averiguaré —expresé con toda seguridad—, pero de la posible comercialización para el consumo humano le puedo asegurar que la Asociación de Comerciantes de Carne tiene un veterinario que se encarga del control de todo. Nunca existió una sospecha que nos pueda preocupar.

—Exijo un informe detallado de todas estas cosas —me miró fijamente a los ojos—. Tiene veinticuatro horas para hacerlo llegar a mi despacho.

Yo acepté respetuosamente su disposición, pero el director me lanzó el periódico para que me moviera.

—Regrese ahora mismo a San Quintín y póngase a trabajar para que nuestros abogados hagan su parte frente a las cámaras.

Mientras viajaba de regreso, me puse a revisar la noticia del periódico. Comentaban que había cabezas, vísceras y abundante sangre fresca en un camino en desuso de la población. Había imágenes que me estremecieron, sobre todo, porque me recordaba al caballo viejo de la basura que tarde o temprano quedaría botado por algún potrero y hasta podría convertirse en alimento para los leones del zoológico.

En cuanto llegué a San Quintín, me encaminé a la casa de don Melchor para descartar de la sospecha que me atormentaba.

—¿Dónde está el caballo viejo y cansado? — pregunté a uno de sus hijos que me abrió la puerta.

—Está trabajando con mi papá desde las seis de la mañana —aseguró el muchacho.

Esa respuesta me puso más tranquilo porque, al menos por el momento, me aseguraba que los restos del caballo del camal clandestino no eran suyos, pero en mi subconsciente el riesgo de un cruel final persistía por largo rato. “Tanto tiempo al servicio de la comunidad bajo el inclemente sol o las tempestades de la tarde, debía merecer una vejez más digna y consecuente”, decía para mis adentros mientras me dirigía al centro de salud, hasta que a lo lejos distinguí el servicio caballar de recolección en pleno, y me volvió el alma al cuerpo.

Enseguida me trasladé al lugar donde el periódico había tomado las fotos. Era una calle llena de arbustos que alguna vez fue parte del camino a La

Tola y que luego la abandonaron para trazar el nuevo camino unas cuadras más arriba. Todo parecía indicar que efectivamente ahí se faenaba equinos, pero las evidencias eran pocas con relación a las tomadas por el periódico días atrás, ya no había cabezas ni vísceras de caballos, a lo sumo un gallinazo solitario que permitía ratificar lo manifestado. Indagué por el barrio todo lo que pude, pero nadie quiso comprometerse con nada. Lo máximo que logré averiguar fue que efectivamente se despostaba un equino desnutrido de vez en cuando para venderlo al zoológico.

Lejos de la lección que había generado la noticia del camal clandestino, no se puede ocultar el afecto que sentía San Quintín por su fiel caballo de basura, por más sucio y rústico que fuera, y el impacto que podría generar un sacrificio cruel. De ahí ese apego que, ni con la compra de un burro joven ni el regalo de las carretillas, sería suficiente para aplacar su ausencia.

Yo sabía que estaba soñando, pero me dejé llevar por la fantasía. En ese evento aparecía doña Esther buscando a su consentido, no precisamente don Nicanor, pero al menos me trazaba la cancha de lo que vendría después. Ella no daba pie con bola y, cuando estaba a punto de dar su brazo a torcer, apareció el gato arras-

trando unas enormes botas que apenas me dejaban ver sus orejas en cada paso que daba.

—¡El gato con botas! —exclamé, como el atento del cuento.

—¿Habéis visto al cochero municipal? —me abordó con arrogancia.

Cualquiera en mi lugar se hubiera resistido a concebir como normal que un gato asumiera el papel de un cuento de hadas, que saliera vociferando, y peor que doña Esther no se inmutara. Pero el sueño había logrado manipular esa realidad que me tenía intrigado.

Yo respetaba como el que más la voluntad que ponía el Herodes en la terapia de don Nicanor, pero, de ahí a que pretendiera manipular mis sueños, era diferente. Pero también entendía que una cosa era la injusta cotidianidad de los gatos en San Quintín, y otra más relajada, el mundo de fantasía. Entonces asumí que los sueños podían ser llevaderos rompiendo la lógica del razonamiento. En eso, apareció don Melchor vestido de arlequín, arreando la carreta como en sus mejores tiempos.

—¡Alto, cochero! —se interpuso el gato con botas como vigilante de tránsito—. Necesito que me llevéis a casa de la carpintera para rescatar a mi prole.

Yo me vi sentado junto a don Melchor, y atrás el gato con botas de acento español, blandiendo su espada. De esta inconsistencia seguí tragándome el cuento porque, supongo, así actúa esta dimensión de

la fantasía. Hasta que llegamos a la casa de la Farías que estaba cerrada, y sin saber cómo ni cuándo, aparecieron la gata del cura con sus crías escapando del cautiverio que habían sufrido.

—¡De prisa!, ¡de prisa! —les hizo trepar el gato con botas a la carreta—. Al refugio de la sacristía, antes que la carpintera contrate refuerzos para detenernos.

Corrimos a la sacristía en medio de la semioscuridad, aunque yo no sabía si era el efecto que se quería lograr o la diferencia que caracterizaba a los sueños. Hasta que llegamos al lugar indicado que se había convertido, como por arte de magia, en una fortaleza con portón de madera. Entonces el gato con botas se bajó a golpear con fuerza.

—¿Quién es? —respondió la sobrina del cura desde adentro—. No me digáis que la vieja Inés porque soy capaz de...

—Soy la gata Trinidad con sus crías a buen recaudo —se adelantó ella para darle más dramatismo—. El gato con botas nos ha salvado de la carpintera Farías.

Ese momento se abrió el portón para darles cabida y se volvió a cerrar con la misma viada. El gato con botas, al contrario de lo que se podía suponer después de un acto heroico, se quedó orondo en la carreta, tras del cochero y mi persona.

—¿Quisierais pasar a tomar una tacita de café? —exclamó desde adentro la sobrina del cura.

—¿Para quién es la invitación?, ¿para el gato o para mí? —me permití romper las reglas de cortesía en un rescate donde yo no tenía arte ni parte.

—Eso ni deberíais preguntar —respondió ella mismo—. Al gato con botas, pues. El único que tiene vela en este entierro.

Nos disponíamos a despejar la escena dejándole al héroe en la vereda cuando el portón volvió a rechinar como que se abría otra vez. El gato con botas nos ordenó quedarnos quietos sin chistar. En eso, salió el cura transformado en dragón y nos soltó un fogueazo en la cara.

—¿Quién responde por esto? —zapateaba de las iras el cura dragón—. La sacristía no puede seguir alimentando a tantas bocas por más pequeñas que sean.

—Ellas tienen la misma sangre de su gata Trinidad —se me ocurrió enfatizar.

—Usted es el menos indicado para meter cuchara en este plato —me calló el cura—. Mejor fijemos día y hora para zanjar el enredo que sigue teniendo con mi sobrina.

Yo no quise responder a sus bravatas porque este problema no era conmigo sino con el personaje que ocasionó ese revuelo. Pero el gato con botas parece que ya no quería dar la cara, porque se notaba tan decepcionado que amagó quitarse las botas para lanzarlas a la calle, renegando del papel que representaba.

—Aquí no hay apoyo para el talento nacional —murmuró el gato—. Mejor regresé a la tienda de doña Esther para que me acoja en su seno.

Ese momento quedó al descubierto quien estaba bajo el disfraz del gato con botas, pero yo debía seguir manejando el tema con discreción y, mientras el cura echaba chispas de las iras, le propuse al gato:

—¿Qué le parece un puente entre la tienda y la sacristía? No importa si es aéreo o subterráneo, porque la responsabilidad paterna debe primar por sobre todas las cosas.

El gato Herodes me escuchó cabizbajo, como diciéndome: “¿y qué quieres que haga?”. Pero ahí estaba yo para darle mis consejos.

—Usted debe enfrentar el problema como los machos —le empujé para adentro, justo cuando cerraban el portón—. Vaya a dar la cara y saque su familia adelante.

Así mismo, como por arte de magia, me encontré nuevamente junto a doña Esther que se mostraba preocupada.

—¿No ha venido por aquí mi gato Herodes? —nos preguntó al cochero y a mí—. Quisiera encerrarle en algún lugar de la tienda para que no se vuelva a extraviar.

—No está bien dar esa imagen represiva —tuve que aconsejarle—. Claro que usted y don Nicanor lo necesitan, pero el Herodes también debe responder por su descendencia.

Hasta que sonó el despertador y el sueño terminó.

Buena parte de compañeros esperábamos en los pasillos al profesor de Planificación, cuando apareció el presidente de la Aso a quien conocíamos como “Cabeza de col”.

—¿Le han visto al Lorenzo por aquí? —nos preguntó sin más ni más.

Nosotros nos vimos las caras en total desconocimiento, y le respondimos que no. Pero la verdad es que al Lorenzo le conocíamos levemente, aunque no le habíamos visto estos últimos tiempos por la Escuela. Este Lorenzo era uno de esos casos que aparentemente estaba matriculado en algún curso antes que nosotros, pero asistía cuando le daba la gana o no tenía nada que hacer en su casa. Pero, justo cuando hacíamos esta conjetura, vimos a la distancia que se encontraban para perderse entre el tumulto, como que se atrasaban para alguna parte.

Y no es que nos interesaba saber qué negocio había entre ellos, sino que mantenían una entrañable amistad desde antes de que al “Cabeza de col” le nombraran presidente. Pero todos sabían que este Lorenzo era medio orate, aunque se hacía llamar “Mate”, no porque fuera bueno para las matemáticas como se podía suponer, sino que intentaba despistar sus limitaciones. Toda esa maña debe haber aprendido de su entrañable “Cabeza de col”, que por buen tiempo solo fue

“Cabeza” como sinónimo de inteligente, hasta que se metió a la política y le calzó el apellido con su cabellera ensortijada.

Era la época de las especulaciones, la blasfemia y las conjeturas. Dicen que el “Cabeza de col” llegó a ser presidente de la Aso, no sé si por méritos propios o porque estaba en camino algún acuerdo con el Pedrín para turnarse una reelección que apuntara dos períodos como mínimo para cada uno.

Pero como el “Cabeza de col” era tan metido donde no le importa, un día me sorprendió.

—Quisiera conversar de esos textos de barricada que tienes tú —me dijo, agarrando mi brazo, como si quisiera ganar votos en las próximas elecciones.

Me quedé extrañado que un fotógrafo de Los Ríos que estudiaba periodismo en el curso de al lado se interesara de la noche a la mañana en lo que yo hacía. No tenía antecedentes de su interés, a lo sumo una vez que me propuso colgar sus fotos de la Aso en mi telaraña y no le acepté porque desencajaba mi propuesta artesanal. Después alcancé a escuchar que comentaba “este flaco no deja de tejer telarañas por todas partes”, lo que lejos de molestarme como se supondría, me alagó muchísimo. A partir de ahí, el “Cabeza de col” se acostumbró a comentar entre dientes que lo que yo hacía era vistoso como recurso estético, pero no aportaba a la propuesta de su proyecto político.

—¿Como de qué textos estamos hablando? —le abordé al compañero fotógrafo.

El “Cabeza de col” que tenía el pelo como una lechuga crespa, y que nunca se separaba de su cámara de fotos con la que se ganaba la vida, sonrió inflando su ego de “elegido político” y volvió a proponerme en palabras morochas para que entendiera un rústico urbano como era yo.

—Quiero que traigas tus poemas de carretilla y los eaves a la Aso —me dijo dejando ver su dentadura con brackets—. Ya es hora de que salgas de tu reducto y te sumes al movimiento.

—Y si salgo de mi reducto... —me puse melancólico—, ¿quién alimentará a mis arañas?, ¿quién hilvanará las redes de mi carrete?, ¿quién seguirá la posta de mis postales?, ¿quién...?

—Deja de seguir ocultándote tras un seudónimo —me detuvo del hombro cuando caminábamos por los chaquiñanes de la Central—. Te voy a encargar que escribas un poema capital, un poema regio que podría ser bandera de la Aso para publicarte en la revista de la Universidad.

Unos días después, en plena construcción del poema que podía haber servido de himno para la Aso, se regó la noticia de que habían detenido al “Cabeza de col” en compañía del Lorenzo cuando repartían Manifiestos contra el gobierno.

—Al compañero “Cabeza de col” le subieron al Escuadrón Volante y está detenido en el Servicio de Investigación Criminal —arengaba el vicepresidente a los compañeros—. Con esto quieren amedrentar al movimiento estudiantil que todos los días se convoca.

A partir de ese momento salimos a las calles con más motivaciones que nunca. En eso, alguien le preguntó al vicepresidente que era un activista del primer año.

—¿Por qué le apresaron al “Cabeza de col” ?, ¿por presidente de la Aso o por alguna otra situación?

—En realidad no era al “Cabeza de col” sino al Lorenzo a quien andaban pisando los talones, hasta que les agarraron a los dos —explicaba el compañero vice—. Claro que después le soltaron al “Cabeza de col”.

—¿Y qué tiene que ver el “Cabeza de col” con el Lorenzo? —preguntó alguien.

—Se dice que tienen proyectos conjuntos —seguía respondiendo el informador del caso—. Seguramente por eso, buscaba la manera de documentar evidencias con su cámara fotográfica.

—Pero eso no tendría nada de malo si el “Cabeza” demostrara que es un periodista gráfico —opiné a mi manera.

—Seguramente se valió de eso —siguió el vice—. Aunque después le volvieron a detener al “Cabeza”, acusado de tomar fotos al edificio del SIC donde estaba el Lorenzo junto a otros subversivos. Ese fue el agravante que prácticamente lo vinculó.

—Entiendo que debemos ser solidarios —propuso otro compañero que ponía atención de todo—, pero primero intentemos armar este rompecabezas.

Entonces, el Gustavo, que era el segundo a bordo de la Aso se puso a barajar la situación.

—Si los agentes de Seguridad Política agarraron al “Cabeza de col”, asociándole con el Lorenzo que era uno de los más buscados —intentaba descifrar la lógica policial—. ¿Cómo entender que se trata de una contaminación ideológica?

—Al Lorenzo es fácil ubicarlo entre el tumulto —opinó una compañera de la marcha—. Ese peinado de choza y sus cuatro barbas mal cuidadas eran suficiente en cualquier parte.

—También debe ser porque se ajustaba al manual de los gringos que calificaba a muchos como menso —especulaba el mismo Gustavo—. Y se podría interpretar que las señas particulares del Lorenzo eran recursos distractores.

Conforme avanzaba el día y se aproximaba la tarde, la manifestación poco a poco se iba desvaneciendo porque nadie nos hacía caso ni siquiera la policía, hasta que quedamos solo cuatro compañeros con el vice Gustavo.

—¿Por qué no hacemos algo más trascendente? —propuso el Gustavo—. Acerquémonos donde las papas queman.

—¿Para que nos cojan como al “Cabeza de col”?
—comentó la Coco que era la única fémica del grupo.

—No vamos a cometer la imprudencia de sacar a relucir los instrumentos de periodista —recalcó el Gustavo—. Solo chequearemos los alrededores como si fuéramos paisanos que salimos de compras y nos perdimos en la ciudad.

Como la mayor parte de universitarios de la Central éramos pata al suelo y no hacía falta disfrazarnos de pobretes porque pobretes mismo éramos, escondimos los cuadernos dentro de la chompa y nos aproximamos al portón principal donde funcionaba el SIC. Había tanta gente entrando y saliendo del lugar que los guardias ya ni se animaban a custodiar el portón, entre policías, detenidos, amigos y familiares provenientes del populoso mercado Ipiales que debían zanjar sus cuentas ese mismo día. En eso, descubrimos un urinario que parecía público.

—Vamos todos a orinar —se le ocurrió al Gustavo, mientras nos dirigíamos en esa dirección.

—¿A dónde creen que van ustedes? —nos salió al paso uno de los guardias que retomaba el control del portón.

—Solo vamos a orinar —respondió la Coco que era medio picarona.

—Si logra acomodarse en los urinarios... —sonrió el otro policía que se reincorporaba a su puesto—. Pase nomás... no hay problema.

Con ese inesperado “acercamiento” seguimos al urinario donde dos compañeros efectivamente se disponían a orinar, mientras el resto observábamos por dentro esa construcción de tipo colonial. En eso, abruptamente salió un policía gordo arrastrando del cinturón a un sospechoso que llevaba esposadas las manos y le empujó al urinario en plena inspiración de nuestros compañeros.

—¡Quiten de aquí! —se interpuso el policía entre el urinario y ellos.

El uniformado gordo que parecía marino de las fuerzas gringas aplastó la cabeza del detenido dentro del sucio urinario y abrió la llave de agua para que saliera en chorro.

—¡Confiesa que le robaste a la mujer de mi mayor! —le gritaba, ante la pasividad de todos quienes le miraban como que esto fuera normal en las dependencias del SIC.

—No he robado nada —respondía el detenido en medio de su ahogamiento—. No he roba... glu, glu, glu.

—No te creo —decía el gordo para hundirle otra vez, hasta que el sospechoso corcoveaba como caballo salvaje, y le sacaba de los pelos para gritarle otra vez—. ¡Confiesa que le robaste a la mujer de mi mayor!

El detenido, casi exhausto, aceptaba su impotencia moviendo levemente la cabeza. Solo entonces el policía gordo le soltaba de los pelos.

—¡Confesó!, ¡confesó! —gritaba—. Ya confesó todo.

Después de soltar su presa al pie del urinario, sacudió sus manos como para secarse el agua maloliente y se retiró a su despacho. Enseguida aparecieron dos policías criollos y arrastraron al confeso, casi desfalleciente, para encerrarle en un calabozo del fondo.

El espectáculo de “la confesión” terminó, mientras el Gustavo con otro compañero se internaron disimuladamente por los interiores de esas dependencias del terror, nosotros dos hacíamos como que orinábamos para que la Coco distrajera a los guardias del portón. En eso, vimos que el Gustavo hacía señas para que fuéramos donde estaban ellos, entonces le dije a la Coco que siguiera distrayendo a los policías mientras nos movilizábamos adentro.

—Escuchen —nos dijo bajito el Gustavo para que nadie se diera cuenta—. Son gritos de tormento que se ahogan con la intervención de algún objeto extraño.

Ahí nos quedamos por unos minutos, tratando de interpretar el lenguaje de la tortura que lográbamos captar detrás de una y otra pared que estaban diseñadas para amortiguar el ruido, junto al patio posterior que colindaba con los muros de la iglesia de San Francisco.

—Son las salas de tortura —explicaba el Gustavo como que alguna vez hubiese estado allí—. Solo nos falta ubicar dónde tienen al “Cabeza” para intentar un salvataje.

En eso, escuchamos pasos como que traían a otro detenido para interrogarlo. Nos escondimos bajo las gradas y escuchamos el relato de todo lo que sucedía como que alguien transmitía la confesión.

—Aquí estarás esposado hasta que te llamen a declarar —dijo uno de los policías—. Puedes encomendarte al Chapulín colorado, si lo deseas.

Los dos policías salieron cerrando la puerta con fuerza. Entonces salimos nosotros del escondite y nos acercamos al detenido que se notaba tranquilo, pese a quedar esposado a la columna de las gradas.

—¿Por qué estás detenido? —le preguntó el Gustavo.

El hombre, todavía desconfiado, se limitó a observarnos de uno en uno y de abajo para arriba.

—¿Quiénes son ustedes? —parecía ganar confianza.

—Somos estudiantes de periodismo que andamos buscando a un compañero que le trajeron acá —respondió presuroso el Gustavo.

El detenido volvió a mirarnos de uno en uno hasta que decidió conversar.

—Me agarraron por tomar la bandera en mis manos —se mostraba misterioso.

—Pero eso es un acto de patriotismo —se sorprendió el compañero Pancho—. Todos juramos la bandera el 26 de septiembre.

—Esto me sucedió hoy en la mañana —sonrió el detenido—, justamente cuando entraba a Carondelet con el ánimo de visitar el museo.

—¿Qué tiene de malo visitar el museo de Carondelet? —seguía mal humorado el Pancho—. Eso lo hacemos cualquiera.

—Momento, momento —interrumpió el detenido—. Permítanme que les cuente todo el rollo.

—No se adelanten —se molestó el Gustavo—. Dejen al amigo que nos relate su historia.

De pronto escuchamos pasos como que venían nuevamente los policías. Los cuatro nos deslizamos rápidamente al refugio bajo las gradas, pero poco a poco los pasos se iban para otro lado.

—Les voy a confesar todo hasta que a los torturadores se les ocurra llevarme —dijo el detenido—, y si queda algo pendiente tendrán que imaginarse el final porque ya no estaré para contarles.

—Como buenos periodistas que pretendemos ser —dijo el Gustavo—, nos comprometemos a difundir tu experiencia en el periódico de la Aso.

—Soy activista político y me acerqué a Carondelet con el ánimo de visitar el museo cuando me di cuenta que la puerta de la urna donde está la bandera permanecía abierta —se pronunció correctamente.

—Entonces... tomaste la bandera para guardar en la mochila —se adelantó el Pancho.

—Efectivamente —sonrió el detenido.

—Sigue por favor —se molestó el Gustavo—. No deben interrumpir porque tenemos poco tiempo.

—Solo puse la bandera a buen recaudo para que no se llevaran los delincuentes —hizo pausa—.

Entonces me tomaron preso “por atentar a los símbolos patrios y la seguridad del Estado”.

—¿Has logrado conversar con un abogado sobre la acusación que te hacen? —pregunté al detenido.

—Seguro —respondió—. Que la Seguridad Política presentó cargos por terrorismo de Estado y atentar contra la bandera.

Era suficiente porque, siendo un tema tan delicado, a cualquier momento podían sorprendernos y de seguro nos involucrarían por cómplices y encubridores. Hasta que logramos salir uno por uno con los nervios de punta, porque los guardias podían darse cuenta de que entramos a espiar y le retendrían a la Coco para encerrarnos a todos.

Después de ese arrebato del que por suerte salimos enteros, nos asomamos por la Central para comentar de la experiencia que vivimos en la mismísima boca del lobo, pero nadie nos creyó porque decían que nos habíamos fumado de la barata. Tuvimos que reconstruir la historia del detenido en el SIC para publicarla en el periódico de la Aso, y así recuperar en algo nuestra credibilidad que inesperadamente se puso en entredicho.

Dos semanas después asomó el “Cabeza de col” sin la cámara de fotos y cortado el pelo a raíz, para hacerse el loco.

—¿Cuál pelo ensortijado?, ¿qué cámara fotográfica?, ¿cuál Aso Escuela? —repitiendo como enajenado sin haberle preguntado nada.

Pero teníamos que llevarle la corriente como nos recomendó el psicólogo porque en el SIC le habían lavado el cerebro para poder interrogarlo. Lentamente, conforme le crecía el pelo al “Cabeza de col”, iba recuperando el raciocinio, aunque con temor de recordar lo que le había pasado en el SIC de la calle Cuenca.

Yo hice un paréntesis mientras las aguas regresaban a su cauce, dejando inconcluso el texto que me encargó el “Cabeza de col”, porque podía decirme: ¿cuál himno de la Aso? Algo que resultaba inconcebible, tomando en cuenta que yo tenía mi propia parcela de telarañas, por más simples que podrían parecer ante el ojo de los políticos.

Cerca del mediodía encontré a la sobrina del cura jugando con su gata y los gatitos en la puerta de la sacristía.

—¡Ajá! —exclamé muy cerca de su oreja—. ¿Disfrutando del soleado en familia?

—¿Qué te trae por aquí? —me respondió sin dejar de jugar.

—Ando buscando al Herodes —quise ver su reacción—. ¿Te suena ese nombre?

—Ese rufián, bandolero y haragán de la peor calaña —respondió contrariada—. Ya no lo queremos ni en pintura.

—No es para tanto —busqué tranquilizarle—. Seguro que se trata de malentendidos.

—¿Qué malentendido puede ser si aparece en cualquier parte, menos donde le corresponde? —seguía ofuscada.

Ese momento de tensión y descuido provocó que los gatitos caminaran cada cual por su lado. Pero ella parece que se bloqueó mirando asustada un punto en el horizonte.

Pero ahí estaba yo para ayudar mientras ella seguía en las nebulosas, logrando atrapar uno a uno a todos los gatitos para devolverlos a la canasta. Hasta que lentamente la sobrina del cura se centró otra vez en su empeño. Yo miré de casualidad al mismo lugar que le dejó petrificada a ella, y distinguí al Sobador que se acercaba cojeando.

—¿Algún inconveniente con ese individuo? —le pregunté.

—No sé realmente si viene en son de paz o...

Ese momento agarró a la gata y los gatitos para ponerlos a buen recaudo dentro de un costal de cabuya.

—Otra vez cruzándose en mi camino —me dijo el Sobador, ocultando en la espalda un manojo de flores que había arrancado del parque—. ¿Será que el caballero sigue interesado en esta dama?

—Eso es algo que a usted no le importa —le advertí—. ¿Tiene alguna cita con ella?

—No me habían informado que debo agendar una cita, pero si de eso se trata, tenga por seguro que lo conseguiría de inmediato —se ajustaba el pantalón flojo a cada rato—. ¿Sería gentil en dejarnos solos?

Como vi que la sobrina del cura no ponía resistencia, me retiré para que “el galán” siguiera haciendo de las suyas, mientras otro individuo que acababa de llegar, le secundaba. Yo me oculté a prudente distancia para tratar de entender qué miércoles pretendía el Sobador con ella, tomando nota de lo que arrojaba mi lectura de los labios: “El Sobador le entrega las flores, y ella discretamente las pone en la funda para que jueguen los gatitos cuando se aleje el peligro. El otro individuo escribe los dictados del Sobador, como si fuera una letanía”.

Luego observé a la sobrina del cura que se incomodaba con las ocurrencias del Sobador. Entonces se levantó, cogió la funda de los gatos y entró a la sacristía. Los dos individuos parecían no reparar su ausencia y siguieron conversando animadamente. Yo buscaba el ángulo perfecto para mi lectura de labios hasta que lo conseguí, ese momento me enteré de que el Herodes tenía información en el cascabel. ¿Cascabel? Yo no sabía que el gato Herodes llevaba un cascabel, eso me impresionó sobremanera, no porque sospechaba que este gato estuviera a su servicio, sino que podían utilizarlo de manera arbitraria. Eso era algo que no debía comentar con la sobrina del cura para evitar complicaciones.

Horas después observé a los mismos individuos embarcándose en el último turno de transporte de la tarde. Entonces, fui a buscar a la sobrina del cura hasta que la encontré.

—¿Qué pretendían esos fulanos? —le pregunté.

—Encontrar al Herodes —respondió tajante—. Yo les dije que fueran donde doña Esther, pero no querían asomarse por ahí.

El asunto parecía más complicado de lo imaginable, sobre todo porque, si el Herodes llevaba un cascabel diminuto sin que su dueña lo haya colocado, alguien le puso un micrófono para estar al tanto de todo. Asunto que nos llevaría a pensar que los fulanos ya no tenían señal o que el mismo Herodes lo desprendió, agobiado por un accionar que complicaba sus relaciones familiares. Sin haberlo imaginado, yo estaba tras la pista del mentor del espionaje en San Quintín. En todo caso, prefería que la sobrina del cura siguiera resentida por la supuesta irresponsabilidad del Herodes a que sospechara una complicidad de su parte con el Sobador.

Al otro día parecía repetirse la escena, la sobrina del cura tomando sol con la gata y los gatitos en el atrio de la sacristía, mientras otro personaje intentaba llevar el agua a su molino. Esta vez, la carpintera Farías acechaba a la gata y su camada.

Apenas la sobrina del cura se dio cuenta de que esa mujer se acercaba con malas intenciones, intentó guardarlos en el costal de cabuya para salir corriendo, pero la intrusa lo impidió poniéndose al frente.

—¿Qué corona tienen tus gatitos para escapar de mis brochazos? —logró presionar el costal con la punta de su bota.

La sobrina del cura se aferró al costal visiblemente asustada, mientras los gatitos en su interior arañaban queriendo salirse. Entonces, la carpintera, increíblemente compasiva, dio un paso atrás y la señaló con el índice.

—Te doy la ventaja de refundirlos donde sea, porque cuando menos lo imagines, amanecerán pintados de azul —dominando la situación completamente—. De ese destino nadie los puede salvar, ni ese Herodes que nadie sabe dónde está.

Días después, la amenaza de la carpintera se volvió realidad cuando todos los gatitos de la sacristía amanecieron pintados de azul. ¿Y dónde estaba el Herodes para sacar la cara por ellos?

El tiempo seguía pasando y la presencia del gato Herodes era incierta, tanto en la sacristía como en la tienda de doña Esther. Todo parecía indicar que, al menos en lo material, nos quedaríamos sin gato, hasta que la sobrina me comentó que su tío tropezó con un gato negro cerca del confesionario.

—¿Y cuál fue su reacción? —me tenía intrigado—. Supongo que lo sacó a patadas.

—Al contrario, se asustó muchísimo porque era negro.

—¿Qué tal si era un espía del Sobador queriendo meter cizaña? —se me ocurrió ese momento de tensión.

—Todo es posible en la viña del Señor —suspiró la sobrina del cura—, incluso que el Herodes, disfrazado de maleficio, quisiera poner en jaque a todo el vecindario.

—Aunque podría suceder hasta lo impensable —abracé a ella para bajar sus rencores—, creo que es hora de juntar nuestras fuerzas para que el Herodes tome la mejor decisión.

Yo diría que los mentores de este conflicto lograron matar varios pájaros de un tiro: provocar el temor por un gato negro dentro de la sacristía, grabar las confesiones a través del micrófono del Herodes, y lavar sus culpas con una supuesta protección a los animales.

Regresé al centro de salud con el ánimo de contarle al médico mis avances para vencer la depresión de don Nicolás, y lo encontré con un tierno niño en sus brazos.

—¿Adivine quién es? —me sorprendió.

Yo le miraba sus pañales, las facciones, busqué a sus padres afuera, pero no tenía ni idea de su proce-

dencia. El médico golpeó la puerta del baño y salieron la señora de la Mica que no podía dar a luz porque la criatura tenía envuelto en el cuello el cordón umbilical, y junto a ella, por supuesto, el padre que sufría con la botella de aguardiente.

—¡Oh! qué gusto verlos —saludé con los dos—. ¿Qué los trae por aquí?

—Nos animamos a inscribir al niño en el Registro Civil, y aprovechamos para venir a saludarlos —respondió la señora.

—¿Y qué nombre le van a ponerle al pequeño? —pregunté.

—Recalde Salvador —respondió orgulloso el padre, al tiempo que se acercaba a darle un abrazo al médico.

—Recalde por el doctor y Salvador porque le salvó de una muerte segura —explicó la madre.

—Podían ponerle Recalde Zhumir que sería lo más justo —intervine yo—. ¿No les parece?

En eso escuchamos que subía las gradas un grupo de personas entre carcajadas lastimeras y gritos de angustia. El médico entregó el niño a sus padres y bajamos al encuentro de tanto bullicio.

—¡Un doctor!, ¡un doctor! —gritaba quien parecía su padre.

—Por aquí, por aquí —le acomodamos en una camilla de partos.

Se trataba de un adolescente que había comido hongos alucinógenos y no podía contener su risa ner-

viosa que le producía un profundo dolor de estómago. El médico lo atendió de inmediato, mientras yo les despedía en la puerta a los visitantes de la Mica que estaban de paso al Registro Civil.

—Cuiden al Salvador —les dije a ellos.

—¡Recalde! —me corrigió la madre—. Porque así se llama el salvador.

En cuanto regresaba a mi oficina, no me cabía en la mente ese extraño alucinamiento. Generalmente, un paciente nos remite al dolor, pero este caso era por demás *sui generis* porque no dejaba de reírse, dándose contra el suelo. El médico le había inyectado un tranquilizante para que le baje el nivel de angustia que no permitía tenerlo quieto ni un instante. Hasta que pocos minutos después se logró quitar la ansiedad que le impedía respirar con normalidad. Conforme pasaban los minutos empezó a bajar la intensidad de la risa que al principio le provocaba desesperación.

Cuando el adolescente logró estabilizarse, llegó su madre sin saber exactamente lo que había sucedido, y viéndole en la cama conectado con un suero al brazo y un balde junto a su boca para vomitar lo que se había comido, intentó sacudirlo con violencia.

—¿Qué disque te ha pasado, verdugo?, ¿estás enfermo o chumado?

—Ya no aguanto... con la barriga.

—¿Tomaste licor artesanal? —le gritó en la cara.

—Me comí... algo que no recuerdo.

La señora se acercó al médico Recalde para preguntarle qué mismo le había pasado a su hijo porque estaba como alocado.

—Ya le va a pasar —tratada de controlar la situación—. Le haremos un lavado gástrico para eliminar toda intoxicación.

—Yo si te dije —volvió la madre a su hijo—. No andes tomando porquerías y... ¡elé! Bien hecho por shunsho.

Había muchos curiosos aguardando en la Sala de Espera, pero solo su padre desde el principio y su madre después, acompañaban al paciente junto al doctor. Entonces, mientras avanzaba lentamente el proceso de recuperación, yo me retiré a seguir mis labores. ¿Cómo logró el médico Recalde controlar la situación que se le puso al frente?, ¿cómo logró controlar la risa nerviosa del muchacho y devolverle a la normalidad? La verdad es que no sé, pero al menos estoy seguro que esta travesura del muchacho le habrá marcado para siempre. Una risa que escucha todo el vecindario no siempre es signo de felicidad porque cuatrocientos músculos del rostro dilatados a la vez y por mucho tiempo pueden poner en riesgo la vida de una persona. Seguro que, de aquí en adelante, este paciente tendría temor de sonreír porque la risa se podría eternizar hasta causarle daño.

Era un sábado cualquiera que al Ministerio se le ocurrió organizar una Campaña de Vacunación contra alguna enfermedad contagiosa que había provocado temor en todo el país. Como es costumbre en nuestro medio, antes de las ocho de la mañana la fila de usuarios del centro de salud daba la vuelta la esquina y seguía en aumento conforme pasaban las horas. Por suerte enviaron suficiente personal, entre enfermeras y estudiantes voluntarios, con quienes fácilmente logramos cubrir toda la demanda hasta las tres de la tarde. A partir de ese momento y, salvo esporádicas eventualidades, tuvimos suficiente tiempo hasta las cinco de la tarde que terminaba la jornada para observar desde la ventana el movimiento del mercado, tanto de vendedores, compradores y empleados municipales, como nunca antes lo habíamos vivido.

Don Melchor dirigía la recolección de basura como todo un director de orquesta, los hijos de doña Inés con escoba en mano barrían el mercado con velocidad asombrosa, haciendo montoncitos para que los familiares del “Municipal” transportaran en carretillas hasta la carreta que aguardaba en la puerta. Teníamos tanto tiempo hasta las cinco que nos pusimos a calcular la dimensión de su trabajo.

—Digamos que cada carretilla tiene capacidad de un metro cuadrado —tomé una libreta de apuntes—,

y si cada carretilla realiza veinte viajes por dos carretillas, tendremos una recolección considerable cada sábado por la tarde.

—Este pasatiempo no conduce a nada —bostezaba el médico—. Mejor vamos al jardín y matamos el tiempo de otra manera.

Me pareció bien, considerando que las escenas que estábamos observando eran demasiado repetitivas, y bajamos con el médico al jardín posterior donde estaba la Tenencia Política que los sábados atendía solo hasta las dos de la tarde. Nos pusimos a observar en silencio la variedad de flores como si estuviéramos exhalando sus aromas. De pronto, el médico Recalde se interesó en una de las plantas, como que la exorcizaba.

—Esta amapola siempre me dio mala espina —dijo entre dientes.

—¿Cómo? —me sorprendí porque me parecía incoherente lo que acababa de escuchar—. Las amapolas no dan espinas.

Ese momento observé sus gestos de picardía, sin que le quitara sus ojos de encima a esa pobre planta.

—No me parece bien hablar mal de una planta que adorna el jardín de nuestra Unidad Operativa —comenté, porque me tenía seriamente intrigado.

—¿A qué le remite una amapola? —me respondió con nuevos interrogantes.

—Dicen que estas plantas sembradas en serie sirven para refinar cocaína —respondí desde mis escasos

conocimientos—. Pero esta es ornamental, exótica, y florece como hierba mala.

El médico Recalde me invitó a sentarme frente a la planta para seguir comentando del intrigante tema que puso sobre el tapete.

—Cuando hacía mis prácticas de medicina en Salasaca —empezó a soltar la lengua—, había un pintor indígena que tenía una plantación de amapolas en su casa.

—Un paisaje alucinante, supongo.

—Debe haber sido en su momento —respondió rápido para seguir conversando—, pero cuando este amigo indígena me llevó a su casa para que le atendiera a su mujer, ya lo habían quemado todo.

—¿Quién? ¿la policía antinarcóticos?

—Seguramente —respondió sin convicción—, o al menos alguien que estaba a su servicio.

—A ver, a ver —rebobiné un poco—. Si la policía antinarcóticos quemó su plantación, quiere decir que tenían sospecha de algo, ¿o no?

—Supongo que el equipo de “inteligencia”, como dice la jerga policial, lo manejaba todo —comentó sin estar seguro.

Tan confusa se puso esa parte del relato que busqué la manera de juntar cabos sueltos para agarrar el hilo del asunto.

—Veamos si entendí esta última parte —traté de rebobinar una vez más mis ideas—. Los agentes

descubrieron la plantación, pero como no se trataba de narcotráfico porque solo cumplía una función estética para inspiración del autor, el indígena quedó libre al igual que sus contactos.

—Noooo —me interrumpió el médico Recalde—. Quisieron atraparme a mí por ser amigo del pintor y supuesto beneficiario de la planta. Ahí empezó el trauma que me atormentaría por mucho tiempo, cada vez que me cruzaba con una amapola.

—¿Usted cree que la policía andaba pisándoles los talones a los amigos del pintor para implicarlos en algo? —pregunté.

—Sí y no —respondió un tanto contrariado—. Muchas veces visité la casa del pintor porque su mujer era hipertensa y debía controlar su presión, pero nunca tuve inconvenientes, a sabiendas de que los agentes rondaban día y noche muy cerca de su casa.

—Pero usted es un médico en libre ejercicio —le daba razón a su inconformidad—. No pueden vincularlo por atender pacientes a domicilio.

—No era eso lo que me tenía intrigado —sonrió con la cabeza agachada—. En el centro de salud de Salasaca había una amapola igualita a esta que giraba hacia mí cada vez que yo pasaba cerca.

—¿Y cómo interpreta esa reacción de la naturaleza? —quería observar hasta dónde llegaban sus elucubraciones.

—Que la de allá era una planta carnívora disfrazada de amapola —bromeó hasta la carcajada—, mientras la de aquí todavía es un misterio.

A pesar de que yo no iba a la Pe Zeta con la idea de que alguien leyera mis textos, con el paso del tiempo se veían más notorias las diferencias entre la posición anarquista de los dueños de casa y la “académica” de quienes preferían la tutela del Wilo.

—La Pe Zeta nunca estará de acuerdo que unos aparecidos pretendan imponerlo todo —dijo el médico Recalde, visiblemente molesto por lo que estaba pasando.

—Sí, sí —intervino el Jesús María—. Esta vez ya no voy a detener tus ínfulas porque tienes toda la razón. La Pe Zeta es zurda y punto.

—Y pedrada, pedrada —completó el “Cantor de contrabando” desde algún rincón donde dibujaba una de sus ilustraciones.

Todos los Pe Zeta que eran la fracción radical del grupo festejaron la ocurrencia. Entonces el Wilo, con una sonrisa nerviosa, cogió su morral y abandonó la sala para que le siguieran los discípulos de su escuela.

—Hacen bien con irse porque nos estaba faltando el aire —bromeó el médico Recalde.

—Jejeje —sonrió también el Wilo—. Que esta sea la ocasión para retirarnos en paz.

—Ni tanto —volvió a intervenir el “Cantor de contrabando” que se hacía el dormido tapado la cara con una gorra negra.

—Bueno —nos miró el Wilo al Diego, al Pablo y a mí que nos poníamos de pie—. Espero con ustedes seguir viéndonos más seguido.

Pero nosotros avanzábamos hasta las gradas, que era como el limbo, donde nos quedamos escuchando las ironías que se cruzaban entre los Pe Zeta y el Wilo.

—Ni los unos ni los otros —comentó el Diego entre nosotros—, porque en el fondo todos son unos pequeñoburgueses jugando a los escritores.

Entonces nos retiramos a esperar el bus en La Marín y, más o menos dos horas después que nos quedamos conversando sin darnos cuenta del tiempo, apareció el Wilo con su clásico morral que nunca abandonaba.

—Jejeje, gracias por aguantar —nos dijo—. Sabía que me estarían esperando para conversar.

Nos quedamos sorprendidos sin atinar a responder que estaba equivocado o seguirle la corriente, pero en eso, el Wilo nos guiñó el ojo.

—Estaba por invitarles a un taller más consecuente, propositivo, vanguardista... acorde a las exigencias de nuestros tiempos.

—¿De qué taller estamos hablando? —preguntó el Pablo.

—El taller se llama “La peque-María” —respondió de inmediato—. Pero en realidad es un proyecto editorial que abarca desde el concepto hasta la publicación y difusión.

—¿Ya tienen lugar para las reuniones? —insistió el Pablo.

—En el edificio Soto de El Ejido, diagonal al Guambra —sacó unas tarjetas del bolsillo y nos repartió—. Banana Pub, la empresa publicitaria de mis sobrinos.

—Por ahí estaremos —se puso a leer la tarjeta el Diego—. ¿A qué hora serán las reuniones?

—El lunes a las siete de la noche —alcanzó a decir el Wilo que se trepaba al vuelo en el bus de Barrionuevo.

Nosotros seguimos conversando como una hora más en tremendo frío de La Marín, hasta que nos despedimos y cada cual se fue para su casa. Llegó el lunes y asistimos a la primera reunión de “La peque-María” en el tercer piso del edificio Soto de El Ejido, donde el Taller del Wilo daba sus primeros pasos. Había muchas personas interesadas en esa invitación.

—No quisiera crearles falsas expectativas —empezó el Wilo—. Pero vamos al grano, ¿qué les parece si empezaremos revisando los textos del Hernán?

Sinceramente no me esperaba ese paso de buenos augurios.

—¿En el bautizo de la camisa nueva? —pregunté al Wilo que alguna vez me dijo que ese texto era demasiado Pe Zeta, pero se podía dar un toque más literario.

—El de Monseñor —me pidió que leyera—. Ese texto con una mano de gato estaría listo para mandarle al concurso que me contaste.

—Pero cuenten a todos —reclamó el Leopoldo—. ¿De qué tipo de concurso me hablan?

—Me comentó el Hernán que quisiera enviar su cuento al Concurso Iberoamericano de Cuento y Poesía que es solo para sindicalistas —respondió el Wilo.

Di lectura a todo el texto que no llegaba ni a dos páginas, y el mismo Wilo se interesó en corregirle. No sé realmente si sería por promocionar el Taller o porque verdaderamente le nacía del corazón, pero todos se esmeraron en aportar con recomendaciones que yo iba anotando en el cuaderno. Esa era la diferencia con la Pe Zeta donde no había disciplina, pero aquí se turnaban el “Académico”, los tres Ramiros, el Leopoldo, el René, el Diego, el Pablo y algunos otros más.

—Con estas precisiones y un bizcocho —bromeó el Wilo—, nos invitas a comer morocho. No, no, bromita nomás era. Ya puedes mandarle al concurso.

Por primera vez participé recomendado por un personaje como el Wilo. Era el Concurso Laboral Iberoamericano de Cuento y Poesía Javiera Carrera de Chile, y me propuse cumplir cada uno de los requisitos con el cuento “Monseñor y el lagarto azul” del

seudónimo “Matapiojo” y lo deposité en el correo para que llegara a su destino. Seis meses después, tal como estaba en las Bases del Concurso, recibí un sobre manila con tres ejemplares del libro y una carta que decía: “Resultados del I Concurso Laboral Iberoamericano de Cuento y Poesía Javiera Carrera, Menciones Honrosas: De Ecuador: “Monseñor y el lagarto azul”. En cuanto al diploma, había que retirarlo de la Embajada de Chile, y así lo hice, aunque sin protocolo alguno. Eso para mí fue tan grandioso como graduarme de periodista y tan tierno como el nacimiento de mi hija. Para el siguiente encuentro, le llevé un libro al Wilo como agradecimiento.

Era uno de esos días que me levanté con pie izquierdo y me costaba aceptar que solo se trataba de una superstición. Hice todo lo posible por quitarme el estigma de “mala suerte”, y así me encaminé a la oficina.

—¡Un momento, inspector! —escuché una voz de advertencia que me detuvo—. Tengo algo que le va a dejar sin palabras.

Me quedé perplejo. “¿Qué cosa podría dejarme sin palabras ahora que más las necesito en mi oficio de escritor?”. Regresé a ver, y era el Sobador que se aproximaba reagueando con un costal al hombro.

—¿Qué me dice de esto?

Abrió el costal un poquito para enseñarme el lomo de un gato encerrado que no dejaba de maullar.

—¡Aquí estoy!, ¡aquí estoy! —le decía al animalito a la altura de la oreja sobre el costal—. No te preocupes Cegatón, este señor parece bravo, pero no es de cuidado.

Después, se acomodó el cinturón del terno flojo y me miró fijamente a los ojos.

—Espero que me entienda —se mostraba posesivo—. ¿Qué le parece un gato ciego al que adapté un sensor para ayudar a ubicarse?

Ese momento se me vino el tema del micrófono en el gato Herodes y todas las consecuencias de la evidente complicidad suya. “Acaba de delatarse quién coloca los dispositivos de espionaje”, pensé, “según parece, actúa sin Dios ni ley porque no respeta ni a sus familiares como doña Esther, ni a la recuperación de don Nicanor”.

El Sobador se puso las manos en la cintura y, visiblemente molesto, porque no le contestaba de inmediato, me dijo:

—Parece que no me está poniendo atención. Le decía que...

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpí su pregunta—. Si es así como usted lo plantea, habría que comprobarlo para dar el mérito a quien lo merezca.

—Bien decían que usted se pasa escribiendo poesías al perro y al gato, pero yo no he venido para

que le haga una a mi animalito. Solo necesitaba que alguien diga algo de mi obra social... como usted acaba de reconocer el mérito.

—Interesante, muy interesante —insistí.

—Pero eso no es todo —se entusiasmó más—. Muchos lisiados, humanos y mascotas, que sobrellevaron sus limitaciones con altivez... salieron de mi consulta con prótesis, sensores y todo tipo de dispositivos que yo les colocaba.

Me sorprendió que hubiera algo positivo en esa cara de pocos amigos. Pero el individuo, viendo que no le daba la importancia que él esperaba, recogió su gato ciego en el costal que lo trajo y se retiró, satisfecho al menos, de haberme dejado con la boca abierta.

Aunque el Sobador era un tipo estafalario, al que muchos odiaban y pocos admiraban por sus extrañas curaciones “mágicas”, tenía más ambigüedades que la persecución sutil me permitió descubrir. Recuerdo que una ocasión me dijo: “¿Por qué no se da un saltito por mi casa y le enseño los dispositivos que me dieron los gringos para las mascotas?”. Yo, en primera instancia, no le paré bola porque sabía que era un acto de arrogancia, pero luego me di cuenta que había mucha tela por cortar: tenía una atracción por las mascotas felinas, una relación confesa con alguna Fundación gringa, y otra con los sistemas de información policial. Argumentos que, supuestamente, le daban patente de corso para incidir en el vecindario.

Era como las cinco de la tarde de un día que no tuve clases y me dirigía al lanzamiento de un libro en la capital, cuando un inesperado llamado me sorprendió.

—¡Inspector!, ¡inspector! —escuché entre el tumulto.

“¿Quién podría reconocerme con este apelativo en la ciudad?, me preguntaba mirando a todos lados, “debe ser algún sanquinteño que se extravió y necesita mi ayuda”.

—¡Por aquí!, ¡por aquí! —sobresalía una mano entre la muchedumbre.

Yo seguía caminando despacio hasta que el desconocido se dejó ver.

—¡Profesor! —le reconocí de inmediato—. Yo creí que le había tragado la tierra.

—Todavía no —me respondió con un abrazo—. Solo que me cambiaron de colegio y no alcancé a despedirme.

—En todo caso, gracias por asomarse...

—Tengo información fresca que podría interesarle —me dijo.

—¿Alguna implicación del gato Herodes?, ¿la sobrina del cura?, ¿o la carpintera Farías? —me despertó tremenda curiosidad.

—Algo de la señorita Farías, por supuesto —sonrió—. Parece que sus arrebatos le llevaron a profanar lugares inesperados.

—¡No me diga que la carpintera se atrevió a pintar de azul a todos los santos de la sacristía! —se me encresparon los pelos.

—Por poco acierta —aseveró el profesor—. Dicen que entró a la sacristía con el ánimo de pintar cuanta imagen asomara en su camino y, por suerte, le sorprendió el cura con las manos en la masa y logró disuadirla.

—Fíjese que siendo una noticia tan peluda no he tenido referencia de ella —comenté extrañado—. ¿Será que firmaron el pacto del silencio?

—Así como usted lo acaba de sospechar —aplaudió mi acierto—. Una actitud prudente de parte y parte. ¿No le parece?

—Sorprendente —respondí—. Pero cuénteme toda su versión.

El profesor se sintió satisfecho de haber provocado mi atención y empezó:

—Cuando el cura se dio cuenta que alguien entraba a la sacristía con un tarro de pintura y una brocha, tomó un crucifijo y agua bendita para interponerse en su trayectoria. “Detente animal feroz que Dios nació antes que vos”, dejó el agua en el suelo para ponerle la cruz en sus narices. “Déjese de payasadas, señor cura”, había respondido ella con la impavidez que le caracterizaba, “ni soy vampiro que viene a chupar la sangre del prójimo ni usted va a exorcizarme. Yo solo quiero descargar los impulsos que me están agobiando”.

El cura guardó el crucifijo en el bolsillo y respondió: “Anda a desfogarlos en otra parte, que aquí impera la ley de Dios y del cura que la representa”. La carpintera puso el tarro de pintura en el piso y concluyó: “Siendo así ¿a cómo nos toca?”.

El cura abrió el confesionario y encerró a la invasora con llave. “Ahora sí podemos negociar lo que sea”, propuso el cura, dominando por completo la situación. “Déjeme salir y le prometo que nunca más perturbaré sus dominios”, respondió ella. “Te dejaré salir con la condición de que prometas desfogarte en otra parte”, y le abrió la puerta del encierro. “Al menos recomiéndeme otro lugar para no quedarme picada”, dijo ella mientras salía. “Puedes liberar las palomas que el Sobador tiene en cautiverio como Espíritus Santos”, respondió el cura para ver su reacción. “Lo vengo haciendo poco a poco sin que él se diera cuenta ni ustedes tampoco”, concluyó.

—Con todo lo que acabo de enterarme —retomé mi criterio ante el profesor que escuchaba con atención—, yo estaría seguro de que la carpintera seguirá jugando en el terreno que le pongamos. ¿Qué le parece?

—Al menos, con mi ausencia, no estaré para lienzo de sus pinturas —sonrió.

—Yo de usted no estaría seguro —le advertí—. Si se diera el caso, ella sería capaz de mover cielo y tierra hasta encontrarle.

Una hora después nos despedimos con el profesor. Claro que ya no pude asistir al lanzamiento del libro, pero mientras regresaba a mi casa, fui reflexionando en todo lo que la carpintera sería capaz de hacer.

Volviendo a mis andanzas de “La peque-María” donde conocí a mucha gente vinculada al arte, la música, la pintura, al teatro, que apadrinaba el Wilo, yo me sentía agradecido por las bondades del anfitrión. Sin embargo, el Diego y el Pablo veían el horizonte desde una perspectiva política.

—El compromiso de un escritor no termina enviando artistas a Francia para vivir otras realidades —criticaba el Pablo.

—Tampoco veo que el Wilo tenga la intención de bajarse del pedestal afrancesado para mezclarse con la prole —remataba el Diego.

—En lo personal —tuve que poner mi punto de vista—, no puedo desconocer que la ayuda del Wilo ha sido importante para mí, porque tiene voluntad y su estilo muy elevado.

—Claro que el aporte del Wilo ha sido significativo —retomó el Diego—, pero ¿no te parece que ya estamos grandecitos para caminar por nuestros propios pies?

—¿Estás proponiendo formar otro taller? —le pregunté sorprendido.

—¿Por qué no? —apoyó el Pablo.

—¿Qué te parece Matapiojo? —sonrió el Diego—. Esa es una bandera que está esperando que la retomen.

No hacía falta más argumentos porque ya se dieron los suficientes entre nosotros. A fin de cuentas, claro que el Wilo era buena gente y toda esa nota, pero, aparte de “Monseñor y el lagarto azul” que mandé al Concurso de Chile, todos mis textos que pasaron por el Wilo tenían mezcla de perfume y tufo que muchas veces no era lo que yo quería, porque con el primer aguacero se iba. Por otro lado, también era justo reconocer que el Diego, de su propia voluntad, me advertía inconsistencias o finales inacabados de mis textos. Eso me parecía más natural y duradero que cualquier estrategia literaria, y decidí impulsar el proyecto.

Un viernes por la noche en algún lugar que no recuerdo pero que se me grabó para siempre, se formalizó el nacimiento de nuestro Taller.

—A partir de este momento —solemnizaba el Diego con un vaso de guayusa y nosotros también—. El Pablo, el Hernán, el Diego y los que quieran apuntarse fundan el Matapiojo.

—Daremos acogida a todas las personas que quieran compartir sus textos sin el ánimo de volverse famosos de la noche a la mañana —siguió el Pablo.

Y justo cuando yo barajaba algunas opciones de participación espontánea, aparecieron el Leopoldo, el

Alfredo y otros amigos con unas copas encima para volverlo todo líquido, estropeando la emotividad que me embargaba.

—Estamos celebrando con el Leopoldo que mi libro ya salió —sacó el Alfredo un ejemplar de su mochila para indicarnos.

—“Veneno para poetas” —leyó el Diego su título—. Este será el primer libro de Matapiojo. Debes escribir alguna dedicatoria para que me lleve.

El Alfredo sacó un esfero y le escribió algo en la primera página que no lo pudimos ver.

—Solo déjenme leer una partecita —el Alfredo retuvo el libro en sus manos—. “Ya no hay tiempo de saber / si soy un héroe / o si tengo / el más bonito de los traseros. / Sólo sé que he asumido la postura fetal / de una rara / y perfecta criatura / que deyecta / en medio de estas guerras”.

—Nosotros también estamos celebrando el nacimiento de Matapiojo —informó categóricamente el Pablo a los recién llegados.

—Entonces... acójannos en su seno —propuso el Alfredo.

—A todos quienes tengan la mente más abierta que los literatos y anarquistas —se pronunció el Diego.

—Esto no puede quedar así —sonrió el Leopoldo—. Vamos a mi casa en San Juan para tomar nos un traguito como se merece.

Hasta que llegamos a un modesto cuartito que compartía el Leopoldo con otro estudiante del Carchi. Era como las once de la noche cuando llegamos, el compañero se aprestaba a dormir, pero, ante el pedido del Leopoldo, se levantó presuroso a celebrar con nosotros el nacimiento de Matapiojo.

“Éramos los elegidos del sol y no nos dimos cuenta”, era el verso de Huidobro que nos caía como anillo al dedo cuando recordamos a la fiebre de escritores que sacudió a la sociedad ecuatoriana, en la década de los ochenta. Es que teníamos chispa, aunque no nos animábamos a explorarla lo suficiente, solo intentos con uno que otro lauro de medio pelo que apenas servía para alimentar la vanidad. Porque una parte de voluntarios, en mayor o menor medida, logramos publicar nuestra incipiente creación en alguna modalidad que permitía el mercado.

Era el boom de los poetas, donde muchos le apuntaban a los talleres para salir del anonimato y embarcarse en la corriente de la literatura vanguardista. Claro que este inusitado movimiento provocado por Miguel Donoso desde la Casa de la Cultura generaba una forma de quitarse el miedo por publicar y, mucho más si salía con la venia de los ilustrísimos que por esos tiempos se venían multiplicando como hongos

de lluvia por todas partes. En medio de esa maraña de pretendientes por la intelectualidad surge el Matapiojo para abrir espacios en sectores populares.

Es así cómo irrumpe la propuesta “Poesía al aire libre desde el parque de El Ejido” para romper el tabú de que la poesía es patrimonio exclusivo de las élites.

—Algunos amigos músicos y teatreros me prometieron traer sus instrumentos para actuar con nosotros de forma solidaria —sonrió el Diego.

—Cada uno de nosotros debe traer a sus familiares para que la gente se acostumbre a vernos —propuso el Alfredo—. Es la única forma de multiplicar el público.

—Nos tomaremos un pedazo de parque —propuse yo—. Más o menos el espacio entre cuatro árboles para tender cuerdas y colgar los poemas, como si fuera ropa lavada.

—Ya verán que será una propuesta innovadora —volvió a entusiasmarse el Diego—. Imagínense, unos castillos medievales de cartón diseminados como pueblito con techos de poemas.

Las propuestas abundaban, dando a entender la predisposición y entusiasmo que nos animaba, para el día que Matapiojo se presentaría en sociedad.

Ese domingo se abrió la exposición con poemas escritos en cajas de víveres y con formas de las más diversas, incluso casas de diferentes estilos que cumplían la doble función de diseño arquitectónico y valla

poética en sus paredes. Nos acompañaron cantautores que sintonizaban con nuestra propuesta como Héctor Napolitano, Hugo Idrovo y más teatreros que hacían su trabajo dentro del escenario trazado por poemas escritos en cartón que exhibíamos de un árbol a otro. La exposición fue de diez de la mañana a cuatro de la tarde, donde los espectadores podían pasar revista de todos los poemas colgados como ropa en una conjunción poética/arquitectónica/artística.

Nos visitaron todo tipo de gente, llamados por la música, la cantidad de gente que se acercaba, y esa colorida motivación en favor de la cultura popular. Algunos medios de comunicación se hicieron eco de esta propuesta novedosa y política; aunque, obviamente, no faltaron voceros de la competencia criticando que esta presentación de Matapiojo era la plataforma populista de un conocido partido de izquierda. Independientemente de la intención que tendría la crítica al trabajo que realizaba Matapiojo, el objetivo que nos trazamos se había cumplido, sobre todo sin gastar papel que muchas veces va a la basura sin cumplir su cometido. Hasta había curiosos que nos preguntaban: ¿van a repartir esos poemas de cartón? Pero nosotros les convocábamos para las cuatro de la tarde que desmantelaríamos el “escenario” y cada cual podría llevarse esos textos como una forma de socializar la creación poética, reproducir esos trabajos y, al mismo tiempo, recuperar los parques para la gente de a pie.

El Diego siempre llevaba en la sangre eso de gestar instrumentos culturales. Escribía sus propios libros y motivaba otros de carácter colectivo. Recuerdo que le ofrecieron un espacio en la Casa de la Cultura para publicar un tabloide con textos de Matapiojo, donde combinaría la crítica literaria con la creación artística y la ilustración. En efecto, el periódico salió como “El escarabajo utópico” donde apareció un texto mío sobre los teatreros de la calle, una caricatura familiar y otra historieta de cuatro cuadros.

A pesar de las temporales distancias con el Wilo, a la vuelta de la esquina los tres nos volvimos a encontrar con él, pero no solamente eso, sino que nos hizo una propuesta.

—Qué bueno que les encuentro juntos —nos dijo el Wilo, tratando de abrazarnos a los tres, como si fuera pulpo.

—¿Qué te traes entre manos? —le dijo el Diego—. Habla ahora o calla para siempre.

—Quiero proponerles que armemos una peña en el sur.

—No me sorprende —ironizó el Pablo—. Estamos enterados de que andas poniendo peñas por todas partes.

—No precisamente eso —se rascaba la cabeza el Wilo—. Es que no puedo negar que me interesa la cultura con la bohemia adentro.

—¿Cuál es tu verdadero plan? —le preguntó el Diego.

—Instalar una chévere peña en tu casa de la Michelena —respondió el Wilo.

—Mmmm —sonrió el Diego—. No me desagrada la idea, sobre todo porque estamos desocupando la casa y los padres de la Sofía no quieren saber nada de arrendatarios.

—Entonces —le abrazó el Wilo—. No se diga más, el trato está hecho.

—Conversaré con la Sofía para diseñar un modelo que calce con la propuesta.

La respuesta no se hizo esperar porque la construcción se realizó en un dos por tres, no sé cómo lo hicieron, pero en pocos meses la peña “Un café para Platón” ya estaba lista y en funcionamiento para los bohemios del sur.

El día de la inauguración teníamos una obra con unos teatreros colombianos que estaban de paso por la ciudad. El escenario construido por el Diego y la Sofía, que eran arquitectos, fue concebido precisamente para eventos culturales, donde los paisas se sintieron muy cómodos con el fondo oscuro de las paredes que permitían su espectáculo de mimo con rostros y manos blancas. El local vanguardista estuvo completamente

lleno de escritores, artistas, cantautores, pintores, amigos y curiosos de todo tipo. Esa noche por poco me atraso, pero logré llegar cuando todo estaba a media luz y apenas podía caminar sin tropezarme con las mesas y bancos del armonioso desorden que proponía “Un café para Platón”.

Mientras los paisas del mimo dejaban boquia-biertos a los asistentes, el Wilo que era el ideólogo de las peñas preparaba el fondue que era su especialidad, el Pablo las guayusas con naranjilla que mejor le salía, el Diego y la Sofía cobraban, yo servía las jarras a las mesas. De lo poco que pude ver, porque había mucho por servir, el espectáculo del mimo fue muy aplaudido porque el movimiento de rasgos blancos sobre fondo negro tenía un efecto espectacular.

Después que los colombianos se fueron, los asistentes de las mesas ya ni ponían atención a la música de fondo que no dejaba de sonar como disco rayado, porque unos hablaban más alto que otros. Ya en horas de la madrugada, únicamente circulaban las jarras de guayusa que prácticamente ni les tomábamos en cuenta para cobrar, porque cada matapiojo estaba instalado en alguna mesa. Unos asistentes conversaban de libros, otros de cine, de canciones, y a mí me tocó un ingeniero que relataba sus experiencias en la fallida guerrilla del Toachi donde se entrenaban de forma precaria, hasta que toda coherencia perdió sustento y la esencia de la noche terminó. Dormí sentado unas dos horas por-

que era sábado y tenía que asistir al mercado de San Quintín para cumplir mi trabajo, el compromiso con el periódico, y preparar el nuevo tema de cartelera que ya parecía caminar por sus propios pies.

Sin haberlo imaginado, la carpintera Farías se había convertido en mi propia sombra. En todas partes estaba ella o se notaba su presencia como piedra en el zapato. Por eso, no había que perderle de vista sin involucrarme demasiado.

—¿Ha visto a la carpintera estos últimos días? —le pregunté a doña Esther cuando servía los platos.

—¿A esa bruja pinta gatos? —me respondió de mal humor—. Hasta de la sobrina del cura le podría dar razón, menos de esa infame.

Era evidente que, en San Quintín, así como muchos parroquianos la consentían, otros la tenían en mal predicamento. Pero, ante los prejuicios de doña Esther, yo debía explicar de inmediato para que no me malinterpretara.

—Desde luego que también me interesa la sobrina del cura y su familia de gatitos —me volví cariñoso—. A propósito, ¿qué sabe de su Herodes?

—Prefiero no responderle, señor de los chistes —recogió los platos en silencio para llevarse a la coci-

na—. Me sorprende la pregunta, porque a usted solo le interesa una escoba voladora con la carpintera a bordo.

—No es bueno hablar así —le reclamé desde la puerta que daba a la cocina—. ¿Qué tal si le cae una maldición al Herodes y toda su prole?

Ese momento me salí porque la doña parece que se resintió y, sobre todo, porque don Nicanor dejaba de roncar y eso significaba que entre los dos le habíamos despertado. Ya en la calle me sentí más tranquilo, husmeando para un lado y para otro, por si aparecía alguno de mis tormentos femeninos.

Pasé frente al portón de la sacristía y miré por la rendija que la sobrina estaba entregada al voluntariado de gatos, algo que alivianaba el peso de mi conciencia. Después pasé frente a la carpintería y miré hacia adentro, ahí estaba la Farías con su delantal de cuero, lijando figuras con una máquina que provocaba ruidos espantosos. Esa era la carpintera Farías, una mujer de armas tomar que provocaba todos los ruidos que se le antojaban, sin importarles que otra persona le estuviera mirando las costuras. “¿Cómo transformar esa fortaleza del mal en algo positivo para la causa?”, esa sería la pregunta, aunque desde mi perspectiva, era prioritario soltar las palomas del Sobador porque creía tener atrapado al Espíritu Santo. La carpintera terminó de lijar y desapareció de la mira, pero después asomó con un tarro de pintura para los animalitos de balsa,

y me retiré, porque ese evento inesperado me rompió todos los esquemas.

Así me pasé toda la tarde, yendo y viniendo entre el centro de salud y las cuatro cuadras a la redonda que comprendían el escenario del espionaje, aunque sin nada que me permitiera un encuentro con ellas. Hasta que, justamente cuando pitaba el último turno para regresar a la capital, distinguí al gato que salía de la tienda de doña Esther arrastrando una fila de salchichas. Esa era la mejor demostración paternal que lograba configurar, el Herodes del cuento llevando provisiones a su prole.

Días después que pasaba a la altura de la tienda, vi con el rabo del ojo que doña Esther hacía malabares por llamarme la atención con la sonrisa en los labios. Yo dejé de murmurar y le puse atención, sobre todo, porque a esa edad era irresponsable estar saltando de esa manera. No quise acercarme de buena gana porque tenía fresco el desaire de días atrás, pero al menos me senté en la vereda a interpretar el lenguaje de sus gestos. “Nada por aquí”, señalaba a la casa de la carpintera, “nada por acá”, a la sacristía. “Las dos”, seguía, “le dejaron con el rabo entre las piernas”.

Pero lejos de la ironía que caracterizaba a la doña, descubrí que tanto la interpretación de los sueños como el ejercicio de descifrar el lenguaje gestual a distancia, eran necesarios para mejorar la relación entre vecinos. Yo empezaba a creer que podría encontrarme con algún

discapacitado para probar esta forma de comunicación o seguir aprendiendo.

Resulta que quien diseñaba “La pluma sanquinteña” también lo hacía para el periódico “La Machaca” y estaba en la lista de los más buscados de la Seguridad Política, seguramente por haberle fichado como subversivo por su pelo largo o pintando grafitis en las paredes. Por aquellos tiempos, cualquier alteración de las “buenas costumbres” era suficiente para caer en desgracia o desaparecer del mapa, de la misma forma que todo aquél que obstaculizaba los planes de Febres Cordero de “pacificar” el país era encasillado como subversivo, para que su aparato represivo actúe.

Lo cierto es que en alguno de esos momentos le habían tomado preso al diseñador Caín, pero escapó del Escuadrón Volante para esconderse en la Aso de Periodismo, entre enmarañado y herido por un disparo de bomba lacrimógena en la pierna. Me enteré esto último cuando me encargaron que comprara medicinas en la farmacia.

—¿Quién es el herido? —les pregunté a quienes tomaban la posta en la Aso, donde nos turnábamos para protegerla de la amenaza policial.

—Ya lo irás conociendo —me respondió uno de ellos—. No estamos autorizados a dar más información.

Claro que nada era seguro en la Universidad, ni siquiera los mismos compañeros que conforme pasaba el tiempo y las cosas se agudizaban, se lograba clarificar su posición tanto de cuadros políticos de izquierda, espías de derecha y hasta de Seguridad Política. Precisamente esto sucedió con el compañero Arcadio que parecía buena nota, tocaba la guitarra y le gustaba farrear, incluso se le atribuyó un romance con la compañera Mariana del mismo grupo de farreros, pero que desapareció de la noche a la mañana y no había poder humano que lo localizara. Tiempo después se comentó que había sido agente de la Policía y que, luego de lograr información, lo sacaron del país con rumbo desconocido.

El caso es que regresé con las medicinas para el personaje de quien tenía indicios, y le entregué en sus manos, aunque no me dejó ver su cara porque era muy desconfiado.

—Gracias bro —exclamó fríamente.

Me quedé unos segundos buscando la manera de ayudar en algo más porque sabía que estaba herido, pero no quería conversar.

—¿Cómo sigues? —le pregunté—. Podría curarte la herida porque trabajo en salud y algo se aprende.

El Caín, que era de pocas palabras y tenía pinta de rockero con su pelo largo y completamente vestido de negro, finalmente dejó ver una sonrisa de ironía.

—Mi padre es médico —se animó a soltar unas palabras—, pero no quisiera que sepa mi situación.

—¿Cómo se llama tu papá? —pregunté de inmediato—. Conozco a muchos médicos.

—No te voy a decir —me respondió un poco molesto.

Ese momento, la casualidad de un giro facial entre la semioscuridad me permitió reconocer un parecido con el doctor Barriga, con quien trabajamos una temporada en San Quintín.

—¿Qué me dices del doctor Barriga? —esperaba su reacción.

—¿Cómo lo conoces? —se sorprendió el rockero.

—Por los rasgos y los gestos que estoy descubriendo de ti.

—¿Nunca te habló de mí? —parecía interesarse.

—Alguna vez me comentó que tenía un hijo descarriado...

—¿Cómo va a saber de su hijo si nunca vivió con nosotros? —se molestó malamente.

—Mejor cambiemos de tema —traté de calmar las pasiones porque le noté irritado—. Me comentaron que diseñas “La pluma sanquinteña”.

—La pluma sanquinteña, La Machaca, y muchas más —empezó a entrar en confianza.

—¿De manera que también colaboras con el periódico de San Quintín? —me sentí más identificado—. Cómo es el mundo de pequeño.

Ese momento entraron dos estudiantes de enfermería para curarle la herida y enseguida me despedí del Caín.

—Disculpa —me sorprendió el rockero—.
¿Puedo pedirte un favor especial?

—Dime nomás lo que quieras —me detuve un rato.

—Necesito mi plancha de serigrafía para grabar unas camisetas —me suplicó—. Es un poco pesada, pero nadie va a sospechar si la traes en un cartón de jabones.

No me podía negar, dada la relación que yo tenía con su padre, y él con la causa del periódico sanquinteño. Al siguiente día me bajé del bus con ese cartón que pesaba más de la cuenta y avancé por la Mercadillo hacia la Universidad Central. Había mucha gente que subía y bajaba como que nada pasaba, a pesar de que no cesaban los gases lacrimógenos y los disparos de bombas por todas partes, como que el ciudadano común ya se había acostumbrado a este ambiente agitado. Yo estaba por cruzar la América con la caja de cartón que me tenía sudando la gota gorda, cuando se acercaron un par de individuos con cara de pesquisas.

—Le tenemos chequeado por todo el bochorno que nos hizo pasar con la mierda empaquetada —sonrió burlonamente uno de ellos—. Sabemos que trabaja con caca, y no queremos hacer el ridículo otra vez hasta que estemos seguros del trasfondo de este jueguito.

Me armé de valor y puse la caja en el suelo para ver en qué quedaba esta situación. Ellos seguían tramando algo a mis espaldas, pero yo ni chis ni mus porque no sabía qué giro podía tener ese encuentro, hasta que uno de ellos se puso al lado mío.

—No vamos a interferir sus labores cloacales ni a caer en una provocación innecesaria —regresó a ver a su compañero para que lo asintiera—. Coja su caca y esfúmese.

Hice la venia sin decir ni pío, agarré nuevamente la caja de cartón y crucé la calle por la Facultad de Jurisprudencia, camino a la Aso de Periodismo. Por aquellos tiempos no había clases regularmente, unos días sí y otros no, pero en la Aso Escuela los allegados no dejaban de visitarnos. Llegué con la lengua afuera, puse la caja en el piso y toqué suavemente la puerta para que diera el sonido de la clave acordada.

—¿Quién es? —respondieron de adentro.

—El demonio con sus mil cachos.

—¿Cuál es la contraseña? —exigió esa persona.

—Maduro con queso.

—¿Y qué más? —formalizó la condición para dejarme pasar.

—Con mucho, mucho queso.

La puerta se abrió despacio, pero sin una persona que saliera al paso.

—Aquí está la plancha de serigrafía —coloqué sobre una mesa metálica.

Nadie se atrevió a contestar, como que me apresaba a presenciar alguna broma de mal gusto, pero cuando me disponía a entrar donde el Caín, salió una chica del baño.

—Te dejo la posta —me dijo—. Alguien vendrá después a llevarse el aparato.

Entonces entré al cuarto del enfermo.

—¡Misión cumplida! —exclamé—. Afuera queda la plancha de serig...

La cama donde descansaba el Caín estaba completamente vacía, como que había cambiado la casa de seguridad. Yo no tenía a quien averiguar, y esperé una hora hasta que llegó el relevo que tampoco sabía dónde le tenían al enfermo.

Necesitábamos nuevos espacios de difusión de “La pluma sanquinteña” y, conociendo la proximidad de las fiestas de Santa Teresa, logramos incluir en el último número un reportaje del Emilio sobre algún evento histórico de “La hacienda” en el proceso independentista del que muchos sentían orgullo. Así se asignaron tres espacios publicitarios que implicaban el compromiso de asumir un número determinado de ejemplares para la venta. El grupo del Emilio se comprometió a estar allá a las seis de la mañana, antes de que empezara la misa con la que se abrirían las fiestas. Aunque yo estaba interesado en asistir a esas fiestas, no podía acompañarlos por mi trabajo en el mercado donde otro grupo vendería el periódico de puesto en puesto. Pero a eso de las dos de la tarde ya no pude contener

la curiosidad y decidí trasladarme, pese a que el cielo se descompuso con amenaza de lluvia y, en efecto, cuando llegué empezó a llover y la gente se ubicaba bajo los tablados y las carpas de ventas que poblaban esa enorme pampada que la habían improvisado como plaza de toros. Había mucha gente en las fiestas, pero yo no conocía a nadie porque la mayor parte eran santateresinos residentes en Quito que se convocaban solo por estas festividades. Recorrí los puestos de fritada, de tortillas, de caldos de 31, pero todos los visitantes eran desconocidos y el que menos ya estaba pegado los tragos o en proceso de embrutecimiento.

En eso, encontré a un grupo de jóvenes que conversaban, uno de ellos con un periódico de “La pluma sanquinteña” en el bolsillo trasero. “Por aquí deben estar los panas”, me dije y seguí buscando.

—¿Han visto a la gente de “La pluma sanquinteña”? —me aventuré a preguntar dentro de ese grupo.

Uno de ellos me señaló la misma camioneta en la que yo llegué, pero que ya estaba de regreso.

—Por allá están los añiados que no quieren tomar una copa —dijo uno de ellos—. No me diga que usted también es uno de ellos.

Ese momento dejó de llover y salió el astro rey en toda su majestuosidad.

—Colaboro con “La pluma sanquinteña” —me identifiqué—, pero me quedo con ustedes para conversar un rato.

Estaba en la disyuntiva de regresarme porque no conocía a nadie, pero esa última reacción me pareció un reto al que debía responder. La fiesta se reinició con los ritmos musicales de una banda de pueblo, muchos se movilizaron para salir al ruedo, excepto dos con uniforme militar que se quedaron conmigo.

—Periodista de “La pluma sanquinteña”, ¿no? —ironizó uno de ellos, mientras sacaba una botella de aguardiente—. Se le nota la parada.

—Este traguito queremos tomarnos con usted —me dijo el otro militar—. ¿Acepta la invitación de estos milicos?

—Por supuesto —respondí, cogiendo la copa de lata—. Estamos en las fiestas y debemos confraternizar.

Hasta ahí me acuerdo y puedo dar fe. Ya en la madrugada me desperté completamente enlodado desde los pelos hasta las botas, como si me hubieran revolcado en la plaza mojada. Era un trance difícil de descifrar, pero temblaba de frío sin saber ni donde estaba, en eso distinguí una fogata en medio de la oscuridad de una casa grande a donde me arrastré porque no podía ponerme de pie. Conforme me aproximaba, iba superando el insoportable frío hasta que logré colocar mis pies amortiguados cerca del fuego; poco después empecé a salir un vaho parecido al humo y los recogí. Había otros individuos descansando como bultos cerca de otros fuegos, allá logré llegar para desentumecerme por todos lados, hasta quedarme completamente dormido.

—¡A San Quintín!, ¡a San Quintín! —escuché que gritaban cerca de la casa de hacienda donde nos habían acogido a todos los rezagados.

Nunca más supe de esos milicos, ni tampoco qué demonios me dieron de beber para perder la conciencia. Cuando quise socializar esta historia, a nadie le interesó porque todos asumieron que fue por efecto de mi borrachera.

Las cosas con el periódico había que manejarlas con sumo cuidado, sobre todo porque yo era un empleado público y podía presentarse algún inconveniente en la marcha.

—No pasa nada —me decía el médico Recalde—. Nosotros trabajamos de lunes a viernes y esos manes que hacen bulla solo aparecen los fines de semana.

—Ahí está el problema, doctor —era mi respuesta cada vez que se ofrecía—. Esos individuos vienen el sábado al mercado y podrían encender la mecha que entre semana pasa apagada.

Para el siguiente mes preparé otro reportaje que se refería a “La fortaleza de Achupallas” con un dibujo que iba acorde con la temática. Los dos salieron en ese número, pero no se logró vender toda la producción porque ese sábado yo llegué tarde, llovió, y las vendedoras del mercado no les compraron a otros porque supuestamente me comprarían a mí, algo que nunca sucedió.

Todo parecía bonito mientras programábamos el siguiente número, buscábamos notas, ilustrábamos y lográbamos sacar a la distribución. La venta en las calles y el trueque en los negocios de alguna manera también, pero dentro del mercado, en los puestos cubiertos donde vendían el hornado y la cerveza, era un infiernillo que ya empezaba a generar no solo discusiones sino golpes y vandalismo.

Las frecuentes divergencias entre los que estaban a favor y los que estaban en contra llegó a oídos de instancias gubernamentales, que encargaron a las autoridades del gobierno tomar las medidas necesarias.

—No se preocupen —nos dijo el Teniente Político—. Son problemas por causa de las cervezas. Pondremos policías dentro del mercado para evitar la violencia.

Pero, si bien la beligerancia se observaba dentro del mercado, también las mentes sanquinteñas se iban complicando porque muchos intereses se sentían afectados por las críticas del periódico, sobre todo los transportistas, hasta que luego de un paro general las represalias se precipitaron.

—¡No hay puesto para los comunistas!, ¡no hay puesto para los comunistas! —gritaban los conductores con la puerta cerrada.

Era un viernes por la tarde que empezaban a llegar las camionetas con productos del mercado para la feria del otro día. Estábamos haciendo tiempo en el balcón del centro de salud que daba al mercado, hasta que diera las cinco para viajar a la capital.

—¿Cómo les va con “La pluma sanquinteña”? —me preguntó el médico—. Buena nota que encaren a los transportistas, pero deberían hacerlo con tino porque parece que no se cuidan las espaldas.

—Los directivos del periódico deberían hacer los correctivos del caso, aunque, mucho me temo que lo están haciendo con pleno conocimiento de causa —comenté.

—¿Quiere decir que están provocando a la gente? —sonrió el médico.

—Yo diría que están ceñidos al libreto de la conciencia de clases —opinaba yo—. Se puede lograr en unos casos, pero la sociedad sanquinteña es una sola familia cuando se trata de defender sus privilegios.

En eso llegó una paciente de la tercera edad que tenía simpatía con el médico y le entregó un pasaporte extranjero que había encontrado botado en la parada del bus.

—A usted le ha de servir esto que me encontré en la calle —le dijo al doctor—. Como le veo con extranjeros... es posible que alguien lo ande buscando.

—Encárguese de esto —puso el pasaporte en mis manos—. Puede poner un anuncio en el mercado y otro en la parada de buses para ver si asoma la parte interesada.

—No es necesario involucrarnos de esa manera —me opuse al mecanismo—. Ya pensaré alguna forma que no haga tanto ruido.

Paulin era el nombre de la italiana que tenía un gesto de asustada en la foto. Seguramente le robaron la mochila y arrojaron el pasaporte a la basura. No había ningún indicio que nos permita localizarla para entregar ese documento, pero lo guardé en mi mochila por si algún momento de la vida se cruzaba en mi camino. Quién hubiese creído, pero ese momento llegó muy rápido, como si hubiésemos puesto bocas o carteles de “Se busca una italiana”. Un sábado en el mercado reconocí entre tanta gente a ese rostro de extranjera asustada y cabello ensortijado del pasaporte.

—¿Paulin? —me interpuse en su camino.

Ella se asustó mucho hasta quedarse estática, miró a su amiga también extranjera que le acompañaba y después a mí.

—No se preocupe —le tranquilicé—. Nada malo, todo lo contrario.

Saqué el pasaporte del bolsillo y le entregué.

La extranjera no lo podía creer. Tomó el documento en sus manos como autómatas, vio su foto, el nombre, y me hizo un temeroso gesto de agradecimien-

to. La amiga que entendía mejor el castellano y estaba más tranquila, me dio las gracias y se fueron antes de que yo me decidiera a pedir recompensa.

Volviendo a “La pluma sanquinteña”, para bien o para mal, se había logrado sacudir la conciencia de los pobladores. Pero claro, en mi posición de empleado público, corría riegos innecesarios. Sobre todo, los comerciantes de carne y productores de lácteos que prácticamente les habían declarado la guerra a los gestores de “La pluma sanquinteña”, empezaron a tomar distancia conmigo.

—Soy estudiante de periodismo —trataba de ponerme a buen recaudo—. A mí solo me interesa conocer sus procesos de gestión y la forma cómo se distribuye la noticia.

—Pero su nombre también está en el periódico —asintió una vendedora—. No está bien que niegue ser parte de ellos.

Hasta que llegó la gota que derramó el vaso, cuando una de las colaboradoras del periódico, que también daba clases de danza a los niños, hizo un comentario bastante mordaz de esa persecución. Ese mismo sábado, los choferes apedrearon su auto para que nunca más volviera por San Quintín.

—Nos estamos exponiendo demasiado —comentaba el ilustrador del periódico—. No olviden que cuando se afecta a los buseros son capaces de cualquier cosa.

—Es verdad, la situación se nos está escapando de las manos —reflexionó quien hacía de administradora—. Cometimos algún error que nos está pasando factura.

—Es tan claro como el agua —tomé la palabra para dimensionar el estado de cosas—. Muchos dicen “pueblo chico infierno grande” para referirse a las reacciones, pero la razón no pide fuerza, el poder económico de los sanquinteños se asienta en tres pilares: los transportistas, los comerciantes y los productores de lácteos. Es un pueblo donde todos están emparentados entre sí para defender sus intereses.

—No hace falta más piola al asunto —interrumpió el Emilio—. Disfrutamos de lo que hicimos y aprendimos de la experiencia. Es hora de recoger nuestros fusiles y mandarnos a cambiar.

Cierto lunes que debía regresar a la capital por una gestión inesperada, encontré a una persona con bastón de ciego esperando en la parada de bus. Decidí, entonces, acercarme para ayudarle a subir al bus, orientarse, etc., etc.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté al individuo que todavía estaba de espaldas.

Se dio la vuelta y me respondió como que me estuviera viendo.

—No me digas que se nota mi ceguera —se quitó las gafas de marco blanco—. ¿En serio?

—Supongo que no eres de aquí y podríamos charlar un rato mientras esperamos el bus —busqué otra explicación.

—Me llamo Bonifaz —me extendió la mano—. Vine por visitar a mi parentela, pero el negocio está cerrado. Alguien me dijo que había un rótulo de “Cerrado por vacaciones”, y traté de hacer amigos, pero aquí nadie me para bola. Parece que en San Quintín todos están sordos de remate.

Ese momento llegó el transporte y se detuvo junto a nosotros. Subimos, y enseguida encontramos puesto en la última fila. El Bonifaz recogió su bastón plegable y se acomodó junto a la ventana.

—Ahora sí, cuéntame —cruzó los brazos—. Tampoco eres nativo de por aquí, ¿verdad?, ¿qué andas haciendo?

—Soy servidor público asignado a esta parroquia —concreté—, pero viajo a la capital por cuestiones administrativas.

—Entonces —se animó a conversar—. Debes conocer a mi parentela de la Carpintería Farías.

—Soy amigo de la recepcionista —afirmé.

—¿Alguna intensión de parte y parte? —me preguntó con picardía.

—Ninguna, ninguna —me asustó solo de pensarlo.

—Ya que tenemos algo en común —topeteaba el piso con el zapato como conectándose con algo—, creo que podemos conversar de ella, ¿no?

—Claro que sí —me pareció como caído del cielo para sacarle algún secreto de su boca.

—Hoy quería concretar algo que estamos tramando desde hace tiempo —hizo pausa, como queriendo asegurarse de que no hubiera interferencias—, porque soy pintor y escritor.

Me quedé mudo, sin atinar a digerir lo que estaba escuchando, pero al mismo tiempo no quería darle a entender que me parecía imposible su proeza. Entonces, el mismo Bonifaz retomó el diálogo después de mi prolongado silencio.

—Yo hago mis trazos del dibujo y ella los rellena de pintura —otra vez hizo pausa para detectar alguna risa furtiva—. Yo le dicto lo que pienso y ella me lee lo que escribe para saber si estamos conectados.

—¿Qué tipo de escritos tienes? —me despertó el interés.

El ciego abrió su mochila y sacó un libro.

—Aquí tienes mi última publicación —puso en mis manos para que lo revisara—. “San Quintín a la hora de la hora”.

—¿Y cuál es esa hora? —pregunté de inmediato.

—Eso es exactamente lo que andamos buscando.

Confieso que ese encuentro con el ciego y todas sus virtudes fue el mejor aprendizaje de los últimos tiempos.

—Mi prima es muy operativa porque fabrica gatitos de balsa y los pintan de azul para venderles a los gringos —me hablaba bajito—. Todo esto no debe salir de nosotros porque se arruinaría el negocio.

—Al contrario —traté de aclarar—. Eso hablaría bien de ella porque permite el sustento de muchas familias.

—Ahí está el problema —siguió hablándome bajito—. Si se hace público, se acabaría el encanto y la rentabilidad que genera lo clandestino.

El Bonifaz se sentía plenamente orgulloso de su prima carpintera.

—Es más —retomó el ciego—. ¿Sabes cuál es el delirio de ella?

La sola mención de “delirio” era por demás tentador para seguir escuchándolo.

—Mi prima siempre fue medio rayada —empezó a explicar—, pero nunca perdonó a sus hermanos que cortaran el arbusto de su casa.

—¿Arbusto de qué? —pregunté extrañado.

—De arándanos... eso, arándanos.

—Aaaa —el tema de la carpintera empezaba a tener sentido—. Un arbusto de arándanos azules.

—Claro que podrán preguntarse los psicólogos: ¿por qué el azul se estancó en el subconsciente de ella

y no los arándanos? —se sintió un prolongado silencio como de reflexión.

Probablemente los pasajeros estaban escuchando nuestra conversación, porque se oía murmullos como de risitas o golpes al asiento. Pero eso era lo de menos, porque ya estaba juntando algunas piezas del rompecabezas.

En eso, el Bonifaz se dio cuenta de los ruidos de la ciudad y se levantó asustado.

—¡Ya estamos llegando! —aseveró como si estuviera viendo—. Voy a enviar un mensaje para que me vengar a ver.

Sacó el celular y se dio la vuelta para escribir un mensaje, luego desenvainó su bastón metálico y se alistó para salir.

—Eso es todo por hoy —me dijo, dándome la mano—. Ya me vienen a retirar.

Aunque todo lo dicho de su prima podría ser un invento de última hora, intentaba agarrarme de algo para sacarle provecho hasta donde se pudiera.

Tanta expectativa me había provocado el ciego, que ese mismo día me conseguí un telescopio para observar a la casa de la carpintera desde lo alto del centro de salud. El objetivo era desentrañar su casa por dentro para ver si encontraba algún indicio de su obsesión donde guardaba las obras terminadas. Entonces me puse a escribir: “No veo a la carpintera por ninguna parte, solo montones de gatos de madera, tal como me dijo su primo”.

Ese domingo y los demás domingos de las siguientes semanas aparecieron murales en tonalidades azules en las paredes de San Quintín. Un mes después fueron gatos azules con diversos motivos de convivencia doméstica. “¿Quiénes serán los artistas y qué estarán buscando con estos rasgos?”, me preguntaba. “La carpintera no podría ser por esa actitud caprichosa que tiene”, seguí especulando, “a no ser que... quien sabe”. Este inesperado aporte a la estética mural era un atractivo que muchos no se resistían a contemplar. Pasaron los días y hasta yo mismo empecé a sentir interés por pintar en esas paredes, aunque no estaba bien aprovecharse de algo que no me correspondía. Hasta que ya no aguanté la curiosidad y me quedé a dormir en el centro de salud para madrugar a verlos. Al fin y al cabo, yo también llevaba la sangre muralista de mis ancestros.

Todavía no aclaraba lo suficiente el día cuando distinguí el perfil de sus autores, gracias a una linterna que se interponía entre ellos y la pared.

—¡Ajá! —le sorprendí al Bonifaz junto a su prima y un ayudante gringo—. Era de suponer que se trataba de ustedes dos.

Ellos se asustaron malamente, creyendo que se trataba de la guardia metropolitana y levantaron las manos manchadas de pintura.

—No tienen por qué asustarse —traté de tranquilizarlos—. Solo es mi sorpresa de encontrarlos con las manos en la masa. ¿Quién hubiera creído que el Bonifaz al fin encontró a su prima para hacer de las suyas?

—Si te confiaba mis planes muralistas no me hubieses creído —me abrazó el ciego con sus manos tiznadas—. Como te dije antes, yo hago los trazos de carbón y ella los brochazos de pintura.

Por primera vez le tenía a la carpintera a pocos metros de mí, sin la intención de ofenderme, perjudicarme o atraparle al gato de doña Esther para darle otra mano de pintura.

—¿Y el gringo? —pregunté del extraño que los acompañaba.

—Un amigo de mi prima —me respondió entre dientes.

La carpintera se aproximó furibunda, creyendo que tramábamos algo contra ella, pero al cerciorarse que no era así se retiró lentamente a su puesto.

—Las guías de carbón y la pintura fosforescente se ven muy bien —comenté para alimentar sus ímpetus.

—¿No se te antoja un poquito de fama? —bromeó el Bonifaz.

—Claro que se me antoja —me emocioné de buena manera—. Yo también podría aportar a la estética vanguardista en otra pared.

—Pero a la gente le encanta los tonos azules —me advirtió la carpintera.

—Lo que le gusta al vecindario son las paredes llenas de vida —le aclaré—. Por mi parte, mantendré la propuesta de colores diversos.

Entonces acordamos con ellos que el próximo domingo yo traería mi propia pintura, porque ellos solo tenían tonalidades de azul. Pero esa noche yo me cuestionaba: “Espejito, espejito, si el primo de la carpintera, con toda su ceguera a cuestas, se da modos por agarrar el horizonte de los iluminados, ¿por qué yo no?”. Pero, por suerte, enseguida se me ocurrió la respuesta para salir por mis fueros: “solo es cuestión de ingenio con un poco de perseverancia”.

Salía de San Quintín para conectarme con mis congéneres con quienes me trataba de tú a tú, eran universitarios, escritores, artistas, políticos, o lo que sea. Era como si cumpliera mi función pública en San Quintín con un camuflaje de autoridad, para que las horas se agotaran y salir en quema a mis circunstancias. Claro que por aquellos tiempos la sociedad quiteña vivía todos los días con movilizaciones de todo tipo; más bien causaba sorpresa estar en clases porque había en el ambiente un fuerte olor a gas que se incrementaba con la dirección del viento. Latinoamérica mismo estaba convulsionada desde México hasta la Patagonia con gobiernos represivos que aplicaban políticas acordes

a los intereses del sistema dominante. En Ecuador, los policías y militares patrullaban las ciudades con camiones de cajón descapotado y grupos fuertemente armados que se detenían en cualquier parte para requisar a los ciudadanos de la cabeza a los pies.

Generalmente los jóvenes de pelo largo y vestimenta informal eran blanco de las persecuciones. Yo mismo experimenté algo inesperado una tarde que hacía mucho frío por el centro histórico, cuando sentí que un camión se detuvo detrás mío porque andaba con una chompa verde oliva. Claro que sospeché de quién se trataba, viendo el repudio que generaba en la gente, pero los dejé acercarse.

—¡Sácate la chompa! —me dijo un militar gordo—. Esta es una prenda militar, ¿de dónde te sacaste?

—Me regaló un cuñado que trabaja en el Cuerpo de Ingenieros —respondí, mientras me despojaba de esa prenda para quedarme en camisa.

—Estas chompas son de uso militar y nadie más puede ponerse, ¿entendido? —lanzó la prenda a los milicos que estaban atrás y subió al camión para seguir su camino.

La gente que observaba a varios metros de distancia se acercó a preguntarme lo que resultaba obvio.

—¿Se llevaron la chompa?

—Sí, fffs —respondí—. Yo creí que me iban a cortar el pelo como a los otros.

Esa tarde fui a clases tiritando de frío porque, justo a las seis teníamos exposiciones orales de Materialismo Histórico y Dialéctico.

Afuera de las aulas de Periodismo se escuchaba cánticos y marchas entrecruzadas que se diluían unos y potenciaban otros con la fuerza del viento. Desde el campus universitario se convocaba por parlante a las movilizaciones que salían de la Facultad de Filosofía, y otros encuentros que se difundían a través de hojas volantes de la Facultad de Economía. En eso, inesperadamente, un compañero irrumpió al finalizar la exposición del primer grupo.

—Los estudiantes de periodismo debemos solidarizarnos con la lucha del pueblo guatemalteco —le dijo al profesor—. No podemos dar la espalda a quienes sufren los embates del imperialismo.

—Estoy de acuerdo en solidarizarnos con la resistencia de los pueblos —respondió el profesor—. Pero primero debemos tener claro en qué consiste el Materialismo Histórico, ¿no les parece?

—Al contrario, profesor —insistió el compañero—. Primero es lo primero...

—¿Qué es lo primero, según usted?

—Sentir, vivir, escuchar, experimentar...

—De acuerdo —aceptó el profesor—. Bajaremos todos a solidarizarnos con el pueblo guatemalteco.

Se trataba de una invitación que hacía la Aso de Economía para un conversatorio con delegados de los

pueblos indígenas de Guatemala sobre la situación política de su país. Cuando llegamos al Teatro Universitario ya estaba completamente lleno con personas de todo tipo, no solo estudiantes, sino campesinos de aquí y de otras nacionalidades. Había carteles por todas partes con leyendas como “Contra la dictadura sanguinaria y el imperialismo norteamericano”, “Solidaridad con el heroico pueblo de Guatemala”, “Genocidio en Guatemala” y otras más. Muchas pancartas y estribillos políticos coreados insistentemente por los presentes. Era la época de la insurgencia y rebelión centroamericana, donde toda la región se había convertido en polvorín, con historias desgarradoras contra los derechos colectivos de los pueblos indígenas.

—Con ustedes el comandante Serafín del EGP —anunció el presentador al tiempo que buscábamos dónde sentarnos.

De pronto, se levantó de la mesa directiva un jovencito delgado, de facciones indígenas y con una bandera del Ejército Guerrillero de los Pobres en la mano, mientras se dirigía al estrado. Desdobló un papel que tenía en sus manos, ante el aplauso prolongado de los presentes, y se dispuso a leer.

—¡Paaaatria o muertee! —gritaban los organizadores.

—¡Venceremos! —completaban del otro lado.

Así se pasaron por más de media hora sin dejarle hablar al comandante invitado, hasta que inespera-

damente se apagó la luz de toda la Universidad. Los gritos bajaban de tono mientras los guardias abrían completamente las puertas para que entrara la poca luz que tenía la tarde y para que no se dieran escenas de pánico por el inesperado apagón. Afuera de la Universidad todo estaba normal.

—Pueden ser agentes de Seguridad Política los que ocasionaron todo esto —les decían a los guatemaltecos que debían estar asustados—. Pero ustedes, tranquilos, aquí no les pasará nada porque están con nosotros.

Ese momento recordé lo que comentaba el Méntor cuando vino de una misión diplomática en Centroamérica: “No te puedes imaginar cómo es la situación en Guatemala”, decía, “ni siquiera los vehículos de Naciones Unidas con bandera blanca están libres del fuego cruzado”.

Parece que la consigna del poder político/militar/terrateniente que gobernaba Guatemala desde 1954, era desaparecer del mapa a los pueblos indígenas para repartirse sus tierras. No puede entenderse de otra manera que comunidades enteras sean diezmadas con el cuento de que son focos insurgentes para desestabilizar al gobierno. De ahí se entiende que la única forma de defenderse y contrarrestar el acecho sistemático del militarismo guatemalteco sea conformar frentes de autodefensa campesina.

No se pudo solucionar el apagón en buena parte del sector que también comprendía a la Escuela de Periodismo,

entonces nos despedimos frustrados porque no pudimos cumplir ni lo uno ni lo otro. Pero la peor derrota de los universitarios ha sido perder consistencia en las luchas cuando a pretexto de “agentes infiltrados”, que sí los hubo, se agudizaron las confrontaciones entre “chinos” y “cabezones” para beneficio del poder dominante.

Un martes por la tarde cuando nos disponíamos a revisar el avance de nuestros textos, el Diego nos comentó que estaba por llegar un escritor no vidente a la reunión del Matapiojo. Si bien, yo conocí en San Quintín a un pintor no vidente que también era escritor, a primera instancia no lo relacioné, hasta que el Diego se acercó a un personaje vestido de blanco como que iba a recibir el Premio Nobel, que se bajaba de un taxi. Ahí cambió mi percepción, porque reconocí al Bonifaz, primo de la carpintera Fariás, desenvainando su bastón plegable para subir a la vereda y saludar con el Diego.

—Les presento al Bonifaz —hizo pausa para que el aludido haga su venia—. Él es un escritor no vidente.

—¡Ciego!, ¡ciego! —le corrigió el Bonifaz tratando de ser modesto—. Soy ciego de nacimiento y escritor por convicción. Al menos eso me dijo el Diego, y por eso estoy aquí.

El escritor ciego no tendría ni idea de encontrarme en el Matapiojo, por eso me acerqué para que reconociera mi voz.

—Nos conocimos en la parada de San Quintín —le tomé la mano para estrecharle—. No sabía que caminábamos por la misma orilla.

El Bonifaz me reconoció de inmediato.

—Yo te dije que era pintor y escritor —no dejaba de abrazarme—. Pero desde ahora tendrás que soportarme en el Matapiojo.

El Bonifaz estaba tan feliz de ser recibido en un taller que no le cabía el alma al cuerpo con sus extraños movimientos de boxeador en calentamiento. Entonces el Diego le hizo sentar a un lado de la banca.

—Vino a visitarnos el Bonifaz porque quiere que el Matapiojo le apadrine su nuevo libro —el Diego esperaba que el invitado lo tuviera en sus manos—. ¿Dónde está el libro?

El visitante hacía como que buscaba a tientas en el fondo de su mochila, pero no lo encontraba por ninguna parte.

—Parece que lo dejaste en casa —justificó el Diego para que no siguiera buscando—. No te preocupes, conozco bien el libro y les voy a comentar.

—Aguanta, Diego, aguanta —le interrumpió el escritor no vidente—. Lo que pasa es que me puse las gafas equivocadas.

No sabíamos si se trataba de un contratiempo real o una improvisada escena donde el escritor ciego se quitaba las gafas de marco blanco para que apreciaran sus ojos nublados, y enseguida se puso otras de

marco azul. Después sonrió como que la suerte estaba de su lado.

—¡Ahora sí! —gritó animado—. A la una, a las dos yyyy...

Sacó una paloma de trapo que le hacía aletear dentro de la mochila.

—¡Bravoooo! —aplaudimos los pocos asistentes de la reunión.

—No me comentaron que tendríamos a un mago —se acercó el mesero para que pidiéramos algo—. ¿Lle puedo servir un coctel, un mojito, una guayusa, algo...

—Prefiero que me ayude a seguir buscando el libro porque ya se me agotó la improvisación —seguía bromeando.

La sorpresiva visita de un escritor no vidente y, sobre todo, la promoción de su libro que nunca lo pudimos ver, con una escena audaz o muy imaginativa, fue la tónica de ese martes que nos dejó un saldo incierto.

—Les prometo, por este chorizo de cruces —hizo un ademán de juramento criollo—. El próximo martes, no solo que presentaré mi libro en sociedad, sino que traeré algunos ejemplares para obsequiarles.

Una semana después, en martes por la tarde, el escritor no vidente estaba en el Café con suficiente anticipación, conversando con el Diego, justo cuando llegábamos el Alfredo, el Leopoldo y yo.

—Este es el libro —le quitó de las manos al Diego—. No vayan a creer que es pura palabrería mía.

Observé el ejemplar y me di cuenta de que no era lo que imaginé, no llegaba a cien páginas y más parecía una revista de cómics. Entretanto, el autor que buscaba su consagración con el bautizo del Matapiojo sonreía orgulloso, como que había logrado impresionarnos. Entonces me agarró de la mano como para comprometerme.

—El Diego me dijo que tú comentarías mi libro después de dos semanas —me palmeó la espalda—. Para que te des cuenta que soy bueno para muchas cosas.

—Déjame uno para revisar —le entregué al Diego el libro que tenía en mis manos.

El Bonifaz nuevamente le quitó al Diego para darme a mí.

—Llévate este que es el único que tengo —se puso de pie con el bastón en la mano—. Ahora sí, me voy, antes de que lleguen los sapos y me pidan los libros que ofrecí.

Oyó la señal del taxi que había pedido con anterioridad y salió abriéndose paso con su bastón plegable.

—Este Bonifaz es todo un personaje —sonrió el Diego—. Cada día me sorprende más.

—No entiendo —le comentaba al Diego—. ¿Cómo hace un ciego como el Bonifaz para escribir un libro?

—Alguna vez me conversó que tiene una hermana que le acompaña en sus arrebatos, y que ella empezó a tomar nota de todo lo que decía —relataba el Diego como si fuera uno de sus cuentos—, después

le leyó, y el Bonifaz quedó emocionado. Entonces le dijo a su hermana: “acaba de nacer un escritor”. Desde ahí empezaron a tomarse en serio eso de ser la dupla que tarde o temprano acceda de la mano al umbral de la fama.

—¿Y por qué ella no viene con él a las reuniones como esta? —me extrañé.

—Esa misma curiosidad tenía yo —retomó el Diego—, y le pregunté: “¿por qué no traes a tu hermana para conocerle?”, a lo que me respondió: “Porque mi hermana es guapa y aquí hay mucho loro que quisiera calentarle las orejas”, “prefiero arreglarme solo con los taxis que me lleven a casa”.

A no ser por sus gafas oscuras que lo delataban, era necesario ser bastante observador para darse cuenta de que teníamos a un no vidente en la mesa del Matapiojo. Escuchaba con atención la lectura de un texto y, a su debido tiempo, “metía la cuchara” para dar su opinión desde una perspectiva sin distractores, arrastrando una que otra bromita que a veces atinaba y otras solo él se reía para contagiar al resto.

Hasta que llegó el día del lanzamiento. El Café/libro daba cabida a los pocos presentes que se habían dado cita, familiares y amigos cercanos al Bonifaz. Saqué mis apuntes y los puse sobre la mesa para hacer la presentación:

—El Matapiojo me encargó que comentara “Ojos que no ven, corazón que siente bastante” —empecé la

intervención—, y debo enfatizar que su autor Bonifaz no es un ser común y corriente como cualquiera de nosotros...

—¡Bravo!, ¡bravo! —se escuchó de un rincón de la sala.

Luego un par de gritos en solitario que se volvieron aplausos de los pocos asistentes que se dieron cita, yo regresé a ver de dónde provenían, y justamente se trataba de la hermana del Bonifaz que tenía el libro apretado a su pecho. El Bonifaz se sentía en la gloria de la felicidad que le provocaba que alguien comentara su libro.

—Decía que el Bonifaz es una persona de “capacidades especiales” con el don de la imaginación —retomé—, y esa es la cualidad que refleja el libro, a través de su hermana que le permitió fluir en la dirección correcta.

Todos escuchaban en silencio, pero el Bonifaz no podía contener la emoción, eso me daba cuenta cada vez que golpeteaba el piso con su bastón metálico como para disipar las lágrimas que resbalaban por debajo de sus gafas oscuras.

A punto de terminar la Carrera de Periodismo, debíamos cumplir un acercamiento a la interculturalidad y, para eso, escogimos una comunidad del Valle del Chota. Por esta razón, conseguí una semana de

vacaciones y dejé esa autorización en el centro de salud donde prestaba mis servicios.

—No debería ausentarse porque tenemos un brote de rabia —me dijo el médico que hacía de director—. ¿Se da cuenta lo que eso implica?

—Entiendo la situación, pero tampoco podríamos postergar unas prácticas programadas desde hace tiempo —traté de explicarle.

—¿Qué sugiere entonces que hagamos? —me preguntó.

—Pasarle la pelotita al Ministerio de Salud para que ellos se encarguen de todo.

Con esa oportuna excusa, agarramos el camino y nos fuimos a nuestra experiencia intercultural. Llegamos a La Concepción y nos repartimos de dos en dos con diferentes familias, a mí me toco con el Pico visitar una casa que alquilaba billares.

—Buenos días —nos recibió un joven afrodescendiente—. Soy Jubeo, el administrador de este local. ¿En qué puedo servirles?

—Somos estudiantes de periodismo de la Universidad Central y estamos realizando un estudio intercultural de La Concepción —nos presentamos con el Pico.

—Qué bueno que alguien se acuerde de nosotros —destapó una cerveza y nos brindó medio vaso a cada uno—. Nosotros vivimos intensamente la interculturalidad.

Ese momento entró al local una señora con chalina y pelo cano a quien el Jubeo le pidió la bendición.

—Es mi mamacita Blanca —nos presentó a los dos—. Así se llama ella y es blanca como la leche.

Aunque lo único que tenía de blanca la señora, aparte de su nombre, era su pelo cano, porque era mestiza, le saludamos respetuosamente.

—Claro que mi papacito era negro y no reniego de ello —retomó el Jubeo—. Por eso yo nací mulato.

Ese momento se cruzó un gato negro por entre las mesas de billar.

—Aquí, como ven, hasta los perros y los gatos son negros —bromeó el Jubeo—. Esa es la realidad.

—¿Hay discriminación en La Concepción? —retomé la entrevista que lo daba por hecho que el Jubeo aceptaba que le graben.

—En la Concepción, como todos somos negros o mulatos como yo, las diferencias son de carácter económico —respondió el Jubeo—. Los negros que tienen más plata discriminan a quienes no la tienen.

—¿Tiene usted alguna formación universitaria? —preguntó el compañero Pico.

El Jubeo se quedó callado con desilusión, mientras su madre que le acariciaba los crespos respondió por él.

—Como su papacito falleció cuando él era chiquito, tuvo que trabajar en este billar para terminar el colegio y parte de la universidad a distancia —se tomó la cara con la mano para ocultar su llanto—. Tuvo que retirarse porque costaba mucha plata.

Pero mientras doña Blanca secaba con su chalina las lágrimas de sus ojos, dejó al descubierto su mano con dos dedos mutilados en la mitad.

—Disculpe, doña Blanquita —rompí la solemnidad—. ¿Qué le pasó en la mano?

—Un accidente en el trapiche cuando era niña — retomó la serenidad—. Yo ayudaba a mi padre que era peón de hacienda en el Juncal, cuando, en un descuido, la máquina me tragó dos dedos. Por suerte alcancé a salvar el resto.

La entrevista continuaba con momentos emotivos que dejaban al descubierto acontecimientos dignos de una novela, aunque el Jubeo trataba de controlarse para que el relato no resultara un eterno lamento.

—Disculpen señores —interrumpió doña Blanca que por momentos no era tomada en cuenta—. Voy a preparar choclitos con papas, ¿les gusta?

Nosotros aplaudimos como si estuviera ofreciendo salvarnos la vida, incluyendo el mismo Jubeo mientras su madre se retiraba a la cocina.

Poco después, el Jubeo improvisó una mesa sobre un billar en desuso, donde una fuente con choclos y otra con papas cocinadas nos invitaban a comer. Esta fue la acción más humanitaria que podíamos recibir en una comunidad afrodescendiente donde no había qué comprar en varias cuadras a la redonda.

Regresamos a Quito con suficiente material grabado en la casa del Jubeo y otras del vecindario de

La Concepción. Días después, la Myriam y el Pico transcribieron las entrevistas, el Cabeza de Col reveló las fotos, y el Ortiz y yo armamos la presentación para entregar al profesor.

El lunes siguiente regresé a mi puesto de trabajo en el centro de salud de San Quintín.

—¿Cómo le fue en sus vacaciones? —me preguntó el médico—. ¿Se divirtió mucho?

Yo no sabía si el médico Recalde adoptaba una actitud sarcástica o estaba confundiendo el motivo de mi ausencia, pero había que sacarle partido a la ambigüedad del momento.

—Fueron días provechosos de principio a fin —respondí—. ¿Y ustedes?, ¿cómo lograron enfrentar el brote de rabia?

—Vino una brigada del Ministerio y comprobó que la denuncia era una tomadura de pelo —respondió el médico.

Esa mañana, cuando pasaba a la altura de doña Esther, había un automóvil del año parqueado en la vereda.

—¡Inspector!, ¡inspector! —escuché que me llamaban.

—¡Señor de los chistees! —me llamó también doña Esther de la puerta de su tienda.

Ese momento dejé de caminar porque reconocí a quienes me llamaban, y me acerqué a saludar.

—Qué gusto, profesor —apreté su mano—.
Cómo se nota que le va bien por otros lares.

—Todo es de mi mujer —me advirtió sonreído—. Ella es la dueña de mi corazón y la conductora de esa carcacha.

Doña Esther me hizo pasar para que me sentara con ellos en la mesa.

—¿Ya saludó con el gato Herodes y el dueño de casa? —le pregunté al profesor.

—A don Nicanor le veo buenito, pero al Herodes... ¿dónde está el Herodes?

—Ni le mencione a ese ingrato —interrumpió doña Esther—. Desde que vive cuarto aparte con la gata del cura, solo viene a llevarse las salchichas de la cocina.

—Si es para su prole... entendible que se preocupe de su bienestar —comenté.

—Pero ya no es como antes —comentaba doña Esther—. Se ha vuelto huraño, desamorado. No sé si por viejo, por su nueva familia, o por andar con malas compañías.

Conversamos largo rato preocupándonos del prójimo, tomando café y viendo tele de reojo, hasta que se agotaron los temas.

—Bueno, doña Esther —se puso de pie el profesor—. Ya tuve el gusto de saludarle, ahora tenemos que regresar porque se nos hace tarde.

Yo también salí con ellos, porque el profesor me agarró del brazo.

—¿Podemos visitarle en su oficina? —me preguntó bajito.

Entendí que tenía algo que conversarme. “Seguramente es un tema que no debe enterarse la doña porque complicaría las cosas”, sospeché, “algo que él se comprometió a desentrañar, lejos de nuestros prejuicios”.

Llegamos a mi oficina del centro de salud y los invité a pasar.

—Voy a poner en sus manos un secreto bien guardado que la Farías me confió cuando era mi alumna —hizo pausa para verificar si había alguien tras la puerta—. Todo empezó cuando cortaron los arándanos de su casa para construir corrales.

—... vivía muy apasionada con esos frutos, supongo.

—No solamente con los arándanos —me aclaró—. Vivía apasionada por lo que los arbustos representaban desde su infancia, un lugar donde disfrutaba de su imaginación asombrosa.

—... hasta que derrumbaron todo y su estantería emocional se le vino abajo —me adelanté.

—Algo peor que eso —intervino la esposa del profesor que parecía entendida en estas vainas—. Adoptó el azul penetrante de sus frutos para dominar todo obstáculo que se le interponía.

—¿Qué tipo de satisfacción puede sentir pintando a los gatos y esculturas de la sacristía? —me saltó la curiosidad.

—No se trata de reacciones desde la perspectiva “racional” —respondió la señora—. Todo lo contrario, ella pone su marca como una forma de recuperar espacio.

—Ahora entiendo que su accionar no es por destruir el entorno sino reconstruir su mundo de fantasía —trataba de entender su trastorno.

Todo este enredo de afectos y desafectos en mi vida pública tenía un hilo conductor que nos separaba tan fácil como volvernos a juntar. Seguramente porque en aquella época no había otras amistades a quien leer cuentos recién salidos del horno y que le escucharan con atención. Eso era lo que más me agradaba de la Silvana, una persona a la que le gustaba escuchar mis tramas cuenteras que luego se volvían frenéticos escritos para matar el aburrimiento. Así fue como entablé amistad con doña Bertha, mamá de la Silvana, que atendía el almacén de “Productos vitales del Estado” en la casa contigua al centro de salud, porque apreciaba la imaginación capaz de construir imágenes de la nada.

Pero quizá lo único que nos unía era esa proximidad física del almacén con mi lugar de trabajo, porque muy seguido su madre le encargaba el negocio en sus frecuentes viajes a Quito, sea para proveerse de mercancías o por el proselitismo que lo mantenía en ese carguito. A doña Bertha le agradaba nuestra amistad, sin importarle que muchos creyeran que éramos novios.

Alguna vez se me ocurrió conversar del compañero Emilio y “La pluma sanquinteña”.

—Me sorprende que seas compañero del Emilio porque él se graduó con mi hermana hace cinco años y, que yo sepa, tú todavía no terminas la Carrera —me cuestionó.

—No le digo compañero por compartir una banca de la misma aula —intentaba hacerle entender a la Silvana—. Es porque andamos en la misma onda del periódico “La pluma sanquinteña”.

—Aaaaa —se sorprendió aún más—. ¿Con que también eres de “La pluma sanquinteña”? ¿de esa calaña de insultadores?

—No sabía que tenías un pésimo concepto de los plumasanquinteños —reaccioné.

—El mismo que tiene mucha gente —enfaticó—. O sino, ¿por qué salió de circulación ese periódico?

—Yo suponía que siendo el Emilio colega de tu hermana le tenías alguna consideración al periódico —le reclamé a la Silvana.

—Mejor deberías pensar que siendo yo hija de un transportista no regresaría ni a ver ese periódico de medio pelo —concluyó.

Días después, la Silvana inexplicablemente desapareció del mapa, seguramente porque su madre se estabilizó en el almacén y ya no había pretextos para reemplazarle.

—Está dedicada ciento por ciento a estudiar —respondía doña Bertha—. No ve que ya mismo se gradúa de bachiller.

Después de un tiempo supe que estaba trabajando de profesora en una escuelita de Fe y Alegría en el Barrio de Santa Inés. Yo, por mi parte, seguía mis estudios de periodismo y asistiendo eventualmente al taller de turno que el vaivén de la vida me daba, más por encontrarme con los amigos que era lo que realmente me importaba, que por aprender las artes de la elocuencia. Hasta que un día, por mi trabajo, tuve que visitar los establecimientos educativos de ese sector y llegué a la escuela donde trabajaba la Silvana, donde me presentó a la médica que atendía el dispensario escolar.

—Qué gusto, doctora —le apreté la mano—. Todos los sábados viajamos en el mismo turno de las siete, ¿no es así? Claro que usted va sentadita en primera fila y yo de pie todo el trayecto.

—Nunca le he visto entre tanta gente que sube al bus —respondió a mi galantería.

—Yo me imaginé que usted también era profesora de esta escuela —quería congraciarme con ella—. Pero como la Silvana ya no se deja ver por el centro de salud...no había a quien preguntar.

—No soy profesora —sonrió la doctora—. Las monjitas me contrataron para que atienda el Dispensario Escolar.

—Bueno —me empezó a interesar la doctora—. Ya habrá tiempo para conversar cuando nos encontremos en el bus.

—Por supuesto —respondió ella—. Me encantaría conversar un poco más.

Me agradó mucho compartir unas cuantas palabras con la doctora, porque ya no me pareció tan seria y presumida como imaginé cuando le observaba en el espejo del conductor, donde siempre le encontraba leyendo, hasta llegar a Santa Inés donde se bajaba. Resulta que a la Silvana le agradó mucho la amistad que entablamos con la doctora, porque me hablaba muy bien de ella y pienso que también hacía lo mismo con ella de mi persona, hasta que una ocasión me confesó que yo le gustaba a la doctora, y eso para mí fue grandioso. Ese fue quizá el momento más feliz donde logré matar dos pájaros de un tiro, por un lado, lograba labrarme un acercamiento productivo con la doctora, y por otro, retomaba esa buena amistad que nunca debimos perder con la Silvana.

Por aquella época yo vivía en el barrio México y, como era viernes, se me antojó pasar a las siete de la noche por la Peña “La noche panza arriba” que tenía el Wilo en ese sector.

—El Wilo no está —se interpuso un joven afrancesado cuando yo empujaba la puerta—. Pero pasa nomás que ya mismo llega.

—¿Qué tienen para esta noche? —pregunté.

El joven francés sacó una carta como de restaurant y me entregó para que la revisara. Ese momento me enteré que la oferta del día era una velada que empezaba a las ocho de la noche con la participación del dúo “Sol y Luna” donde cantaba un vecino del barrio junto a una argentina, luego “Los cuatro del altiplano”, un trío del Caribe que se encontraba de gira por Sudamérica, y finalmente un ilusionista mexicano para cerrar la noche. Como estaba decidido a disfrutar un rato, pedí una jarra de guayusa y me quedé conversando con el dúo “Sol y Luna” mientras sonaba de fondo “Buena Vista Social Club” de Cuba.

—Supongo que tú eres Sol, y tú la Luna —empecé el diálogo con algo que parecía obvio.

La chica argentina tomó un largo sorbo de guayusa para responderme con voz ronca y dominante.

—¿Por qué tiene que ser así? —estaba visiblemente molesta—. Yo soy el Sol porque hago la primera voz... y él la Luna porque hace la segunda. ¿Entendido?

Ese momento llegó el Wilo en un taxi con un canasto de compras, saludó con los tres y otras personas vinculadas al ámbito cultural que empezaban a llegar. Luego de un rato salió el Wilo de la cocina y se sentó junto a nosotros con un vaso en la mano.

—¿Listos para el show? —les dijo a los dos.

Ellos asintieron con la cabeza mientras llenaban su vaso, luego el Wilo se dirigió a mí.

—Ya encontré el libro que te ofrecí —me dijo—. Es una propuesta francesa que combina el texto con la historieta como tú quieres hacer.

Ese momento el vecino y la argentina debían cumplir su show y se despidieron con sus guitarras en mano.

—¿Dónde lo tienes? —retomé la conversación con gestos y un poco a gritos—. Me gustaría darle un vistazo porque casualmente retomé la historia del Guaña.

—¿De qué se trata? —se acercó con el asiento para escuchar mejor por el griterío de “Sol y Luna”—. Cuéntame, cuéntame.

—Aquí tengo los borradores —metí la mano a la maleta y saqué una hoja con dibujos.

—¡Que chévere! —exclamó antes de verlos.

Revisó al vuelo todos los dibujos y luego se puso a leer el contenido de algunos.

—“Guaña en el bus” —leyó con sorpresa el título de la historieta—. Nooo, ¿por qué Guaña?

—Se trata de un migrante campesino que sobrevive en la ciudad.

—Entiendo la historia —me interrumpió para aplaudir la intervención de “Los cuatro del altiplano”—. Es el nombre Guaña que no me cuadra.

—Quiero graficar a un campesino en la ciudad y debía ponerle un nombre del campo.

—Te voy a presentar a mi sobrino Robert que estaba en la puerta y es publicista para que te sugiera un nombre más neutro —se levantó a buscarle.

Yo me quedé aplaudiendo como que recién me conectaba a la velada del Wilo, hasta que aparecieron los dos.

—Te presento al Robert —me señaló al sobrino para que le diera la mano—. Él era publicista hasta hace poco en Francia y es muy creativo para que te sugiera un chévere título.

El Robert revisó al vuelo toda la historieta y me dijo:

—¿Qué te parece “El regreso de Tomatito”?

El Wilo, que esa vez tenía la sonrisa petrificada, cambió a neutro.

—A veces no le damos a la primera —se levantó del asiento—. Sigán nomás que yo me encargo de la clientela.

Ese momento los músicos tomaban un descanso para refrescar la garganta con un sorbo de guayusa. El Robert revisaba una y otra vez la historieta del Guaña mientras yo buscaba otra en mi maleta con el ánimo de sacarle provecho al publicista.

—Tengo otra más —le quité la historieta del Guaña para darle una mejor—. Se trata del conflicto de un perro con un pájaro cuestionador que ponen en jaque al autor de la historieta.

—Esto sí me encanta —se le iluminó el rostro—. “Los pasantes” está mejor porque es una trama más fresca... un perro y un pájaro que se pasan discutiendo, y lo inverosímil de ese encuentro.

—Entonces, yo quisiera...

Pero el Robert me frenó en seco.

—¡Un ratito! —nos pidió para recibir a unos visitantes que acababan de entrar.

Pero enseguida regresó con los dos extranjeros con pinta de artistas, para presentarme.

—Les dejo que disfruten —se levantó el Robert para dirigirse donde estaba su tío.

Ellos buscaban algo con la mirada, cada cuál por su lado, algún lugar donde pudieran apreciar mejor la velada porque mi mesa estaba ubicada en un lugar para fumadores. Yo, igual, no sabía dónde poner la mirada de lo aburrido que se puso el show, pero hacía esfuerzos por atrapar el interés de los extranjeros hasta que me pareció lograrlo.

—¿Europeos? —se me ocurrió una pregunta estúpida.

Los dos extranjeros que parecían siameses forzaron una sonrisa sin responder. Entonces empecé a cuestionarme: “¿será que mi compañía no les inspira confianza?”, “prometo ser mejor anfitrión”.

—¿Todo bien? —choqué mi vaso con los de ellos para llamar su atención—. ¿Primera vez por aquí?

Ellos se miraron, buscando articular unas palabras que respondieran a mis preguntas.

—Mu bie —logró pronunciar uno de ellos.

Pero el otro completó la respuesta con un lenguaje gestual silencioso. “Nosotros estamos bien”, entendí

que me decía en gestos, pero siguió: “Él me acompaña”, hizo pausa, “pero vengo a conversar con el Wilo para presentar una obra la próxima semana”.

Ese momento descubrí que dominaban el lenguaje universal de los gestos y les aplaudí.

—¡Braaavo! —serví una guayusa a cada uno para brindar—. Por esa regia interpretación.

Ellos me entendieron haciendo lo mismo, pero a su manera. Los vecinos de otras mesas nos miraban con desagrado porque mis aplausos y nuestro brindis desentonaban con el avance del espectáculo.

—¿Algún problema? —se nos acercó el Robert que venía de parte del Wilo.

—Al contrario —le brindé el último vaso de guayusa—. Necesito otra jarra que acabar de entendernos.

Ese momento me asombré de mi talento para descifrar el lenguaje gestual de los extranjeros. Fue lo más relevante de ese acompañamiento porque de ahí en adelante nos centramos de principio a fin en la función del ilusionista. Terminada la velada de la noche, buena parte de asistentes desfilaba hacia la puerta de salida, pero el Robert puso otra vez la música cubana como si ese hubiese sido el tema de la noche para quienes se quedaban hasta el final.

Claro que hubiese querido entenderme un poco más con los extranjeros, pero al calor de las guayusas y la música caribeña, eso perdió importancia hasta que el programa terminó y cada cual salió para su

casa. Yo, como vivía a tres cuadras de la Peña, tomé mi rumbo en solitario y empecé a caminar. Era como media noche y, al dar la vuelta la esquina, había dos individuos en la vereda que se abrieron para darme paso, yo aceleré mi caminar, pero entre los dos me agarraron de la chompa para quitarme de encima, y yo aproveché para salir corriendo la cuadra que me faltaba. Ellos se quedaron con la chompa y no hicieron nada por seguirme porque estaban borrachos y no se daban cuenta de lo que estaban haciendo.

Esa noche soñé que habían secuestrado al Herodes y aquella preocupación me traía a mal andar. “¿Qué tal si es una premonición para dejar las cosas peor que antes?”, se me vino a la mente. Yo estaba tan preocupado que ni ponía atención a los chismes de doña Esther, mientras me llevaba la cuchara a la boca.

—¡Señor de los chistes! —me regañó ella—. ¿En qué anda pensando?

—No me haga asustar, doña Esther —me puse tenso—. Solo trataba de interpretar un sueño confuso entre perros y gatos. A propósito, ¿dónde está su gato Herodes?

—Supongo que haciendo amistad con otro nuevo gato que apareció al frente —se contuvo mirando sorprendida una mancha de sopa en mi camisa.

Ese momento me di cuenta que, por el susto que provocó doña Esther, me había saltado sopa a la camisa.

—Discúlpeme —se sonrojó la doña por primera vez en su vida.

Enseguida me llevó a la cocina y se dispuso a limpiarme la mancha con jabón de platos, pero la detuve.

—Prefiero sacarme la camisa para que le dé una lavadita —propuse—. Entre tanto ¿podría prestarme algo para ponerme encima?

Doña Esther fue al baúl y sacó un poncho de don Nicanor para que me pusiera, mientras lavaba y secaba con la plancha mi camisa. Afuera había muchos maullidos, como una movilización de gatos azules en la puerta de la sacristía, de donde logró escapar la sobrina del cura.

—¿Te das cuenta lo que ha provocado la carpintera? —me abordó ella que venía asustada—. Hay muchos gatos azules que andan buscando al Herodes.

—Quisiera ayudar a recobrar su autoestima —confesé mis intenciones—, pero confío que el Herodes les guíe a su manera.

De pronto, los gatos que invadían el portón de la sacristía, olieron para otro lado y salieron corriendo hasta perderse por el extremo del parque. Otros rezagados se detuvieron para oler a profundidad y tomaron el mismo rumbo.

La sobrina del cura sintió alivio de mirarlos que se alejaban para poder regresar a la sacristía, pero yo

me quedé pensando: “Si esos gatos están alterados del seso, ¿será que el Herodes puede devolverles a la normalidad?”.

Consecuentemente, yo debía seguir a esos gatos para saber cuál era su destino. La carpintera Farías tomó el mismo rumbo de ellos, y yo también después, hasta encontrar un tejado completamente azul de tanto gato movilizado. Me escondí para asegurarme de que no me descubrieran, y ahí me di cuenta que esa mujer tenía algún poder oculto. Los gatos y la carpintera se pusieron frente a frente, entonces recurrí a esa lectura de labios que logré dominar por fuerza de la costumbre.

—¿Para qué me citan en este lugar? —reclamó ella.

—Queremos definir cuál será la situación de los gatos de aquí en adelante —se dio a entender uno de ellos.

—No tengo problema que el mismo Herodes se pronuncie —respondió ella alejándose sin el menor remordimiento—. Yo también estoy cansada de que este relajo no me lleve a ninguna parte.

Los gatos de la protesta se pusieron en alerta parando las orejas. Luego salió el Herodes, visiblemente maltrecho por sus frecuentes intentos de sacarse la pintura de su pelaje, y todos se sentaron a escuchar su pronunciamiento.

—Ya no podemos aguantar los caprichos de una carpintera en sus escapes de medianoche —parecía arengar el gato Herodes.

Nadie movía un pelo, como que no entendieron nada o estaban seriamente conmovidos, hasta que dejé que hablaba mi conciencia.

—Llegó la hora de dar la cara —parecía decirme—. Aprovecha el escenario para cantarles las plenas y que esta pendeja deje de joder.

Yo me acerqué con temor al ruedo porque los gatos podían lanzarse a la cara para sacarme los ojos, pero mi conciencia no dejaba de animarme. “Ahora o nunca”, me aplaudía, empujándome al ruedo, “necesitamos un Herodes fortalecido con sus congéneres”.

Entonces salté a la arena con la frente en alto.

—¡El gato que está frente a ustedes no es uno más del montón! —seguí a mi conciencia—. Se trata de Herodes, el gato prodigio que busca la paz y armonía de San Quintín.

Asombrosamente, uno a uno, fueron a sobarse donde el Herodes, y cada cual se fue en silencio para su casa.

Estábamos por egresar de Periodismo en la Universidad Central, y pesaba sobre mis hombros el compromiso de hacer un video de diez minutos sobre “Caperucita Roja en la zona rosa”, que me comprometí para finales del año académico. Primero escribí el guion de esa parodia que pretendía establecer una analogía

entre la trama del cuento tradicional y las peripecias de una niña marginal en la ciudad. Después busqué algún lugar que me permitiera ejecutar mi ambicioso proyecto, hasta que encontré Audiovisuales Don Bosco de los salesianos.

—Este guion de cuento infantil quisiera convertirlo en video —les comenté—. Es un trabajo periodístico de la Central.

—Claro que podemos ayudarle —me respondió la recepcionista—. Justamente estamos por empezar un Taller para la producción de audiovisuales la próxima semana.

—Me interesa —respondí de inmediato—. ¿Cuál es el horario, costos, quién dicta el curso, etc., etc.?

—Aquí tiene toda la información —me facilitó un tríptico.

El taller tenía como instructores a María Cecilia y Motti Deren, y comprendía entre otras cosas, la producción de un audiovisual como aplicación del evento. Ni qué “anillo al dedo”, me felicité por el bendito día de visitar ADB, y ese mismo día me inscribí. El curso comprendía varios Módulos a dictarse los domingos de ocho a una de la tarde, y ofrecía, entre otras cosas, la elaboración de guiones, alternativas visuales para niños, escenografía, manejo de cámaras y edición de materiales. Era más de lo que podía esperar para aprobar la asignatura de Comunicación Visual que nos daba el Ulises Estrella, cuando todo se agotaba en algo de teoría y uno que otro largometraje que nos invitaba a ver en la Casa de la Cultura.

—Tengo este guion —le enseñé a María Cecilia—, pero quisiera que lo revisen para ajustarlo a las necesidades de escena.

Ella lo revisó a vuelo de pájaro y me dijo:

—Veo que no eres tan novato como parecías —volvió a revisar las páginas—. Que yo sepa la Central no enseña esto. ¿Dónde lo aprendiste?

—Todo por mi cuenta —me emocioné—. Seguí un curso por correspondencia donde debía aplicarlo con algún texto conocido.

—¿De ahí surgió “Caperucita roja en la zona rosa”? —comentó ella.

—Se me antojó adaptar “Caperucita roja” a la realidad marginal de nuestro medio —respondí.

—Está bien —me dijo María Cecilia pasándole el libreto a Motti Deren—. Lo revisaremos para darle aplicabilidad en todo lo que sea posible.

Al siguiente domingo, María Cecilia me entregó el libreto con algunas correcciones que daban la apariencia de un mapa vial.

—Pasa a limpio estas correcciones que yo conseguiré el personaje principal para ponerlo en escena.

—¿Para la Caperucita roja?

—La versión criolla de Caperucita roja —precisó—. Solo falta que tú consigas los municipales para que hagan de lobos.

Me pareció una magnífica idea, sobre todo porque su actuación sería más espontánea y convincente.

—No me digas que también conseguiste quien represente a la abuelita —le bromeaba yo.

—¿Por qué no?

El domingo siguiente, con un poco de misterio, me presentaron a la niña que haría de Caperucita y el vestuario de vendedora callejera que utilizaría en la grabación.

—Los municipales también están esperando el momento de actuar —me comentaba—. Solo que no quisieran que sus jefes se lleguen a enterar de que están usando el uniforme.

—¿Y la abuelita? —insistí.

—En eso quisiera que nos des la libertad de darle un toque personal —me propuso ella.

De mi parte no había problema con tal de ver el guion transformado en una historia creíble, no solo para conseguir una nota y pasar el año, sino por la satisfacción de incursionar en los audiovisuales con una obra de mi propio peculio.

—En vez del canasto de Caperucita llevarás un cartón de flores —le instruía María Augusta a la niña—. El lugar de filmación es la “Zona rosa”, y no tendrás que desplazarte mucho porque es una producción de bajo presupuesto. Todo debe ser espontáneo, como si de verdad fueras una niña de la calle.

Embarcamos los trípodes, cámaras de grabación, equipos de sonido, micrófonos de puntero y todo tipo de cables en la camioneta de Audiovisuales y nos dirigimos hasta cerca de la “Zona rosa” para crear contexto y estricta espontaneidad.

—¡Flores!, ¡flores! —gritaba la niña de capucha roja—. Compre flores, a quinientos sucres las flores.

—¡Caperucita roja! —gritó un niño que paseaba con su padre en un automóvil—. Cómprale flores a la Caperucita roja.

El automóvil detuvo su marcha en plena congestión para llamar a la niña.

—¿Cuánto cuesta toda la caja? —preguntó el conductor desde adentro.

—Cinco mil sucres.

El comprador pagó la caja con un billete de diez mil, pero la niña no sabía cómo hacer para darle el vuelto sin perder la venta inesperada. Pasaron algunos minutos tratando de encontrar alguien que los cambiara, pero los vehículos de atrás seguían sumando una cola interminable que empezaron a pitar de forma miserable.

Ese momento se acercaron los municipales que cumplían el papel de lobos y arrastraron a la Caperucita hasta dejarle en el balde de la camioneta que tenía tapada la identificación de Audiovisuales Don Bosco. La turba de transeúntes que miraban el desenlace persiguió a los lobos que provocaron la escena, pero sin darles alcance.

Con la Caperucita a buen recaudo, salimos disparados hacia Audiovisuales Don Bosco en la 12 de octubre, pero en el trayecto seguimos filmando la escena:

—Abuelita, abuelita —preguntó la asustada niña a su madrina María Cecilia—. ¿Por qué tienes esos ojotes?

—Para verte mejor —respondió la abuelita.

—¿Y por qué no me defendiste de los municipales?

—Porque necesitaba una dosis de realismo en la actuación —respondió la madrina que empezaba a despojarse de su papel—. ¿No ves que es difícil contratar actores consagrados?

El siguiente sábado debía madrugar para estar a las seis en la parada de buses que iban de La Marín a San Quintín, como la única forma de viajar sentado junto a la doctora en el turno de las siete. Los sábados anteriores que coincidíamos, el bus estaba repleto de gente con ella en primera fila leyendo sus revistas de medicina, de manera que yo debía sorprenderle con algo que encajara en sus aficiones. Justo esa temporada andaba a llevar unos ejemplares de “La peque-María”, que eran del tamaño de una cajetilla de cigarrillos, para difundirlo como producto del Taller.

Llegué pasado cinco minutos de lo programado, pero ahí estaba la doctora, guardándome un puesto tras el chofer donde ella se ubicaba siempre.

—Ya me suponía que ibas a venir atrasado —me dijo, acomodándose a la ventana.

Yo le saludé con un beso en la mejilla porque me di cuenta de que el viento soplaba a mi favor, y también empecé a tutearle.

A partir de ese momento, nunca supe cuándo se había llenado el bus, ni a qué hora salió de la parada en La Marín, ni tampoco cuánto tiempo se demoró hasta la escuela de Santa Inés. Lo cierto es que pude conversar sobre qué hacíamos en los Talleres de “La peque-María” y qué escribíamos en cada número. Ese momento le enseñé la revista donde uno de los cuentos era “Monseñor y el lagarto azul” de mi autoría. La doctora se mostró emocionada de haber conocido a un escritor de carne y hueso porque a ella le gustaba leer. Pero yo me identifiqué como un modesto obrero de la escritura vanguardista para no parecer un pedante de pacotilla.

—¿Cuánto cuesta esta revista? —me cachó que no era un regalo de mi parte sino una contribución a la causa.

—Mil quinientos sucres para los amigos —le dije.

La doctora sacó dos billetes de su monedero y me pagó. Ese momento surgió la necesidad de cambiar mis hábitos de viajar entre semana en el turno de las siete por el de las seis y media, de manera que siempre me encontraría con ella para ir conversando todo el tiempo.

Al siguiente día que nos encontramos en el mismo asiento del bus, ella me dio sus comentarios del cuento.

—Me parece una historia fuera de lo común en medio de la basura con personajes de fantasía —me comentaba su primera apreciación—. La descripción de imágenes de los deshechos es fabulosa.

No había duda de que la doctora tenía un fino criterio para analizar los textos, y esos comentarios

fueron los más halagadores que escuché sobre mis escritos. Seguramente quedó impresionada porque le comenté que mi cuento “Monseñor y el lagarto azul” ganó una mención en Chile.

Con este tema de nunca acabar, logramos acercarnos más, yo siempre llegaba a tiempo y ella me guardaba el puesto. Hasta que aparecí con otro número de “La peque-María” donde también había un cuento mío, cuyo título era algo como “El vendedor de baratijas” que dos días después me comentaría.

—Este cuento, en cambio —hizo pausa—, es la agilidad de palabras de un charlatán cualquiera para sorprender a quienes buscan sanar sus males con lo primero que encuentran.

La doctora me tenía sorprendido con sus apreciaciones que ni yo mismo imaginaba haber logrado tanto. Esta compañía se fue haciendo parte de mi vida a la ida y vuelta de San Quintín, y sin darme cuenta le acompañaba cada vez más cerca de su casa hasta que decidí dejarla en la puerta, y ella me invitó a pasar. Conocí al núcleo familiar, menos a sus padres que habían salido de vacaciones.

—Mi hermana comenta que eres escritor —fue el tema de este primer acercamiento—. Nos dijo que tienes algunos cuentos publicados.

—No precisamente escritor —tuve que aclarar el asunto—. Pero tampoco puedo ocultar de que me gusta escribir.

Después de dos semanas llegaron de vacaciones sus padres, y la doctora me presentó como “un amigo de San Quintín que es escritor”, sobre todo a su padre que enseguida me integró al grupo de amigos que llevaba a su casa para tomarse unos tragos, y yo asumí que la mejor forma de ganarme a la familia era aceptando su invitación, pero pronto me llegó el primer tirón de orejas.

—Yo te invito a mi casa para que estés conmigo —dijo enfáticamente—. Pero me molesta que vayas solo a embrotecerte con papá.

Corregí mi error, buscando naturalidad en mis actos, hasta que me integraron a la familia. Entonces empecé a ser parte de ese ajedrez familiar en busca de soluciones conjuntas.

—Cómo es posible que una doctora siga viajando en buses repletos que van los sábados al mercado —comentó su madre—. Ahora que ya tiene quién le acompañe, debe llevarse un carro de la casa.

Superado el primer escollo, debíamos distribuir los tiempos, de manera que ella trabajaría hasta medio día en su Dispensario, para después trasladarse al centro de salud donde yo terminaba mi jornada a las dos de la tarde, y regresar juntos a Quito.

—Qué alivio viajar tan cómodos —se me ocurrió—. Así da gusto hasta de preocuparse del prójimo sin que la gente pare las orejas.

—A ver, a ver —empezó poniendo orden la doctora—. ¿Qué es lo que tanto te inquieta del prójimo?

—¿Conoces la historia de los gatos azules? —empecé.

—Cómo voy a saber si todavía no me cuentas —se molestaba de tanto misterio.

—Doña Esther, la de los almuerzos, tiene un gato que siempre está pintado de azul —hice pausa para que ella me pusiera atención—. Ese gato no es el único pintado de azul en San Quintín, hay muchos otros pintados con la brocha de una carpintera malvada.

—¿Y? —se incomodó ella—. ¿Dónde está el chiste?

—Nunca te dije que era un chiste —trataba de justificar mi intervención de alguna manera—. Simplemente que me picaba la lengua por comentarte algo que muchos quieren conocer de primera mano.

Ella se quedó mirándome de reojo, sin perder el control del auto, y me dijo.

—¿Dónde quieres que te deje?

—¿No querrás llevarme a tu casa? —me asusté de haberle incomodado tanto.

—Prefiero que te quedes en la tuya —sentenció—. No vaya a ser contagioso.

La verdad es que en esos tiempos yo vivía ensismado en el mundo de la manipulación comercial

de los programas infantiles de televisión, poniéndole más seso del que debía a mi graduación de periodista, y muchos asuntos de la cotidianidad y la creatividad del cuento y poesía se quedaban flotando para después. Con decirles que dejé de asistir a todo taller, compromiso social, incluso instancias de la misma responsabilidad laboral.

—¡Inspector! —me sorprendió un día el Sobador—. ¿Usted es de esta o la otra?

Yo me quedé frío, imaginando que se refería a la carpintera Farías o a la sobrina del cura.

—¿A qué se refiere usted? —me detuve sin darme la vuelta.

—Que si usted también sigue trabajando en el centro de salud o haciendo “visitas domiciliarias” como el médico Recalde —se puso detrás mío—. Míreme a los ojos si todavía tiene sangre en la cara.

Ese momento me volvió el alma al cuerpo y pude dar la cara al Sobador ese.

—Estoy en pleno ejercicio de mis obligaciones —le respondí más calmado.

—A veces sospecho que ustedes se dedican a cualquier cosa menos a trabajar —me acusó de frente.

—Deme una prueba de lo que está diciendo.

—Usted anda como zombi —hizo movimientos de muertos vivientes—. Como que estuviera fuera de esta galaxia.

El individuo me dejó callado, y se fue satisfecho de haberme dejado sin respuestas.

Todo eso me hizo poner los pies sobre la tierra, al principio, pero luego estaba en juego mi proyecto de vida y no quedaba más que volverme cara dura.

Cuando fui de casualidad a la oficina para retirar unos papeles y me regresaba por las mismas, todos me miraban extrañados. Yo no quería desconcentrarme de las cosas en las que andaba y me limité a pronunciarme con el lenguaje de los signos mientras me dirigía al bus de regreso.

—¡Cachos!, ¡cachos!, ¡cachos! —hice la cruz con los dedos para que nadie me preguntara—. Regreso después de una semana para reconectarme con todo.

Seleccioné una fecha para grabar un programa infantil y encargué esa tarea a Audiovisuales Don Bosco. A partir de ese momento, la grabación se constituyó en un recurso de todas las revisiones que aplicaban los parámetros planteados, hasta que terminé y lo defendí con vehemencia. Poco después, una compañera que investigaba procesos ideológicos de la comunicación me comentó.

—Te voy a pasar un dato que te va a encantar — me dijo para despertar mi sorpresa—. Hay interesados en publicar tu investigación de grado.

Yo me quedé asombrado.

—¿Como de quién estamos hablando? —reaccioné de inmediato.

—Es el director de “Vamos” que quiere publicarlo en su revista —me concretó.

Con semejante descripción, no había dudas de que era una realidad y no podía dejarla escapar. Entonces me propuse hacer las averiguaciones del caso.

—No olvides tener un resumen a la mano —me recomendó al final—. Ellos saben de qué se trata, aunque no lo han leído todavía.

En efecto, fui con el resumen, y me llamaron al otro día para firmar un contrato en dólares que, para ese tiempo, era un verdadero privilegio. El documento contemplaba publicar el texto en el siguiente número de circulación latinoamericana. Cuando supe que la revista estaba impresa, revisé el índice donde figuraba el título original y mi nombre de autor, pero “extrañamente” esas páginas se reemplazaron a última hora, sin tomar en cuenta lo que mencionaba el índice.

Cuando la carpintera se dio cuenta que su obsesión por el azul era un capricho enfermizo con el que manipuló a mucha gente, y que su radio de acción se había reducido a los escasos linderos de su taller, decidió viajar a la capital en busca de nuevos retos. El Sobador tuvo que desprenderse de sus jaulas vacías en el patio y, viendo que su tarea era demasiado tediosa, retiró el rótulo de “Casa del Espíritu Santo”, y se

encerró a escribir de sus mejores tiempos cuando las piernas le respondían de maravilla. Yo logré espacios manejables en mis labores y, sobre todo, una escritura más relajada y sin mayores sobresaltos. El Herodes, por su cuenta, parecía estabilizarse afectivamente, pero como nada es perfecto en este mundo, un día, cuando menos se esperaba, desapareció otra vez del planeta.

El Herodes nunca supo a qué momento se le vino el mundo encima. Cuando intentó poner en orden su anatomía, recién se dio cuenta que estaba atrapado en un cochino costal. Todo era parte de una persecución que finalmente se materializó en secuestro, aunque esta experiencia lo asumió como la cuota de sacrificio que él mismo pregonaba. No tenía otra alternativa que mantener la calma hasta que otro desenlace le diera la oportunidad de mostrarse.

Pero la incómoda travesía en costal terminó en un lugar oscuro, como para despistar dónde se encontraban.

—Aquí estarás poco tiempo —dijo el secuestrador, poniendo el costal con el bulto en el piso—. Después veremos de qué forma nos puedes servir.

No fue difícil para el Herodes saber quién era el secuestrador porque la cojera del Sobador lo delataba por completo. Era ese fulano que se dejaba llevar más por el instinto perseguidor que por solucionar los problemas.

—No sé de qué manera —le hablaba el secuestrador al bulto del costal—, pero me comentaron que tu aureola puede mejorar los ánimos de esta familia.

Ese momento el Herodes pudo entender para qué le habían llevado a ese lugar desconocido. Pero tenía uñas, olfato desarrollado y una agilidad a toda prueba para abrir un agujero de donde reconoció a don Melchor tendido en una cama en calidad de bulto. No hablaba ni caminaba, solo movía los ojos en un lenguaje que no se podía entender.

—Me traje al gato de la tía —le dijo el Sobador al oído de don Melchor—. Dicen que tiene poderes ocultos... y no perdemos nada con probarlo.

No hacía falta que don Melchor se pronunciara, porque ahí estaba su hija para responder por él. Entonces, ella tomó al gato del costal y le miró a los ojos para analizarle a profundidad.

—¿Puedo quedarme con el gato esta semana? —propuso ella al Sobador—. A lo mejor su presencia ayuda a la recuperación de mi padre.

—Yo pensaría que sí porque la tía me dijo que está acostumbrada a su abandono, es más, el mismo gato es desapegado de su propia familia —respondió el Sobador—. Quien sabe que tenga otros compromisos, pero eso es algo que no cuenta.

Si pudiéramos adivinar lo que pensaba el Herodes ese momento, seguro que condenaba la ligereza con la que el Sobador dejaba por los suelos su reputación. Pero tenía que tragarse el rencor y esperar una semana para regresar a casa.

Los días de la semana pasaban en un santiamén. Don Melchor dormía todo el tiempo y el Herodes también, hasta que de nuevo sintió otro desvanecimiento y que le metían al costal para volverle en sí en las cercanías de la tienda, donde, en efecto, reaccionó. “¿Qué hago aquí?”, se habrá extrañado, pero caminó sin problemas hasta el interior de la sacristía. Adentro había poca luz y pudo guiarse por el olor que sus gatitos le direccionaban. Era un espacio desparramado donde sus crías pintadas de azul no paraban de jugar. Observó con detenimiento sus propias orejas, sus patas, todo su cuerpo en azul artificial, porque él mismo no había logrado quitarse toda la pintura de su pelaje. Quiso poner en orden sus ideas... en eso, se acercó la sobrina del cura, protectora de su descendencia, a poner una canasta que abarque a toda la familia en medio del cuarto.

—Venga, Herodes —le invitó al recién llegado—. Solo falta usted para completar la prole.

La gata y los gatitos se acomodaron a un lado para que el gato mayor pudiera estirar sus patas.

—Ya es hora de sentar cabeza —le aconsejó la sobrina del cura—. No está bien que deje abandonado al lugar que le corresponde.

Con la canasta completamente llena de gatos, todos se quedaron dormidos, menos el Herodes que buscaba la manera de centrarse.

Yo trataba de convencerme que el Herodes por fin se integró a su familia y, por más que las provocaciones de la calle quisieran arrancarle de su hogar, ya estaba con sus patas dentro de la canasta.

La carpintera seguía merodeando entre la sacristía y la tienda de doña Esther, pensando que algún momento el gato volviera a descarriarse, pero ya era tarde porque el Herodes al fin sentó cabeza con su familia. Entonces, la carpintera, tuvo que desistir en su empeño de seguir manchando el buen nombre del felino y se fue a la capital en busca de nuevos derroteros.

A poco de terminar la década de los ochenta, el Herodes fue el único personaje del cuento que logró acomodarse, porque los otros siguieron desperdigados picando todo lo que asomaba a su paso. Unos escribiendo como locos, otros garabateando como cuerdos y, otros como yo, tratando de demostrar que no estábamos al margen de todo, sino todo lo contrario.

